

POR EL AUTOR DEL BESTSELLER *CARTAS POR EL CIELO EN
AMAZON*

EL AMOR
QUE
TUVIMOS

Y

PERDIMOS

FABIAN TAPIA

EL AMOR QUE TUVIMOS Y PERDIMOS
FABIÁN TAPIA

1

En todas las planillas de los periódicos imaginarios de Estonia de mi cabeza y mi fatalidad rezan los titulares que el mundo se va a acabar, aunque la realidad es que mi mundo empezó y terminó contigo.

Te veo en cada uno de mis espacios oscuros, como quien siempre se niega ante lo irrefutable —sabiendo que está mal— porque, aunque suene testarudo, se siente *bien incluso en su equivocación*.

No sé si el día de mañana ya sea el último definitivamente hablando. Lo que sí sé es que he visto tantos finales en esta vida que ya estoy acostumbrado, aunque la esperanza de tu aparición siempre me alumbre el camino.

La pregunta es la de siempre y la de nunca: ¿después de tanto nuestra tristeza podrá embonar en cada una de nuestras aristas? Es que ya no sé cuánto *hemos cambiado*, ni cuánto hemos recelado de nuestra propia historia. Ni cuánto nos ha arrebatado la circunstancia que siempre nos sabe sublimar.

No sé cuánto nos hemos incendiado. Al parecer aquí el amor exige corazones en llamas y eso fue lo que le dimos. Qué bonito encontrar esa gloria al final del camino, ¿no lo crees? Porque si al menos nuestros destinos se desviaron tanto, contar con esa dicha nos exime de cualquier adiós.

Aunque nunca pudimos decirnos esto a los cuatro vientos, salvo de oído a oído, sabes bien que pertenecemos a quienes nos hacen abrazar a quien somos. Y a mí me llenó la vida abrazarme contigo, aunque después eso mismo me la quitara.



Es el invierno más frío de Estonia. La brisa que viene de las montañas mece las cabezas de los alcatraces —que parecen cabezas de fósforos— y transforma el viento gélido en ráfagas de trazos de acuarelas amarillas.

Esto es todo lo que me legó mi padre antes de que se marchara de nuestras vidas. Para siempre.

Un campo lleno de tulipanes, tan extenso como la sombra de la nostalgia.

Vaya, que soy un Telémaco con la gran diferencia de que mi padre no regresará ni a los 20 años ni a los 200.

Mucho menos después de que conozca la verdad.

Porque en Estonia todo el mundo conoce los pecados de los otros.

Y aunque el mío es una dentellada en la oscuridad, las personas podrían verlo como un monstruo capaz de acabar con la paz de sus confines.

El viento descarnado me sacude el pelo, que en esta época del año ya es

más pajar que pelo. Tomo una larga inspiración —algo que no cuesta mucho trabajo dadas las circunstancias— y me encamino a la gran pila de agua con aspecto de un cuarzo traído del espacio. El agua empieza a fluir con sus movimientos convulsos y el rocío empieza a cubrir el aterciopelado espacio de las parcelas.

Lo que sigue de la marcha del día es cortar y poner en cajas a los tulipanes. Porque en dos semanas habrá una subasta —la subasta más importante del año en toda Estonia, en Boldensberg— y la rutina y los consejos de mamá siempre dictan que no se debe dejar todo para el último segundo.

El día pasa. El sol con sus revoluciones, las estrellas que se asoman, el cielo que parece una cueva con luciérnagas de fondo y las montañas grises que parecen grandes colmillos de lobos hambrientos.

La noche se siente como un reposo.

Así que caigo rendido.



Debí haberme preocupado. Debí haberme preocupado y debí haber sabido que la calma no duraba para siempre. Pero era un chico feliz con lo único que sabía hacer bien en su vida, estaba rodeado de tulipanes y solo contaba con la bondad del sol y la placidez de las estrellas. No sabía de maldades ni de odios, así que aquel rencor llegó a mi alma con un zarpazo letal de una fiera enjaulada que por fin tenía a su presa de cerca.

Y me dejó la herida como única compañera en una larga marcha y no sabía si entenderla como mi aliada o mi enemiga, ni interpretar su dolor o su intención.

Debí haberme preocupado, pero no lo hice. No sabía que las personas enterraban sus secretos y se llevaban a alguien más a su pasado para que el presente los engullera por completo.

Debí haberme preocupado por encerrar en frascos todas las cosas que me hacían felices sin darme cuenta. Porque debes saber que esa realidad que tanto temíamos borró con su crueldad todo rastro de ti y de lo que fuimos. Nunca lo imaginé —y nunca supe encerrar las estrellas que veíamos en los telescopios, ni el calor de tu piel, ni las fotos que nos hacían sentir eternos, ni esos tulipanes a los que les dimos color y nos dieron color de vuelta—. Nunca supe encerrar nuestras primeras veces, que en este caso fueron las últimas. Y así quedé solo, tan arrojado al mundo que cada

segundo dolía. Sin esos recuerdos y sin esas personas ya no existía nada que me devolviera a la vida.

Yo conocía el lado bueno de las palabras. Dios, claro que lo conocía. Y algo más peligroso: lo sentía. Cada palabra salida de tus labios era para mí una bendición que cobraba realidad. Incluso tus silencios me los apropiaba y los sentía poesía. Ahora, tan apartado de ti, solo deseo que nunca nadie te quite esa magia que para mí funcionó para creerte eterno.

Así que ahora que ya sabes cómo es esta verdad que tanto me ha costado aceptar, solo te pido un último deseo. Por favor, guárdame en tu recuerdo. Es el único sitio donde los dos estamos a salvo. Guarda esa foto mía en el atardecer junto a tu pecho y ahí descansaré. Ahí descansará toda nuestra historia. Los dos sabemos que ningún monstruo la podrá mancillar mientras la recordemos así. Fuimos la paz.

Recuérdalo siempre.



Puedo sentir la llegada del inquilino, pero mis párpados no pueden abrirse. Solo hay un claro lunar. Mi pecho se siente frío. Es entonces cuando su presencia se siente más real. Recorre la manta hasta mi cuello. Un haz de calor me recorre.

Y sigo soñando.

Leo tu nota y tu nombre parece irreal.
Una palabra
dos
tres
cuatro
bastan para imaginarte;
te sueño hermoso.
Tus trazos parecen rutas de estrellas.
Si tus palabras me dan la bienvenida
espero que no sean nuestra manera de despedirnos.
Me reconozco en cada espacio de tu casa
las paredes sus muros su piso
guardan el rumbo de las estaciones de mi vida
sus ecos sus canciones sus ruidos
reverberan en mi nostalgia;
he caminado tanto y he encontrado mi camino entre cuatro paredes que
parecen
cuatro paredes de un refugio en el cielo.
Desconozco, pero presiento
que el ruido de mi cuerpo
al fin está a salvo.
Mi pregunta es
¿tú querrás escucharme?
Subo las escaleras con el corazón latiendo
[tengo el corazón en las plantas de los pies]
y al ver la luz de tu cuarto encendida
me enternezco.
Veo tu pecho al descubierto
tienes las venas más azules del universo
y el pecho más blanco del mundo
hasta parece un cielo en paz.
Tu cabello dorado cae a raudales sobre tus hombros
[podría recitarte un poema de largo aliento aquí mismo]
y respiras y exhalas el vapor de los sueños.
Dejo las maletas sin hacer ruido,

cojo mi cuaderno de bocetos y el carboncillo
hasta que solo se escuche el raspar contra el papel
de tu silueta
tus clavículas
tus sábanas
tus venas
tus brazos
tus manos lánguidas
serás mi Neptuno dormido.
Cierro el cuadernillo y te cubro,
no quiero que sientas el frío del mundo ni en esta noche ni nunca.
Me despojo de mis ropas para ir a dormir mientras te apago la luz
[¿acaso te da miedo la oscuridad?]
y esa mirada dormida tuya parece perforarme
es el efecto sublime de tu encanto cruzado con mi admiración.
Doy tres pasos al escritorio
tomo asiento
y un largo suspiro
porque quiero terminar el bosquejo de mi próxima creación.
Te tengo a ti y al claro lunar
y eso es suficiente.

3

Te juro que te vi, Mihkel, en aquella noche. Había estado tan cansado por toda la cosecha de los tulipanes que no recordaba cómo había llegado a mi cama siquiera. Más allá de ver, hice lo que hace mucho tiempo no me pasaba con alguien: sentir su presencia. Todo ese tiempo que llevábamos escribiéndonos estallaban centellas en mi estómago. Estaba paranoico de esperanza por al fin tener a un amigo cerca de mí. Y más porque tú veías esa luz que, según tú, me escalaba a ser otro tipo de humano.

Era el invierno de nuestra amistad, donde todos los deseos podían hacerse reales, donde la esperanza no me era ajena como en toda mi vida antes de ti. Sin saberlo yo era un libro que solo tú sabías leer.

Así que ahí estabas. Te importaba tanto que dejara de sentir el frío. Me resguardabas de mis temores. Mis párpados pesaban y no pude romper el silencio de la noche para decírtelo, pero en el fondo (y me llevó meses saberlo) mi piel reclamaba tu calor.

Supongo que después de tanto no vencimos el invierno, pero me quedo con el fuego.

Me quedo con el fuego.

4

Tú me enseñaste
que vale la pena renunciar a un mundo
si en otra persona encuentras tu casa.
Eras el chico de los tulipanes
sabías de colores
tus manos acariciaban la energía del sol y sabían canalizarla
al corazón más solitario...
Por las noches veía a un chico que soñaba
con ríos
canarios
y campos
y retozaba entre las estrellas
pero estaba tan solo y era tanta su luz
que despertaba en el más misántropo la necesidad de acompañarlo.
Esa urgencia desataba el hambre de tenerte
cerca
porque resplandeces tanto que puedo ver con claridad
quién soy
y por qué soy lo que soy y lo que quiero ser.
Me iluminabas sin quemarme
mientras el mundo giraba sin tregua
tú lo detenías
[el mundo estaba en tu mirada]
y yo hablaba más por lo que callaba
porque se me desaparecían las palabras
la gravedad
los respiros.
Por eso, durante mucho tiempo tuve que lamentar
que el silencio nos separara en un abismo que ninguno de los dos sabía
cruzar
—y tuvimos que aprender mientras navegábamos en el dolor—,
que solo podíamos dejarnos flores en la orilla
sin que el mundo lo supiera.
El amor más puro mataba
creo que esa contradicción me la llevaré a la tumba.

Me hundiré con mis banderas flameando —dijo una escritora—,
y si así el destino estaba escrito,
te abrazaría por los eones con mi incendio
hasta olvidarnos que una vez alguien escribió nuestro final.
Por eso amaba tanto tallar la piedra
es uno de los materiales que no conoce el final tan de repente
envidio su entereza
su frialdad
el difícil manejo
que no cede
no es voluble, no es humana
es aspiración, deseo de ser inarticulado
se rompe y no clama piedad
soporta los relámpagos de las tormentas
y sigue en pie.
Era mi instrumento como artista y mi envidia como amante,
una clara instrucción de cómo edificarme
ante el mundo demoledor
que guiaba hasta nuestra forma de amar y callar y gritar.
Quería pedirle ese deseo a las estrellas
*por favor aunque yo no gire en el cielo ni ilumine el camino de nadie
háganme incólume.*
No sabía lo que pedía hasta que se hizo realidad.
Mis palabras
mis refugios
mis manos
mis pies
mis ojos
mis días
tomaron el frío del invierno y se congelaron en el día más nublado de mi
vida
por el resto de la eternidad.
Sin saber cómo escapar
era un pájaro atrapado en la nieve de su deseo de escapar
de los sentimientos que más humano lo hacían.

5

Amé la forma en que escapabas de tu normalidad, de ese Mihk que era solo para mí. Eras tan confesional, tan arrebatador para ti mismo que me agradecía el milagro de sacar esa versión de ti a la luz.

Pero cada que te escondías me matabas.



La luz espesa del día se cuele a través de las cortinas. Ahora que la parálisis del sueño no me ataca mis sentidos están despiertos y notan el perfume de mi nuevo inquilino. Un inquilino especial.

Noto su respiración acompasada. Está encima de mí.

Bueno, no.

Está en la parte superior de la litera. Veo que sus dedos resbalan un poco del borde y que están embadurnados de una capa brillante de granito, al parecer. ¿Será que tuvo mucho frío y empezó a encender la chimenea? Demonios. Lamento no haber tenido el tiempo para preparar su bienvenida mientras preparo la ducha.



Al terminar de ducharme y de preparar la tina de mi inquilino, ayudo a mamá a preparar el desayuno.

—¿Cómo amaneciste, hijo? —pregunta ella. Sus manos parecen mecánicas. Van de aquí para allá, como siempre, como si conociera todas las secretas universales de la comida y sus ingredientes.

—Bien, mamá. Un poco apenado porque olvidé la llegada de Mihkel.

—Oh, Santo Cielo. No te preocupes. Tuve tiempo de arreglar su cama y de recibirlo. Me quedé por unas pocas horas en el recibidor. Ayer trabajaste muy duro, Anton.

—Lo normal, mamá.

—¿Seguro?

—Sí, seguro —confirmo mientras le paso la miel de maple tras su mirada mágica de *pásame-eso*.

—Si tú quieres podemos contratar a unos cuantos trabajadores más, hijo. Solo para que no te agobies demasiado.

—No hace falta, ma. Confía en mí.

—Siempre lo hago.

—Ahora, si me permites un momento, iré a checar si ya se despertó

Mihkel.

—Claro, ve.

Como buena persona de Estonia siempre he pensado que la madera guarda recuerdos. Siempre que puedo toco la madera de los árboles y llevo conmigo los collares que venden en la feria anual. Hoy sé que la madera guarda una magia muy diferente. Lo sé porque él la ha tocado con una especie de veneración cuando me mira desde arriba.

Está semidesnudo porque acaba de salir de bañar. Aparto mi vista de su piel dorada y trato de evitar mi rubor.

—Eh, perdón. Solo quería preguntarte si pasaste una buena noche. Ah, y que el desayuno está listo para cuando quieras bajar.

—Gracias. —Es lo único que responde. Por guiar mi vista a otra parte (ojalá hubiera podido esconderla en otro universo) no sé si lo expresa con enfado o incomodidad. Pongo pies en polvorosa y me retiro.

Tengo el presentimiento de que será el desayuno más penoso en la historia de la humanidad.

Cuando llego a la mesa todo es un espectáculo visual. Un ritual culinario, vaya. Retiro lo dicho. Será lo más especial para Mihkel, tanto que creo que valdrá la pena la ausente bienvenida de anoche.

—*Guten tag!* —saluda Mihkel—. Perdón, buen día.

—Buen día —me precipito en todas las connotaciones posibles—. Primero que nada, quiero disculparme por no haberte recibido anoche, Mihkel. Caí rendido después de mi jornada.

—No te preocupes, Anton. Me contó tu mamá lo dedicado que eres. —Mamá asiente en respuesta. Noto que Mihkel se sonroja sin motivo aparente—. Así que olvídalo, no pasa absolutamente nada.

—Gracias por comprender, Mihk..., Mihkel.

—Bueno, ahora pasaremos a rezar. No tienes por qué hacerlo tú, Mihkel, es solo una costumbre de nuestro pueblo.

—Está bien —responde con un deje de sorpresa.

Mamá comienza en voz baja su letanía. Yo cierro los ojos repitiendo sus palabras en mi mente.

—*Gracias dioses por el trigo de los campos y el agua de los manantiales. Damos gracias por el sol que se levanta cada mañana y la luna que ilumina nuestra oscuridad. Por sus sabios alimentos y su santa clemencia agradecidos estamos.*

—Agradecidos estamos —concluyo.

Mihkel nos observa con detenimiento y asombro. No es extrañeza, es admiración. Le dirijo una mirada de *después—te—explico* y comenzamos a comer.

—Uhm, está delicioso —exclama tras el primer bocado a su waffle de manzanas—. ¿Están seguros que las manzanas son de este planeta?

Su comentario ensancha una sonrisa en el rostro de mamá. Y en el mío. Su manera de encadenar las palabras merece todas las estrellas del firmamento.

—Gracias, cariño —agradece mamá—. Son manzanas de nuestra huerta. Cuando quieras Anton puede llevarte a conocerlas.

—Estaría encantado.

Y con esas palabras y esa mirada parece que he engullido una aurora boreal.

Nuestra mañana transcurre en hablar de las costumbres tan peculiares que tiene nuestro pueblo, de los mitos que ni en cien años se le hubieran ocurrido a aquel país de donde viene, de la forma en que cuido los tulipanes, en los paseos en bicicleta que tanto le gustan... Y parece que de pronto, en dos o tres palabras, lo llevo conociendo de toda la vida. Él dice que le gusta nadar, que su cuerpo es mitad huesos y carne y mitad agua de mar. Que es un tritón. Habla de sus técnicas de nado favoritas, chocamos nuestras copas, hacemos una fiesta con la facilidad de nuestras risas y es solo una mañana con la cara de una felicidad eterna donde no caben las preocupaciones.

—¿Y a qué has venido de tan lejos, Mihkel? —pregunta mamá.

Temo que la respuesta de Mihkel la tome por sorpresa, pero ya le había advertido sobre cómo esta gente se lo toma todo muy a pecho. Y él sabe con precisión qué palabras usar en cada momento. Vaya que lo sabe.

—Vine a inspirarme para mi próxima colección de esculturas.

Sigue hablando de cómo trabaja la piedra y de cómo ama las montañas.

—Al final del invierno ocurre un espectáculo que es como un acto de magia. Hay una montaña que tiene una cuña en lo alto con una especie de anillo y el sol da de lleno en ese círculo y la luz es tan potente que puedes ver todas las venas y cartílagos de tu mano.

—Wow. ¡Habrá que comprobarlo!

Mamá recoge los cubiertos. Él pone una mano sobre su mejilla y me observa. Entonces lo sé. Sé que no tengo que esperar por el final del invierno porque él por fin está aquí. Él lo ha terminado.

6

*Haces las invitaciones más lindas del mundo
junto a ti cualquier lugar se siente un paraíso
puedo sentir la paz si estás aquí
si te vas todo se va contigo.*

*Contigo, contigo, contigo
nunca había sentido una necesidad así
siempre te había creído un sueño
y ahora que estás aquí
—que puedo notar tus suspiros—
la esperanza es realizada
y nosotros con ella
pero el mundo la aniquila*

*y
todo
se*

desvanece.

*Te veo pasar,
mis latidos son paros cardiacos
tú no caminas; desfilas
y tus pasos son estrellas fugaces vagando en el cielo
hasta que alguien pida un deseo
—el solo hecho de ser yo me sublima—
y cuando no me queda nada más que contemplarte
estas cuatro paredes son un museo temporal
y yo el visitante secreto.
Espero nunca perdernos
ni perder antes de empezar
tú me dices la historia escrita en tus ojos
y doy todas las apuestas
para nunca terminar.*

7

Al día siguiente me sorprende palpar la parte superior de la cama de Mihkel y encontrarla vacía. Una breve alarma suena en mi mente y me levanto de súbito. Hay una nota en su escritorio:

Hola, dormilón.

He salido a recoger mi bicicleta.

Mihkel.

Me tranquilizo, me doy la ducha de siempre y cuando seco mi cabello escucho el timbre de una campana. Corro las cortinas con el sol dándome de lleno. Un grito distorsionado por las ventanas llega apenas a mis oídos:

—HOLA—CHICO—DE—LOS—TULIPANES—¿QUIERES—UN—PASEO?

Asiento enérgicamente (todo mi cuerpo se sacude para hacerle saber que sí, que me muero por pasear con él). Aparto la vista de los adoquines y de su bicicleta amarilla tras decir con los labios *SALGO—EN—UN—MINUTO*. Hago hasta lo imposible porque mi ropa y los zapatos se deslicen en mi cuerpo. Salto (vuelo) las escaleras y cuando llego ahí está él con su sonrisa ancha (sus dientes son estrellas partidas en cuadrados perfectos) y sus fémures de museo.

—Estoy listo.

—Sube.

Mantengo el equilibrio en los posa—pies y antes de poner mis manos sobre sus hombros le susurro *¿puedo?* Tan débilmente que el viento apenas carga mis palabras y se las hace llegar.

—Claro que puedes —dice sin tomarle importancia.

—¿Se puede saber a dónde vamos si técnicamente acabas de llegar a este lugar?

—Tranquilo, no hay manera de que nos podamos perder.

Recordando nuestro primer paseo en bicicleta todo toma un sentido tan metafórico y tan fuera del plano terrenal que siento la esperanza hecha añicos y más sólida que nunca a la vez.

Si tan solo supieras que había un millón de formas de perderme en ti y que en cada segundo yo tomaba un camino distinto para evadir esos caminos...

Si tan solo hubiéramos podido escapar de toda la maldad que nos

acechaba como un monstruo en la oscuridad.

Si tan solo hubiera encontrado las palabras para hacer que te quedaras —y contarte con ellas toda mi historia—. Pero tú las desaparecías con ese millón de formas de perderme en ti.

Estamos en la cima de una montaña. Sobre la hierba solitaria que nos hace cosquillas en la piel y el sol, caricias en la cara. Hasta parece que somos dueños del mundo desde lo alto.

—¿Seguro que no confundiste tu bicicleta con un hipogrifo, Mihkel? ¡Mira hasta dónde hemos llegado!

—Ja,ja. Y eso que no me has visto en una cuatrimoto. Yo puedo hacerte llegar a donde quieras, Anton, solo tienes que saber pedirlo.

No sé lo que significan esas palabras. Mi cerebro se ha quedado seco. No paro de contemplarlo. Mi respiración se corta y en cada pausa cabe un deseo. El deseo de que el tiempo entre en pausa, por ejemplo, de hallarle un nombre a los lugares a donde quiero estar con él donde la paz esté presente y el mundo alejado.

Pero no encuentro las palabras y siento que nunca lo haré.

Comemos emparedados de zarzamora y la miel escurre de nuestros labios. Los de él son dos tenues líneas de cielo rosa.

Tras un largo rato viendo el cielo, rompo el silencio.

—No has venido solo a ampliar tu colección de esculturas, ¿verdad?

—No. Mis intereses no solo están en las esculturas. Quiero probar con otros materiales, con otros lugares...Quiero que la piedra me cuente sus historias...Quiero...escucharla.

—Pues has venido al lugar adecuado —comento tratando de ignorar mi repentina tristeza—. Aquí todos creemos que la piedra de las montañas, la madera de los árboles y el agua de los mares tienen historias de los Antiguos, de aquellos dioses que nos dieron vida. Eres un afortunado, Mihkel.

—Llámame Mihk, si quieres. Eres mi amigo. Siento que así mi nombre tiene más afecto.

—Como tú digas, Mihk.

Lo digo como si su nombre fuera el más celestial de todos. Y, aunque suene a imprecación, mis labios se sienten benditos.

—Y mira —reanudo—. Este pendiente de madera es mi pendiente de la buena suerte. Desde que lo llevo puesto me suceden milagros, prácticamente.

Como tú. (En realidad solo has sido tú pero cuentas por millones).

—Es hermoso. —Lo jala hacia él y me jala a mí. Observa con detenimiento la resina de las runas. Es solo un cilindro de madera del tamaño de uno de sus dedos. Lo que importa es que nada más está un rayo de sol entre nosotros. Puedo oler la crema de almendras que cubre su piel, el sudor latiente de su abdomen y la menta de sus labios. También siento cómo el corazón se le achica y se expande en sus cavidades y cómo sus pupilas son dos pozos negros que me iluminan mi propia mirada. Los colores tenues del atardecer se posan en nuestras pestañas. Deja de sujetar el pendiente y dice con un resoplido—: Ya está atardeciendo.

—Sí. Ya está atardeciendo.

Nos despedimos de la música del viento y de la música de nuestro propio silencio. Nos hemos dicho tantas cosas sin siquiera despegar nuestros labios que las palabras se sienten vacías.

8

*Era tanta tu piedad que nunca se me ocurrió lastimarte
no conocías el fuego
conocías el calor
no conocías el trueno
conocías la lluvia.*

*Eras ese tipo de casa que nunca quería dejar.
Siempre quería alargar mis brazos hasta abarcarte por completo con la
menor brisa del viento
y la simple idea de
que yo haya
derrumbado
esas
paredes
me
conduce
a
querer
dejar
de
existir.*

9

Siempre recordaré la primera vez que se me rompió el corazón. Justo como se recuerda la primera vez que nieva. Porque nunca esperé que todas las etapas del amor estuvieran en una sola persona. Mi primero, el único y el último siempre serás tú.

Acabo de despertar de una pesadilla, solo que no se lo confieso a Mihkel. No es por desconfianza, sino porque revelaría más de lo que me tengo permitido.

He soñado con la maldad.

Por ahora, me alegra que no tenga rostro. Rememoro aquel momento en que nuestros rostros estuvieron tan cerca y todo rastro de oscuridad se desvanece. Entonces sé qué es lo que más necesito en este momento y para el resto de mi vida.

Pero es muy pronto para decírtelo y quizá no quieras escucharme.

En su lugar, escucho que Mihkel pregunta:

—¿Cómo dormiste?

Han pasado diez días desde que llegó y en todas las mañanas pregunta lo mismo. Nadie había estado tan preocupado por mis sueños a excepción de mamá.

—Bien ¿y tú?

—De maravilla. Y ahora me siento muy feliz porque ya me llegó el instrumental que necesitaba. ¿Te acuerdas que te lo había comentado?

—Sí, claro. ¿Crees que necesites ayuda? Es que hoy por la tarde me ocuparé en la subasta.

—¡Oh, cielos! Lo siento, Anton. Olvidé que hoy es tu subasta. De cualquier modo, trataré de llegar a tiempo.

—No quiero preocuparte, Mihk, así que tómate el tiempo que necesites.

—Gracias, Anton. En serio, he visto cuánto esmero has puesto en tu cosecha y te deseo lo mejor. Que todo vaya de maravilla.

Su cara pende de la barandilla, sonriéndome desde lo alto. Le sacudo el cabello en agradecimiento.

Como si no doliera no poder contarle todo lo que siento.

El día tan anhelado y temido ha llegado. Los tulipanes están organizados en las cestas por colores. Inventé también todas las combinaciones posibles, los ceñí con los listones más despampanantes y los perfumé como si fueran

directamente a la corte de la reina.

Pero no logran captar la atención de la gente como en otros años.

Tienen indiferencia en su mirada, como si se trataran de las flores de un pantano.

Tengo clientes asegurados. Esto no puede estar pasando.

Pero pasa. Mis temores se acrecientan con las horas que me aplastan con su marcha. ¿Qué se hace en estas ocasiones cuando más solo y desesperado estás? Nunca había estado tan consciente de mi soledad hasta ahora. Siento que he defraudado tanto a mamá —su medicamento es algo que no puedo permitir no comprar—. He puesto todas mis esperanzas aquí y no se pueden esfumar. No de esta manera.

Es entonces cuando la señora Rose aparece.

Por la pesadez de sus ojos, juro que tiene el mismo dolor que yo.

—Hola, muchacho.

—Hola, señora Rose. Me alegra tenerla por aquí. ¿En qué le puedo servir?

—Dame los tulipanes más bermejos que tengas.

—¿Son para un funeral?

Como siempre, entiende mi sarcasmo.

—Adivinas, muchacho. Por fin me libré de ese bastardo. Lo más reconfortante es que fue el destino, no yo. Yo no me manché las manos. Se perdió para siempre en su avioneta. Espero que surque los cielos del infierno para siempre. Perdí casi la mitad de mi identidad tratando de llenar sus vacíos que jamás se llenaban, incluso llegué a fingir mi pasado solo para agradar a su familia. ¿Y con qué me pagó? Con engañarme con quién sabe cuántas mujeres. Yo fui su rosa, sí, pero una rosa marchita.

Le tiendo una canasta con los tulipanes más rojos que encuentro, mientras tanto de reconfortarla.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarla?

—Es todo, joven Anton. —Sin que nadie la vea, me tiendo algo suavizando su voz—. Toma, cariño. Creo que este tulipán está pasado de color. Eso es algo extraño viniendo de la señora Rose. Sé que algo oculta. Que hay algo o alguien detrás de este sabotaje.

Hay una advertencia dentro de los pétalos del tulipán.

Leo la nota.

Es el señor Ambrose.

Leer ese nombre me da arcadas. ¿Qué tipo de maldad he canalizado hacia él para que guarde en su corazón este tipo de artimañas? La desolación se

apodera de mí.

Estoy roto. Inesperadamente roto. Sin siquiera mirar dentro de mí lo sé. Me han dado la espalda.

No sin antes encajar un cuchillo en mi pecho.

Lo único que alegra este día tan sombrío es que Mihkel se las ha arreglado para venir a verme.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Ni el actor más eminente se salva de ti.

Ahí es cuando me desbordo.

—Todo ha ido rotundamente mal.

Mis contenciones no sirven. No cuando está él.

Me doy cuenta de que mi tristeza cabe perfectamente bien en sus hombros y sus brazos. De súbito es como si apareciera el sol después de la tormenta.

—Estoy preocupado, Anton. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así?

No me suelta hasta que el último de los temblores ha abandonado mi cuerpo.

—He fracasado, Mihk. Terriblemente. Lo peor es que hay alguien detrás de esto.

—Tranquilo, Anton. Yo te los compraré todos. No me importa el precio que pongas. Al fin y al cabo yo soy el único pujador, ¿no?

Sin avisar, una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro. Ha desaparecido el pesar. Es un hecho que a veces una persona puede contra el mundo entero. Es un milagro. Lo tengo justo frente a mí.

10

A estas alturas de la historia no sabía darme cuenta
de que en mis hombros podían descansar
todas tus penas
—hiciste que mi cuerpo se sintiera un santuario—
y nuestra forma de agradecernos fue contándonos nuestros sueños en la
oscuridad.
Nunca le tuvimos miedo
le tuvimos confianza
nos exiliábamos
del dolor encontrando nuestros ojos
le buscábamos nombre
a todo lo que sentíamos
sin saber
que lo único necesario
era encontrarlo en nuestros labios
—no estaba en otro lugar
como nosotros no sabíamos estar el uno sin el otro—.
Me hiciste darme cuenta de que no hay que desgastarnos en buscar
lo que ya se siente por defecto
pero yo palpaba mis manos sin ti
y preguntaba si tenía manos
porque extrañaban tu piel
hasta dejar de ser humano
veía los atardeceres sin ti
y preguntaba si el cielo valía la pena sin sus estrellas
sentía el aire llenarme los pulmones
y preguntaba si todavía los tenía porque te llevaste todos mis alientos.
Te fui haciendo una incógnita
cuando eras lo más real que existía.

Durante la noche Mihkel y yo nos dedicamos a ver películas y a comer palomitas con el resplandor del televisor inundando la oscuridad de la habitación, dándonos de lleno en la cara. Descubro que su zumo favorito es el de mango y que ama los calcetines largos de navidad. Y que su pasatiempo favorito es leer cómics aparte de nadar. Le hablo de todos los lugares a los que podemos ir en verano y dice que ansía todavía más el fin del invierno. Así de sencillo es olvidar todas las penas. Solo si está él. Descubro que tiene lunares en su pálida piel que forman constelaciones. *Tiene una piel constelada.*

Cuando empieza a caer una suave lluvia con todo y relámpagos, se sacude y pone su mano sobre mi abdomen.

El toque es letal. Como si el relámpago hubiera impactado de lleno sobre mis entrañas.

—¿Te dan miedo los truenos? —le pregunto.

—No. Bueno, un poco. Lo que me daría miedo ahora mismo sería saber que aún recuerdas ese mal rato, eh.

—No, Mihkel. Ten por seguro que lo he olvidado por entero. Fue solo un mal día.

—Entonces tú ten la seguridad de que siempre mereces lo mejor, Anton.

¿A qué se referirá? Si lo único que he deseado desde que lo conocí es mantenerlo siempre cerca. Se dio la oportunidad de su intercambio y ahora está aquí, a escasos centímetros. Nunca me atreveré a preguntarle si está aquí por su intercambio o por mí, porque no soy esa clase de personas que antepone sus necesidades a los sueños de las personas que quiere.

—¿Pasa algo? —cuestiona de súbito. No pasa nada y pasa todo.

Pasa que deseo que te quedes para siempre aquí.

—No, solo estoy un poco sofocado.

Cuando la lluvia ha terminado levanto el vidrio inferior de la ventana y el viento entra a la habitación. El vapor de la lluvia y el aliento del océano nos vibran en la piel. Vuelvo a la cama. El televisor sigue resplandeciendo con diálogos que no hemos escuchado con tal de escucharnos. Él está acurrucado con su cabeza contra mis costillas.

El mundo entero deja de existir.

Y estamos bien.

Estamos bien.

El día arranca como si no fuera el día en que me van a romper el corazón por primera vez.

Después de la tormenta de anoche hace un sol que lastima la vista con su resplandor. Tanto que los plantíos de tulipanes parecen una lámina contra sus rayos.

Vuelvo mi vista al reloj y lo confirmo: han pasado cuatro horas desde que Mihkel se fue.

Él siempre avisa a dónde va. Siempre deja una nota o lo platica en la noche anterior.

Pero ahora no.

Temo que todo sea parte de una vida invisible de la que no me ha contado. Estoy consciente de que todos tenemos secretos. Pero Mihkel es la clase de persona que es tan transparente que puedes ver a través de él sin miedo. Es como una casa cuyos pasadizos te sabes de memoria.

Al revisar si ha dejado una nota en la alacena, noto que nuestra reserva de café se ha agotado.

—¡Mamá! —grito hasta la lavandería—, iré al Café del señor Winter.

—Con cuidado, cariño.

Pero no hay manera alguna que me pudiera preparar para esto.

—Aquí tienes, muchacho. Vuelve pronto.

Tomo los sacos de café que me tiende el señor Winter. Pero no puedo salir. Mihkel y otra joven están conversando.

—Gracias por los tulipanes de ayer, Mihk. Son realmente estupendos. Nunca nadie me había regalado esas flores. Ni después del aeropuerto.

—De nada. Son de un amigo con el que estoy viviendo. ¿Cómo estuvo tu viaje?

Estoy escondido detrás de una pared, pero sus voces llegan con una nitidez que hierde.

—Estuvo muy cansado a pesar de no tener escalas. Por cierto, no tienes por qué vivir en esa pocilga cuando puedes estar con nosotros en la casa de campo.

—Para mí es muy cómodo estar ahí, Altaír.

—Pues para mí no, Mihkel, menos cuando falta tan poco para que pidas mi mano.

Tras esas palabras trago saliva y todo me sabe a hiel.

Corro como una ráfaga a través del Café sin importar que me vean. En esos escasos segundos descubrí que llevaba diciendo dos mentiras hasta la

fecha: que la había recogido al aeropuerto en lugar de ir por su instrumental y que los tulipanes no me los compró con el propósito de hacerme sentir mejor, sino para regalárselos a su conquista, que, dicho sea de paso, próximamente será su novia formal.

Las lágrimas me emborronan la visión. Tanto que no sé cómo llegar a casa porque los edificios de piedra se desdibujan. Corrección: no sé cómo llegar a casa porque sin Mihkel ya no quiero estar dentro de ninguna casa.

Mi casa era él.

Y se fue de la peor manera en que se pudo haber ido: sin avisar y con un secreto en su sombra.

Paso la tarde entre los tulipanes y el frío de las montañas. Hay un montón de historias que se cruzan con el mecer del viento en mi cabeza. Ninguna tiene mucho sentido que digamos porque solo quiero dormir y que todo se trate de una pesadilla. Así que me recuesto entre las flores con el crepúsculo sobre mi pecho. Y deseo regresar en el tiempo. Cuando despierte quiero estar solo, en cuatro paredes sin un mundo y con Mihkel desterrado de mi memoria.

12

Fue cuando te encontré que entendí la metáfora de la libertad de los pájaros.

Mi anhelo era volar sin preguntar las direcciones,
sentir el cielo en cada poro de mis ojos mis mejillas mi cuello mi pecho
sin pedirlo prestado
irme con la rama quebrada y volver a levantarme como si no conociera de los
queiebres que te dejan tirado
—esas veces en que el dolor es un zarpazo contra el abdomen más indefenso

—
en el sueño y el suelo
más frío del mundo.

Tener el poder de elegir mis estaciones
no conocer las fronteras
ni del tiempo ni el espacio
poder tener las estrellas cerca de la punta de mi nariz
para hablarles de ti
de tu placer
de tu alegría
de tu paz
para que también empiecen a admirarte.

Ser tu canto favorito
el que te alegre las mañanas
el que te traiga tus flores preferidas
el que anuncie la llegada del mes que más añoras
el que te entregue las cartas

los poemas
las canciones
las palabras

que desees para recompensar tus lágrimas.

Quiero ser el pájaro que se pose en tu ventana
al que cures cuando tenga el ala rota
al que animes en su travesía
—ese camino solitario que inicia y termina en ti—
y que con sus alas entienda lo que es la libertad
para después escapar de las jaulas invisibles que no vemos pero sentimos.

Quisiera dejar de soñar con volar cuando más lejos estamos
—quizá sea la única forma de estar juntos: soñar con volar—
¿Pero qué más les queda al soñador que siempre ve la luna imaginándose una
estrella?

siempre quiero creer que el mundo no es una trampa
un simple laberinto donde cada paso aniquila
una rueda de trágicos sucesos que se divierte con la tragedia
pero solo lo creo
cuando me das con tus manos sobre mi cuerpo las razones que me invento para
creerme volátil.

Pero mírame
solo soy un soñador que piensa enseñarte la magia de la vida
cuando solo tiene un puñado de invenciones en un puño
y lágrimas de sueños rotos en el otro.
Soy el que ya no sabe a qué apostarle
—estamos en una Tierra de sacrificios—
la vida me ha puesto a elegir entre quedarme o irme para siempre
y estoy fingiendo
mis maletas
mis aeropuertos
mis palabras de despedida.

Estoy entre elegir
lo poco que queda de mi vida sin ti
o los pocos segundos de lo que siempre he soñado.
Creo que lo mejor es
dejar de querer
y empezar por atenuar mi dicha hasta que todo sean recuerdos
poco a poco huir de mis días
y dejar mi piel desierta sin ti
permitir esas alas que pugnan por crecer aunque no sean compatibles para los
ojos ajenos
e irme

conjugarme con el firmamento
que nadie vea la paz de las estrellas
ni las paredes del paraíso que pienso dejarnos
ni los atardeceres que guardo para después contarte.
Ser solo un pájaro que escapa del torbellino que abraza y aprende de su

furia.

De eso se trata la libertad de los pájaros.

13

Es él el que me recoge en el campo de los tulipanes. Es la primera vez que lo siento así de cerca. Tanto la necesidad de mantenerlo lejos como el contacto de su piel contra mis huesos.

—Demonios, amigo. Se te va a quemar la cara.

—¿Qué dices?

—El sol. El sol te está dando de lleno. No abras los ojos todavía, *saumensch*.

Me cubre los ojos con su mano. Me grabo de memoria los latidos de su sangre y le pido de deseo al silencio que así hubiera estado esa mano apartando de mi vista la cruel realidad de su engaño.

—Te tengo.

Nunca me había percatado de su musculatura, pero constato que trabajar la piedra da sus buenos resultados. Me carga sin resoplar hasta la casa.

Cuando me deja en la cama, pregunta:

—¿Fue ese señor del Café el que planeó ese desfalco o por qué saliste corriendo?

Su fingida ingenuidad hiera. ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de lo agitado que laten nuestros corazones cuando estamos ante el más mínimo contacto?

—Olvidalo, por favor, Mihkel. —Olvidalo después de olvidarme a mí porque ya me aniquilaste sin darte cuenta—. Necesito un baño.

—Yo te lo preparo.

—No, no hace falta.

Salgo pitando de la habitación hacia el baño. Rehúyo de su contacto. Mirarlo a los ojos es ya un suplicio. No sé cómo afrontar el hecho de que ni siquiera ha venido por mí, de que sus planes han sido muy distintos a como lo he soñado. Que yo ni siquiera quepo en sus sueños. Que soy solo alguien más. Esa es una simple manera de quitar toda la magia que habita en mí.

Me sumerjo en la tina imaginando que es un mar el que me engulle de pies a cabeza con sus olas verde vidrio. Y entonces él llega como si el desastre fuera mínimo.

El desastre de su cuerpo desnudo es letal.

Está plantado, frente a mí. Mi vista está emborronada por el jabón, pero es lo más nítido que en los eones podré vislumbrar. Cada curva y cicatriz, cada músculo y cada vena, cada borde de su cuerpo, late en mí. *Resplandece*.

Incluso su, *eso*, está ahí, sin pudor alguno. No se inmuta, es un titán. Eso es lo que pasa. Que de tanto trabajar la piedra el muy crédulo piensa que es una estatua digna de admirar.

Oculto el sonrojamiento debajo del agua.

—Pensé que podíamos tomar un baño juntos, dadas las restricciones que hay en este lugar.

—Haz lo que quieras, Mihkel.

—¿Por qué ahora todas tus oraciones terminan con mi nombre? Hasta parecen una sentencia.

—Está bien, entra. No te vayas a lastimar.

Se introduce en la tina como Dios le da a entender.

—Esto no es el Atlántico, Mihkel.

—¿Qué te dije de las sentencias?

—Mihkel, esto no es el Atlántico.

—Mucho mejor, aun así...

Su contacto lo hace a propósito. Sus pies acarician mis muslos y viceversa. Sonríe como quien ha vuelto a conquistar América.

—¿Y si me enseñas geografía? Es que la he olvidado.

Bajo mis brazos al agua con una fuerza tal que se le inunda la boca.

No hay nada que desee más. Enseñarle todas las cosas que él desconoce acerca de mis sentimientos y el mundo. Pero él parece que ya tiene cátedra en todo eso.

—¿Qué tal si tú me ayudas a saber más de astronomía? —le propongo al fin.

—Ese tono me agrada. Justo entre mi instrumental está un telescopio. No es el mejor, pero cuenta para nuestro propósito.

—¿En Alemania tenías un laboratorio? —pregunto con sarcasmo.

—Sí, y cervezas y salchichas. —Hace énfasis en esa palabra con una picardía de infierno.

—No me digas que eras allá uno de los Tres Mosqueteros porque te gustaba jugar con las espadas.

Rompe a reír. Es una risa estentórea y eléctrica y espasmódica. Muestra todos sus dientes que resplandecen con la luz que entra por el vitral. Su pecho sube y baja y también se ilumina.

Él no se ilumina, resplandece.

—Qué agresivo saliste, An. —Es la primera vez que me llama así—. Veo que ya vas tomando confianza.

Pero cualquier cosa para la que crea que he tomado confianza nunca va a pasar.

—Mihk, contigo cualquier persona, hasta un búfalo, tomaría confianza a la primera.

—Dime más —repite retomando su seriedad.

—Cualquiera pensaría que has barrido con la maldad en el mundo solo viendo tu sonrisa, escuchando como rompes el silencio con esa risa que solo da paz y consuelo y misericordia.

—¿Es eso lo que crees?

—Es eso lo que siento cada vez que...

Silencio.

—¿Cada vez que qué?

Ahí es cuando lo hago. La mentira más despiadada que puedo inventar y decir. Porque con esa escena Mihk movió unas fuerzas oscuras en mi ser que no puedo ignorar.

—Cada vez que extraño a papá. Tú me recuerdas a él, Mihkel, por eso te quiero tanto. Como el amigo que he anhelado por toda mi vida.

—Yo...nunca. Yo nunca lo había pensado así, An. Mi familia ha aparentado ser siempre perfecta. No me he esforzado por desear un abrazo porque ellos siempre han estado cerca. Pero el hecho de que te recuerde a él, porque sé cómo lo extrañas siempre, me entenece, me sublima.

Hago que se trague esa mentira.

Porque él no me recuerda a papá y su bondad. Me recuerda a la traición, a la agonía del que sufre en soledad, a un ladrón de esperanza.

—Tienes jabón —exclama moviendo su mano a mi barbilla. No necesito saber de física cuando noto que quiere dar un pequeño tirón de mi rostro al suyo.

Ambos lo deseamos. Lo hemos deseado en la sombra del secreto por tantos años, con el plan de los soñadores que siempre encuentran su manera de hacer que todo suceda.

Es más que un capricho. Es una fiera encerrada en la jaula de nuestros corazones que quiere salir de su jaula. Nuestros latidos desenfrenados nos lo hacen saber.

Que ha llegado el momento.

—Sí, sí puedes —gimo por lo bajo.

Y todo es una cadena de catástrofes sacudiéndonos la piel. Nuestras bocas se abren, la sangre recorre kilómetros, el agua hierve, el mundo se vuelca,

hasta que somos labios contra labios en una urgencia de saber su sabor.

Sabe a mar. Su boca sabe a mar. Y a fresas y a campo y a fulgor de estrellas. Mi visión está cegada. Mi cuerpo es solo mi boca buscando llegarle hasta el alma con cada roce. Vibramos. Somos un terremoto bajo el agua. Cuando alguien se queda sin aliento el otro le presta sus pulmones al otro y el beso es una canción que nunca termina.

—Tienes jabón. —Vuelvo a la realidad. Me he perdido en mi imaginación. En mi fervor. Estoy perdido. Irremediablemente perdido.

Aunque él esté aquí.

—Gracias. ¿Ya se fue?

—Ya.

—Ido el jabón, me voy yo. Nos vemos en la cena, Mihkel. Por favor, cierra los ojos.

—¿Por qué? Es solo tu cuerpo, An.

—*Por favor.*

—Está bien.

Sé que él podría perforarme la espalda y cada paso si me ve así. La sola palabra me da escalofríos. Me visto como puedo.

Me imaginé ese beso como espero imaginarme una vida aparte de él.

—An, nos vemos en la cena, eh. Nada de campos de tulipanes hasta la madrugada.

—Prometido.

Cuando me doy la vuelta él vuelve a estar sin pudor alguno de pie, como un Poseidón parado sobre las olas y su espuma.

Ojalá que la vida no me haga enloquecer hasta que lo único que desee sea estar descansando contra su pecho.

Pese a mis negativas, su mirada la sigo sintiendo sobre mi espalda. La sujeto en mi mano, como el hilo que me guiará por el laberinto. Eso es todo lo que necesito justo ahora y por el resto de los años. Su mirada siempre conmigo.

Pero después de tantos días lo único que sé de cierto es que tú encarnabas todos mis deseos. Cuando pensaba que uno estaba cumplido tú venías como una fuente a hacerme desear más. Tu cuerpo y tu alma eran el claro ejemplo de por qué demudaba incluso cuando más palabras tenía por decir. Eras imposible, desde amarte a creerte real a creerte una parte indivisible de mí.

En cierto sentido, quiero creer que nos hicimos posibles cuando no nos

dábamnos cuenta. Esos han sido los consuelos en mi eterna soledad y mi condena. No decirnos lo evidente acabó con nuestras ilusiones. Nos fuimos apartando hasta ser desconocidos, dos estrellas errantes esperando un milagro del cosmos para volver a estar cerca.

Seremos milagros a futuro, me intento convencer.

Porque ya no tengo a nadie que me lo pueda recordar.

14

El hecho de que nuestros labios se queman en la distancia
estando tan cerca
u otras formas de morir lento.
Todos tenemos una forma de evitar la verdad
y esconderte en el secreto fue mi fatalidad
pero, cariño
esa fue mi única alternativa
de mantenerte al margen de todo peligro
era tanta tu luz que temía que alguien más te la quitara
—incluso yo mismo—
y decidí protegerte con la pequeñez de mis manos y el peso de mis sombras.
Nunca planeé desplazarte
—quise alejarte
porque las circunstancias eran un personaje más en nuestra tragedia
que nunca quisimos ver y ahí estaba—
siempre me preguntaba
¿Cuál es el precio a pagar por un suspiro?
Si el suspiro iniciaba
y terminaba
con tu nombre
se me olvidaban todas las murallas.
No había precio imposible si al final estabas tú.
Creo que las personas
las flores
el sol
el mar
te odiaban porque les quitabas todo su valor.
Las personas ardemos cuando nos enamoramos
dice un dicho
y dice mi piel cuando encuentra tu piel.
Tú eres la comprobación de que nacimos para creer
que podemos ser amados
adorados
acariciados
sostenidos

exaltados
con solo una mirada
me creía merecedor de todo el amor del mundo
cuando tú me querías
—si eso no es tentar al destino y a los órdenes del universo ¿qué es?—
No hay arrepentimiento hasta ahora
mas que el hecho de no poder prolongar nuestra historia.
Nos sentimos infinitos
pero nuestros momentos fueron fugaces.

Cuando Mihkel me reveló que su zumo favorito es el de mango, también hizo una revelación que en esta noche solitaria me sacude.

«Tus labios parecen de mango». No sé con qué intención dijo aquello, o si su tono era serio. Demonios. ¿Por qué sus palabras siempre se me escurren como si yo fuera un manantial ante el cual todo se desliza? No conozco de significados cuando él está cerca, no sé si su tono es serio o es en burla, vaya, que no sé ni en qué planeta estamos. Porque cuando él habla todas las paredes sucumben, tanto las mías como las del globo terráqueo.

Justo ahora estoy arrancando mangos de uno de los árboles de la huerta. Mi instrumento es un palo de madera más largo que todo mi cuerpo, que se hiende entre las estrellas que se adivinan entre las venas del árbol. Las estrellas, dicho sea de paso, parecen manzanas estrelladas ante la fiereza de los meteoros. Resplandecen contra el cielo oscuro contando historias que nadie sabe. ¿Así de brillante me encenderé siempre que Mihkel está cerca? La sola idea me abruma. El solo hecho de exponerme, de que alguien se percate de lo que nosotros no, me perturba.

¿Quién diría que el amor también puede aniquilar?

Al parecer, no solo en la vieja, abrupta y temeraria Estonia. Han corrido los chismes de que en países vecinos han ocurrido ejecuciones contra personas *como nosotros*. Han exterminado con el chasquido de sus dedos a corazones salvajes. *Los han apagado de un soplido*. Para mí, creyéndome tan indestructible, sería una tragedia con partida doble.

Entonces lo comprendo. ¿Qué tal si Mihkel está maquinando esa invención con aquella chica para ocultar sus pretensiones hacia mí? En todo caso, no debería tardarme en hacer lo mismo. Ni en prepararme para darle un último adiós. Las mentiras son devoradoras. La propia religión las prohíbe con una sentencia implacable. Hay castigos para esos mucho más allá del peso en la conciencia.

Un jalón que viene de arriba interrumpe mis sórdidos pensamientos. Ha caído uno y lo atrapado antes de que se haga añicos.

Eso pasará si mientes.

El impacto del mango contra mi mano ha dejado una resplandeciente marca escarlata que contrasta contra el claro lunar. Me he herido de lleno con una pequeña rama que aún pendía del fruto.

—¡An! —grita una voz en la penumbra. Es Mihk.

—Voy enseguida.

Hay algo extraño en esa herida. Más bien, hay algo extraño en la forma en que la siento. *O la forma en que no la siento. ¿Y si ya no soy capaz de sentir dolor? ¿Y si aquella decepción tan grande me dejó en un vórtice en el que todo atisbo de dolor desaparece?*

—¿Estás bien? —dice su voz alarmada. *Eso debiste haberlo dicho en aquel Café.*

—Sí, estoy bien. Solo que cuando bajé este mango me hice un pequeño corte.

—¿Quién en su sano juicio corta mangos a esta hora, *saumensch?*

—Lo siento, es que recordé lo mucho que te gustan cuando me lo contaste en aquella montaña.

—No es mi última cena aquí —repite—, eso podía esperar.

Había pensado que él ya se había ido desde hace mucho tiempo. Pero solo fue hace unas horas. Su partida no ocurrió en ese Café. ¡Me lo está diciendo aquí mismo! Que no habrá ninguna persona que lo haga irse para siempre de este lugar que ha sido tan íntimo en tan pocos días. Quiero decirle *¿entiendes mis sacrificios, todo lo que hago para impedirte que me digas adiós?*

—¿Qué haces? Mis manos no han desaparecido.

Eso no lo hace cambiar de opinión. Las busca, en un afán de protegerlas de la devastación. Siento el calor que late en sus venas. Puedo jurar que es anormal su pulso. Que tiene fuego celestial debajo de su piel. Que tiene un mar de estrellas encendidas en sus torrentes. El simple toque de su piel contra mi piel nos inunda. La noche nos acoge con sus luceros titilando contra el césped, con la luna haciendo de su cara todo un espectáculo de bordes y sombras adorables, simétricas.

—Estoy bien —repite—. Es solo un corte.

—Eso mismo decía un compañero cuando trabajaba en una de sus esculturas. Hasta que el corte en su piel se fue transformando en una mancha de alquitrán hasta paralizarlo para siempre.

—Tus historias de terror no funcionan conmigo —aduzco. Se apena y se ríe de su propia broma. Lo acompaño. La noche es tan plácida que es imposible no ceder al encanto de su risa. Las estrellas desde lo alto lo contemplan conmigo. Las aristas de sus labios, la longitud que toman, los hoyuelos, los tenues lunares apenas visibles con la luz que se cruza.

—¿Qué es lo que sí funciona?

—Los baños compartidos.

Años después juraría que entendiste “los daños compartidos”. Eso cambió toda nuestra historia.

Entramos en la cocina. Mihk sigue apenado por el corte de mi muñeca a pesar de que casi le he dicho una eterna letanía de *no te preocupes no es nada*. Aunque por la forma en que cuidadosamente ponía cada curita y los vendajes ya planificaba en mi mente bajar mangos cada noche. Había algo en su mirada mientras me envolvía en esa seda de las vendas. Había cuidado, amor, ternura, protección. La clase de mirada que te acompaña hasta que llegas a casa.

Para seguir suspirando.

—Ya veo que no solo es mutilar la piedra tu talento —bromeo. Él nota el sarcasmo. Es un mundo cuando alguien es cómplice de tu humor aun y en las situaciones más desesperadas. Mihkel es esa especie de humano que siempre se esforzará por entender cualquier mínimo secreto o pregunta.

—Tiene toda la razón, Inspector Anton. La piedra solo cede si te das a conocer con ella y viceversa. Si ves su lado más voluble y su lado más testarudo.

—Pues bien, ya estoy listo. Espero no alarmar a mamá.

—¿Puedes prometerme algo? —dice recuperando su seriedad.

—Sí —afirmo—. Lo que sea.

—No te vuelvas a poner en peligro por mí.

Deseo entenderlo en este momento.

Realmente lo intento.

Pero una parte de mi futuro sabe que no lo haré.

El mango está donde debe estar, en las copas transparentes con las que brindamos en una ceremonia que acabamos de inventarnos. Mihk nos habla de cómo será su próxima escultura y de lo que necesita. Será el proyecto de su vida. Habla del tiempo que invertirá y un tirón helado baja por mi esófago. Soy incapaz de escuchar el tiempo que se quedará aquí por más corto o largo que sea. Cambiamos de tema con la facilidad con la que se cambian las barajas en un juego de camaradas. Él me ayuda en mi mentira de que todo salió bien en la subasta de tulipanes.

—Estoy muy orgullosa de ti, Anton. Pese a todo, lo has sacado adelante, hijo. Papá, digo, toda la familia debe enterarse.

Como siempre que menciona a papá, se le revuelven las palabras. Su sola mención es un accidente y eso me hiere. Hiere las tradiciones de Estonia, por decir menos. Como si fuera parte de mi historia que no me merezco.

—Gracias, mamá. Pero dudo que siquiera piensen en mí.

—No digas esas cosas, hijo. ¿Quién se perdería de un ángel como tú?

Claro, los ángeles mienten.

—Ni yo me puedo resistir a su encanto —dice Mihkel de repente. Menudo bocazas. ¿Se le ha salido por accidente o fue premeditado?

Me sonrojo. Hay un volcán en mis mejillas.

Sus palabras son esa clase de viento que sacude tu pelo en un día de verano cuando menos te lo esperas. El oro que se encuentra sin esperar. La brisa de una estación inusitada.

—Ya estoy lleno. Iré a mi cuarto —anuncio.

Ya una vez instalado debajo de mis sábanas blancas emito una especie de grito. Es como si mi sonrojar hablara. Estoy consternado. Él, sin decirlo, lo ha aceptado. Lo ha aceptado siempre. No hay mentira en sus palabras ni malas intenciones. Solo encuentro bondad, pureza, esa clase de inspiración que me hace ahogarme sin que la asfixia se sienta nociva.

Un espanto recorre mi columna cuando las sábanas se elevan. ¿He vuelto a dejar la ventana abierta? No en un sentido metafórico, claro. No en un sentido metafórico hasta que sé que es Mihkel quien se ha colado de lleno. Nuestras narices casi se tocan.

No puedo culparle si he sido yo quien le ha abierto la puerta y no le he indicado las salidas.

Pero no soy capaz. No encuentro la manera de decirlo. Las palabras son esa oscuridad en la que no quiero entrar. No puedo decirle que se vaya cuando mi alma pide a gritos ese *quédate*.

—Estuvo fenomenal la cena, An. Te juro que nunca olvidaré el sabor de ese mango. Tú me has enseñado lo que es el sacrificio. Lo usaré para siempre no solo en mi vida de artista, quiero que lo sepas. Lo que tú haces lo llevaré siempre en mi ser. ¿Sabes qué es lo mejor? —Sus ojos, a pesar de la poca luz, esplenden—. Que me queda mucho por aprender de ti. He hablado con mi familia para hacerles saber mis deseos de seguir aquí. Estoy maravillado por todo. Aunque me queda una cosa que aún no me ha hecho adicto a Estonia.

Mi mente adivina un millón de posibilidades que terminan en una sola. Parpadeo. Él no rompe el silencio; quiere romperme los labios a besos. Lo noto. Un latir desbocado en sus comisuras. Un rojo sangre latiendo en todas direcciones. Me deja estrábico. Pero basta de imaginaciones.

—A mí también me hace falta algo que me haga adicto a las estrellas. Por más pirado que eso suene.

—Oh, rayos. Lo he olvidado. ¡Teníamos nuestra cita con las estrellas!

—Y de la mano del mejor astrónomo alemán.

—Puff, del astrónomo más olvidadizo, querrás decir. No sé por qué mi mente divaga tanto últimamente.

—¿Será porque estás enamorado?

—Depende de lo que signifique estar enamorado, An.

—Soy el menos indicado para decirte —resoplo—, pero mamá dice que así pasa cuando te enamoras. Pierdes el hilo de las cosas. Parece que te evaporas, que vuelas, que flotas. Todo lo terrenal perece.

—¿Estás seguro que eso lo dijo tu mamá? ¿O te lo acabas de inventar?

—¿Tú crees que pueda ser capaz de decir eso?

¿Y más estando tú aquí a un milímetro de mí?

—Vaya, pues qué familia tan más poética. —Su pecho se siente más cerca del mío. En cierto modo, me atrae a su esqueleto. Es un centro gravitatorio—. Estoy empezando a sentirlo, An. Es una fiera que grita y desgarrar mi interior en su intento de doblegarme. Sé que cuando uno de los dos gane, el estruendo se escuchará en cada rincón del mundo, porque es, literalmente, un huracán. ¿Lo sientes? —pregunta guiando mi mano hacia su corazón. Mi mano reposa bajo su camisa notando su palpito.

—¿Y a qué se debe, saltamontes?

—A mi escultura, ¿a qué más, An?

Y cae dormido.

16

Contigo sentía que donde sea que estuvieras
estaba la suerte,
como si contigo el destino tuviera la transparencia del mundo
porque no había incertezas

o

simplemente

tú inspirabas a la suerte a que se contagiara

o

confundía todas las cosas buenas con la suerte
porque cuando estaba contigo solo me ocurrían sucesos de bondad
—todo lo que venía de ti—

en resumen:

sin que te dieras cuenta me hacías la vida.

Por ejemplo,

cuando despertaba de una pesadilla
notaba tu pecho y se encendía la luz
cuando notaba tu respiración el ritmo de la vida se hacía menos voraz
la órbita de la tierra y de mi vida
dejaba de pesar,
dejaba de ser un cálculo de años
para ser el viaje en el que te debía tomar de la mano para nunca
soltarte.

Cuando descansaba contigo

mi pecho en tu pecho

mi mejilla en tu abdomen

mi fémur en tu fémur

mis manos en tu pelo

la noche guardaba sus bestias

y el inicio del día se sentía el inicio de una era para gastarla a tu lado.

¿Qué sentido podía haber después de ti?

Tenías el inicio, el desarrollo y el final

todo tú era una conjunción

de procesiones en paz

no te cansabas de guardas las estaciones en tu sonrisa

primavera

verano
otoño
invierno

me pregunté cómo podías contener tanto
y al ver tu sonrisa lo supe:
contenías tanto porque tu alma era ese campo de tulipanes que no se
marchitaba nunca.

Me rompe pensar
que abarcaste tanto
que te rompiste
que lo diste todo y te quedaste con nada
salvo con mis silencios
las palabras que me reprimían
los abismos que pensé que salvaban
y nos hundían.

Contenías tanto que nunca pregunté por la fuerza de tus bordes ni de tus
barreras
y ya no puedes escuchar mi perdón
mi súplica
ni el deseo que ya devastó a la fe.

El día amanece con su destacada calma. Vaya que he sudado. No porque haya hecho calor durante la noche, sino porque Mihkel ha sido el calor. No recordaba haber tenido un sueño tan reparador en años. No exagero; tenerlo a mi lado —aunque sea solo en mi dormir—, es un deseo cumplido, una súplica de mi propia alma y de mi propio cuerpo porque él aplaca todas mis preocupaciones, mis delirios. Reposan, ceden, se van. Su misma piel *respira* y le devuelve los pulmones a mi cuerpo. Sus lunares orbitan y se agrupan en constelaciones que nombro con el paso de mis dedos.

—¿Has dormido bien? —Ahora soy yo quien lo pregunta.

—Demasiado bien, por fuera. Pero por dentro he tenido una pesadilla. Es la piedra, Anton. Soñé que cuando mi escultura, mi obra maestra, ya estaba terminada, todo se desmoronaba como filigrana.

—Tranquilo, Mihk, fue solo un mal sueño. Sabemos que en la vida real pasará distinto; será un monumento recordado por los años. Estoy seguro.

De pronto una sombra recorre mi semblante. ¿Y si ha soñado eso porque lo maldije? Maldije la forma en que desvió la conversación, maldije que nunca dijo que era yo quien despertaba esos sentimientos, que minimizara la magia de la situación.

—Iré a bañarme —dice con picardía. Incluso recorre desde la punta de mi nariz a mis labios y mi mentón con su dedo índice. Es un menudo engreído.

Y yo un testarudo, un débil de voluntad porque lo sigo.

Cuando estamos internados en la ducha ocurre la catástrofe más cálida y llena de fiebre que puede existir.

Me da la espalda involuntariamente. Recorro con la esponja el inicio de su cuello hasta la espalda baja. Mis ojos se abren en sorpresa por lo poética que resulta su columna vertebral, como pequeños escalones de mármol que se curvan en una atracción mortal de piel y músculo. Parece una estatua de bronce salida del Louvre.

No continúo más el movimiento de mis manos porque significaría la explosión de mi estrabismo. Estoy rebasado por mi propia incapacidad de soportar su belleza, lo geométrico y ordenado de su cuerpo.

—¿A dónde irá a parar tu escultura, Mihk?

—Mi lugar soñado es el Louvre o el Modern Museum Of Art de Nueva York...No lo sé, cualquier refugio en condiciones estaría fenomenal. No me gusta hacer planes sin estar mil por ciento seguro de que todos los detalles

están concretos. ¿Tú cómo eliges a quién vender tus tulipanes?

—Es como si los tulipanes eligieran a sus dueños, como si pudieran detectar su energía. Son muy delicados, tú sabes, así que pensando en sus debilidades encuentro a los floristas adecuados.

—¿Tú crees que el amor nos elija?

Debería haber preguntado, ¿tú crees que el amor nos elija a ti y a mí?
Pero sospecho que Mihkel nunca sabrá usar los pronombres adecuados.

—No sé, recuerdo que...

—¿Recuerdas qué...?

Recuerdo que tú me dijiste que yo debería saber las palabras indicadas para que tú me dieras la respuesta que tanto quería.

—Recuerdo que en unas semanas será el baile de la Cosecha y que me alegraría que estuvieras ahí aunque no cruzáramos palabra.

—¿Y quién dijo que las parejas de baile deberían ser solo de mujer con hombre?

—Tú siempre tienes la respuesta más sencilla, pero aquí no sucede así, Mihk. No somos tan liberales como en tu patria. Aquí los corazones de los hombres parece que siguen siendo de piedra. Pero es que tienes unas caderas de tentación que hacen imposible desinvitarte.

Ocurre un accidente al compás de nuestras risas. Lo atraigo demasiado. Sigue de espaldas. Y todo lo que hay debajo de su espalda baja da de lleno contra mi pelvis. El contacto es abrasador. Podemos llorar de alegría así como estamos. Podemos detener el curso de las estrellas y del mundo. Estamos fundidos en un abrazo que hace la tregua con cualquier peso del tiempo o del rencor. No hay nada que existe mas que nosotros en ese espacio tan íntimo y protector. Somos una muralla de carne y hueso. Hemos hallado nuestro lugar.

El agua de la ducha se enfría y nos sacude. Nos separamos. En realidad no sé cuánto tiempo ha pasado. Para mí pueden pasar milenios y los sentiría segundos al lado de él. Siempre desearía más el veneno de sus labios.

A pesar de la condena.

Como sea, sé que estando entre estas cuatro paredes nada nos podrá matar. Cualquier error quedaría entre nosotros dos. Así que me libero, me doy espacio por primera vez en mi vida de fallar, de hacer un chiste mínimo que solo en nuestra soledad podemos comprender.

Me mata que el ruido de la ducha no nos deje hablar. Que no sepamos cómo hacer que nuestro cuerpo hable. O al menos, descifrar nuestros temblores.

—¿Estás bien? —me susurra al oído.

—Sí, nunca he estado mejor —respondo—. Es como si hubiéramos fundado este espacio. Suena raro, ¿no?

—No tanto, Anton. —La sola mención de mi nombre completo me hace temblar. Él lo nota—. Cualquiera en esta situación fundaría su propio mundo donde nadie pudiera salir herido.

Lo dice tan universalmente que hiere. ¿Por qué no dice que quiere fundar un lugar conmigo donde nadie pueda destruirnos? ¿Por qué no me hace sucumbir con una propuesta que me revele toda la verdad?

—Eso es justo lo que yo pienso.

Pero salimos de la ducha antes de ser anguilas arrugadas por el efecto del agua. El vapor que expide su cuerpo es otra tentación que me enloquece. Si mis dedos fueran a parar a su piel fuera de ese espacio pasaría lo mismo; expulsarían vapor cual varas de incienso. Me sentiría inmaterial.

—Es lo que hemos hecho después de todo, ¿no lo crees, Mihkel? Nuestras pequeñas pláticas, nuestras duchas, los secretos de nuestras miradas...

—Ni lo pienses, Anton. Eso nunca podría pasar entre nosotros.

Mi respuesta es un solo balbuceo.

—¿Por qué lo dices?

Juro que hay una pausa de dolor entre cada letra.

—Porque no lo hemos hecho formalmente, tontito. Yo ya muero por hacerlo real.

Pero sé que no dice la verdad. El tono de su voz es distinto. Se dio cuenta de la gravedad de las palabras y cambió de manera intempestiva. Pero lo ha sentido en el fondo: no quiere nada conmigo. Como es él, ya lo hubiera anunciado con su familia a los cuatro vientos.

Ha renunciado a un nosotros.

Quizá siempre lo ha hecho.

Solo que hasta ahora me doy cuenta.

Así que esa tarde cuando él se ha ido a su vida secreta con aquella joven del Café —sospecho—, inicia mi autocastigo. He hecho tantas cosas tan degradantes para la memoria de papá —si es que es verdad que está muerto—, como decir —confesar— aquella vez que pensaba en papá cuando en realidad pensaba y hacía algo impuro. Cuando mentí usando su memoria. Cuando he roto el juramento de rendirle honra a través de mis actos cuando solo he predicado el pecado.

Mis mismos actos me dan náuseas cuando antes me daban el más entero

placer que alguien puede darse a esa edad: pensar que está entero al lado de alguien más y disfrutar de su plenitud.

Cojo la vara con la que quito la maleza de los tulipanes. Es lo suficientemente firme y ligera para surtir efecto; limpiar mi piel de la depravación y del nombre de Mihkel.

La fusta da de lleno contra mi piel. Al principio no lo noto, sino al latigazo número diez cuando serpientes de calor me sacuden la espalda, como cuando me tendía en la arena ardiente de la playa, multiplicado el efecto en un mil por ciento. La piel ya se está levantando y los primeros hilillos de sangre se resbalan en una lenta marcha de dolor, sudor y lágrimas.

Qué tonto he sido al pensar que el amor es únicamente placer y paz. También es esto, purificarme por la equivocación de entregar el corazón a las manos equivocadas.

Él no daría ni un suspiro por mí.

Prosigo. He perdido la cuenta de los segundos, ahora minutos, que lleva mi flagelación.

La noche anterior me había preguntado si todavía era capaz de sentir el dolor. Y ahora estoy luchando por saber qué duele más: la cegazón de Mihkel o el dolor físico de la tortura de mi piel.

He inventado las excusas más tontas para poder encontrarnos, pero ¿de qué sirve eso si cada vez abro una brecha más grande en mi propio ser?

Desgraciadamente, ese pensamiento lo invoca. Entra como una ráfaga a detener mi autoflagelación. Sus manos fuertes sujetan las mías. No se da cuenta de la herida de mi muñeca, no le importa. Para mi castigo como si él no formara parte de las razones.

El dolor de encontrar decepción en su mirada es insoportable. Un doble suplicio.

La conexión de sus palabras es un desvanecimiento gradual:

—¿Qué has hecho? Dios mío...

Tomo la respiración que no he tomado en años:

—¡Tú me has orillado a esto! Tu falta de admisión, lo que tuve que inventar para proteger mi deseo, el frío de mi cuerpo preguntando todas las noches por ti, el tirarme del precipicio y sentirme incompleto por el simple capricho de reclamarte como si de eso dependiera mi vida. *Tú has puesto esas heridas en mi cuerpo, las invisibles y estas.*

Caigo en un sueño profundo. No sé nada más del mundo ni de Mihkel. He desaparecido en unos minutos con todo mi fulgor. Si fuera un alquimista del

tiempo, convertiría esos minutos en una muerte segura.
Entonces sé el peligro que corro.

18

Ante el menor atisbo de que te estaba haciendo daño
mi alma pedía a gritos dejarme ir en paz
porque era una contradicción maldita
protegerte del mundo
para destruirte yo.

Descubrí que a veces los silencios también te dejan sordo,
que no decir lo que tu corazón deseaba apagaba el fuego que comenzaba a
latir

y que una vez que dos cuerpos se incendian por el amor
es imposible dar marcha atrás:

o te consumes o te consumes.

Por eso recelaba,
por eso daba dos pasos atrás y tú los sentías como dos kilómetros.
Renegaba de la intensidad porque el amor
es ese grito descarnado que pugna por salir de sus paredes
y eso nos amenazaba
con quitarnos la luz y los sueños
—yo solo quería verte seguir—.

Quería borrar incluso las cicatrices que aún no tenías
quería que dejaras de desear escapar
y que empezaras por habitarme
que una caricia condujera a una exploración sin retorno.
Pero ese avión se fue a pique...

Las mentiras nos engulleron,
quisimos disimular los gritos de nuestras bestias
y solo conseguimos quedarnos sordos
en nuestro mutismo.

Y seguimos latiendo en direcciones opuestas hasta que el latir de nuestros
corazones

solo fue un suspiro
la luz de una luciérnaga
que no iluminaba el camino de nadie.
Un tulipán tirado al aire.

Me dice que estaré bien. Yo pestañeo. Me pregunta si es por su culpa, que si ha manchado la paz que antes me habitaba. Lo niego. Le digo que son temas aparte. Que si decidí autoflagelarme fue por los pecados de mi carne, cosa que no cree. Él cree que soy el ser más puro sobre la faz de la Tierra. ¿Para qué lo niego? Las últimas gotas de pureza dentro de mí solo las gastaría con él, otro ser que solo carga luz consigo.

Temía ya no sentir, que todos mis sentimientos te los hubieras llevado contigo.

—Estarás bien, Anton. Estaremos bien.

—¿Estaremos bien? ¿Ahora sí me incluyes en tus planes? No sabía que yo existía más allá de estas cuatro paredes.

—Es el amor que nos podemos permitir, An. Yo ni siquiera he podido descifrar qué es lo que se bate dentro de mí cuando estamos cerca. Eso te lo quería confesar en aquella montaña pero no había palabras para la dicha que sentía de que todo se estuviera haciendo realidad.

Eres un farsante, quiero gritar.

—Para mí tú existes más allá de los confines de este y de cualquier país. De cualquier limitación terrenal. Lo que sentimos nos excede a nosotros y a la comprensión humana. Por eso quiero guardarte, cariño, porque no pueden ser capaces de entrar en nuestra piel. Quiero sujetarte y que vayas siempre al lado mío, lo más cerca que puedas de mis entrañas, pero si un día tenerte cerca y tan asido a mí duele, por favor házmelo saber. Y no podemos hacer nada si tú mismo atentas contra lo que eres, contra esa amplitud que tiene tu hermosa alma.

Esas palabras hubieran significado una historia completamente distinta en otras circunstancias. En este duelo entre el delirio y la culpa se sienten tan huecas y lúgubres, como el canto de un cura sin corazón.

—Gracias por estar aquí, Mihkel. —Es todo lo que puedo decir en este momento.

—Estaré trabajando en el sótano. Cualquier cosa que necesites, no lo dudes. Y procura descansar.

Ahora ya se ha dedicado a sus labores en el sótano de la casa. Le hago la promesa de que intentaré recuperarme de todo este desastre que he invocado sin pensar en las consecuencias. ¿Qué hubiera pasado si mamá me hubiese encontrado en lugar de Mihk? La más cruenta decepción la hubiera demolido

ahí mismo. No podría tener el perdón jamás, ni aunque pasaran mil vidas con sus mil eones.

Dejo que la tarde se convierta en noche bajo el manto lleno de esplendor de las estrellas. Duermo con mi boca mordiendo la almohada imaginando la paz de las nubes. Despierto en intermitencias pensando que han pasado ya los días cuando solo son horas. Resbalan las lágrimas por mis mejillas ante el recuerdo que ocurre en esos intersticios de vigilia y sueño profundo.

Más tarde regresa él con un jugo de manzana y galletas, pero no tengo el menor ánimo por comer. Su sola presencia me inunda de una energía inusitada.

—Haré todo lo posible porque lo olvides. Me ocuparé de aquí en adelante de cada cicatriz que te duela, porque no mereces cargar con ningún dolor. Estaremos bien, An, es un juramento —reitera.

—¿Podemos ver las estrellas?

—Claro. Aún recuerdo que tenemos una noche pendiente con ellas, pero en cuanto te sientas mejor lo haremos.

—Me refiero a ahora mismo, solo con que abras la ventana. El telescopio puede esperar.

Me sostiene con cada paso que doy. En los primeros contactos es demasiado cauto para no dañarme. El aire que se cuele me renueva los pulmones sin intentarlo.

—Tienes suerte, *saumensch*, el cielo está muy claro hoy.

—Está hermoso.

Me quedo parado, sin decir más. Simplemente porque las palabras no acuden a mí.

Él habla en mi lugar.

—Te hablaré esta noche tan especial de las explosiones enigmáticas. —Únicamente necesito de ese nombre para saber de lo que se trata—. La catastrófica explosión de una estrella envía ondas de choque que se irradian a 35 millones de kilómetros por hora. El fin de la vida de una estrella puede ser un evento muy espectacular. Se llaman supernovas esas muertes. Hasta el nombre tienen bonito. Ocurre cuando el empuje de la gravedad hacia su interior materialmente desgarrar su interior. Ahora viene lo mejor: la expulsión impulsa chorros de luz de alta energía y materia hacia el espacio. Pero desde la supernova de Johannes Kepler descubierta en 1604 no se ha vuelto a atestiguar ninguna otra.

—¿Y si nosotros la descubrimos?

Mi propuesta queda en el aire por ahora. La luz de sus ojos quiere decirme

más. Que me lo ha dicho porque él confía en que el desgarrar de mi interior dejará una mejor versión de mí. Que esa ruptura con mis culpas interiores me hará más valiente de aquí en adelante para construir quién soy y, después, si tenemos suerte, descubrir quiénes somos.

Cuando el cansancio se cuele en todo mi cuerpo, él me lleva a la cama.

—Quédate —exclamo con la última fuerza de mis pulmones. Ahora yo lo necesito. Lo necesitaré siempre.

En las dos mañanas siguientes cuando ya he recuperado toda la lucidez, Estonia se dibuja convulsa entre sus montañas que parecen de metal en lugar de piedra. He salido con mis botas de piel y mi cazadora café. Es una de las típicas lloviznas que no cesan. Para recuperar aliento hago una parada en la biblioteca del pueblo, la cual, como siempre, luce deshabitada (lo mejor que le puede pasar a mi propósito).

Mi misión consiste en tener certeza del peligro que representa ser realmente yo y de demostrar esa proyección a los demás sin sentir que el amor es una cárcel que se reduce cada vez más.

Saludo al Señor Brooks, quien es un anciano con los lentes más espesos de los alrededores, ya incapaz de ver con claridad ni de recordar un solo nombre.

Camino hacia la sala de los archivos históricos y rebusco entre los folios cafés gastados por el tiempo un testimonio que me haga recuperar la fe o perderla para siempre. Ocurre lo último; un escalofrío de pies a cabeza por la severidad de la noticia. Es de un periódico británico que reza lo siguiente:

Alan Turing era un genio de las matemáticas. Sus conocimientos contribuyeron de forma decisiva al salto científico que más tarde permitiría la revolución de la informática y fue considerado un héroe nacional por haber logrado descifrar el código Enigma que los nazis utilizaban en sus comunicaciones secretas, lo que contribuyó decisivamente a la victoria de los aliados en la II Guerra Mundial. Pero todo eso no le sirvió de nada ni pudo impedir que, unos años después, en 1952, fuera condenado por atentar contra la moral pública por mantener relaciones con otro hombre de 19 años. La sanción penal resultó devastadora para Turing. Se sometió a castración química para eludir la cárcel, pero su vida estaba destrozada. Apenas dos años después se suicidó mordiendo una manzana impregnada de cianuro.

¿Qué otro sacrificio requiere el mundo para que por fin entienda las diferentes caras del amor y la libertad? ¿Qué tanto costará mostrar lo que verdaderamente somos? ¿Valdría la pena después de todo ese recorrido del

navegar hasta abrazar la bandera de nuestra más honesta faceta? La noticia — más elegía que noticia—, me deja helado. La sensación permanece y no se debe para nada a la lluvia, sino por el tono de advertencia de esas líneas. Como casi reza el lema: *En Estonia las penas son mayores*.

No hay cabida en mi corazón para imaginar siquiera lo que nos pueden hacer a Mihkel y a mí.

Solo nos queda soñar con un mundo mejor donde no haya abismos ni mortajas. Porque el despertar nos puede aniquilar sin advertirnos.

Entonces la pregunta vuelve a acechar en su torbellino de tormentos: ¿cuánto nos tendremos que desdibujar para que nunca nadie jamás lo note? Así comenzaría la marcha más dura y más larga por mantener nuestra historia.

Lo más pura que se pudiera.

Lo más nuestra que se pudiera.

Lo más explosiva que se pudiera.

—Lamento que sea de madrugada, Mihk, pero ¿tienes un minuto?

—¿Te sientes bien? —pregunta.

—No, bueno, mentalmente no.

—¿Qué pasa, An?

—¿Te suena la historia de un tal Turing?

Por el largo silencio que hiere a la noche sé que también se sabe su vida de pi a pa. ¿Es eso para lo que vivimos? ¿Para que nos recuerden así como si nuestros gustos fueran una mancha humana?

—Me suena, An. Pero, ¿por qué viene al caso?

—Porque su historia es brutal.

—Oh, no. Por favor ni lo pienses que eso te puede pasar.

—O lo que es peor: que te pase a ti.

—Qué va, Anton. Los años han cambiado. Nuestras posibilidades de escapar son muchas. En Alemania podemos hallar una oportunidad o en cualquier otro lado. No te dejaré solo.

—Es solo que...me parece abrumadora la forma en que se puede orillar a alguien por algo tan insustancial e intrascendente. ¿Aquello qué más daba? Era un gusto personal, no un acto terrorista ni nada por el estilo.

—Nunca podremos explicarnos el curso que ha tomado la humanidad —sentencia— ni por qué esas conductas tienen esa naturaleza tan destructiva. Muchos dicen que el hombre es el lobo del hombre y lo creo; odian no poder soportar las cosas que salen del cauce de su normalidad y tratan de aniquilarlas sin darles un juicio verdadero.

Seguimos hablando de cómo nos sentimos ante los ojos de los demás. Le digo que ni mi propia familia sabe acerca de mis preferencias y me tranquiliza diciendo que lo primero es mi paz emocional y que hay un tiempo para todo.

—¿Tu familia cómo se enteró? —le pregunto.

—En el fondo creo que siempre lo han sabido. No por mi extraña sensibilidad a lo Oscar Wilde, o tal vez sí, sino por el extraño sexto sentido de las mujeres y en especial el de mamá.

Deseo preguntarle si les ha contado de mí y de todo esto; si yo tengo un espacio en sus delirios, si no estoy solo mientras ardo en el deseo de que cada partícula del universo sepa cuánto lo quiero.

Nos perdemos entre las palabras y la madrugada no se siente tan oscura. No atrevemos a rompernos el miedo, a nombrar por su nombre los temores más paralizantes de nuestra vida y a preguntarnos esas cuestiones que hacen caminos de un alma a la otra.

Se está cumpliendo nuestra promesa.

Nos exponemos sin que se sienta a estar desnudos en un glaciar, sino todo lo contrario: a que se sienta como los rayos de sol en el verano. No es vulnerabilidad lo que ninguno de los dos siente, sino calma.

Se está cumpliendo nuestra promesa.

Estaremos bien.

20

No tengo la cura para todas las heridas
pero si tú sangras yo puedo ser el cielo para que puedas descansar
mientras te doy toda la piel que te devuelva el aliento.
Rompes la madrugada
—no; la pausas—
y tu voz es el aliento de un bosque que no da terror
—que inspira certeza—
y tus secretos dichos así,
con esa pena
me corren los ojos
me llueven en el alma
me sacuden las inseguridades
porque de una cosa tengo certeza:
de que eres el ser más puro que he conocido
y que daría todo por contemplarte de cerca por toda la vida.
Me he dicho repetidamente que algún día todos nuestros silencios
harán la canción más bonita del mundo
que si el amor se junta con el sacrificio
vencerá cualquier tempestad
y que nadie puede dictar cómo se puede manifestar un corazón en llamas
—nosotros resplandecemos
como un cometa que se cree estrella fugaz,
como el faro con brazos de madre
que trae todos los barcos a la costa intactos—.
Me haces ser un paranoico de esperanza
porque siempre que me pierdo te recuerdo y recupero el rumbo;
me orillas a la luz que desprenden las flores cuando no hay sol
—tus flores—;
que su extinción sería el fin del mundo.
Por eso le pido a las estrellas concederme las acciones
para hacer que te quedes en mi órbita.

21

No es una pesadilla. Lo noto por el peso que hay en mi conciencia, el tipo de peso que notas cuando hay un recuerdo incómodo de súbito. Pienso en todo lo negativo que vendría si alguien en esta tierra de salvajes se enterara de lo nuestro; sería la detonación más ruidosa de la historia y tan rápida que terminaría todo en segundos sin siquiera avisarnos. Recuerdo sus palabras: *Si hay una sola mancha en mi expediente académico toda mi carrera se acaba. Necesito tener todo mi portafolio listo para entrar a la Universidad de mis sueños.* Y lo que necesito yo es hacer de cada lugar el más secreto de la faz de Estonia. Por el bien de los dos. Porque cuando se disparen nuestras ganas de estar juntos no podremos apagar todos los ojos.

Así que seguiremos de este modo hasta que se calmen las furias de este camino, lo cual ya es mucho soñar. Pero si eso no pasa, la pregunta decisiva es ¿cuánto tengo que esperar para que el amor se diluya? No hablemos de silencios, ni de vidas inventadas, ni de mentiras, sino de distancias, de distancias que no nos maten, sino que nos salven mientras el amor se va atenuando hasta hacerse invisible.

El domingo en el que las iglesias están a reventar me vuelvo a internar en la biblioteca. Esta vez es certero lo que espero encontrar: una manera de quitarme lo que siento por Mihkel. Lo he pensado y decidido con más frialdad de la que puedo soportar.

Si hay una manera de extirpar de mi ser esa manía de estar y de ser un solo en cuerpo en cualquiera de las dimensiones terrenales, no dudaría en tomar ese paso. Mancillar sus sueños sería la forma más estúpida y cruel de echarlo todo a perder.

Dejar de sentir es mi única alternativa.

Sin conducirme por los extremos, claro.

El primer titular referente a mi consulta es sobre una iglesia (la Iglesia de Noïr, para variar) que desde el año pasado ofrece terapias de evangelización para *revertir cualquier impulso carnal hacia alguien del mismo sexo*. Por lo que describe, los mismos clérigos rodean al “ser—contaminado—por—el—maligno” y rezan hasta que reconozca que está poseído.

Concebir esa especie de posesión demoníaca se me hace imposible. ¿Cómo amar a alguien con todas tus fuerzas puede ser considerado algo impuro del hombre? Como era de esperarse, no existe otra vía salvo la

religión. No se habla de ciencia, ni de ningún otro método alternativo.

—Sé lo que estás buscando —dice una voz a mis espaldas. Me estremezco y los legajos de papel caen al suelo—. Yo tengo la respuesta que buscas. Puedes llamarme Linton. ¿Quieres que vayamos afuera?

Mi temor es tan grande porque alguien descubra mi secreto que creo que hasta el más mínimo susurro puede ser escuchado en mi contra.

Fuera no hay ningún peligro. El ruido de las carretas, de los caballos y del ajetreo dominical sofoca nuestras palabras.

—¿Cómo sabes que estoy buscando eso?

—Te vi el otro día, chaval. Cualquiera que se interne en los archivos de esta pudorosa ciudad no puede buscar otra cosa. Mi consejo personal es que no esperes a que sea demasiado tarde. En cualquier segundo tu vida puede quedar expuesta y no habrá marcha atrás. He visto lo que les hacen y no hay palabras que le puedan hacer justicia a ese dolor tan bestial.

—Cualquier cosa que creas...

—Confía en mí, muchacho. No parece que quieras correr con la misma suerte de Turing ni de miles de torturados más. Aquí la pena es grave y se ve que te urge una salida.

—¿Qué es lo que me recomiendas, entonces?

—Asiste a esta clínica —dice tendiéndome un papel con trazos cuidados—. Te atenderemos con todo el profesionalismo y tu secreto quedará entre nosotros.

En mis pesadillas balbuceo.

¿Te enojarías si cambio? ¿Te enojarías si borro el rastro que más amabas de mí? Seguiré siendo yo sin el riesgo del que tanto renunciabas. ¿Si te doy todo que lo era, lo que soy y lo que seré, seguirá contando como amor?

En cuanto raya el alba me dirijo a la dirección de aquel papel. Es un cruce de calles en medio de otras calles por las que no transitan ni los fantasmas. La niebla matutina se cuele entre los pórticos como la exhalación de un dragón de hielo.

Sin duda la emoción que más reina es la esperanza. La esperanza de que todas las turbulencias que despierta Mihkel se extingan de una vez y para siempre. De ser su amigo en cualquier lugar sin el peligro de que un impulso nos exponga a la fatalidad. De tener la capacidad de controlarme en cualquier momento sin sentirme culpable. La esperanza de no arruinarlo, sino de ayudarlo a seguir el destino que merece.

Me siento en la sala de espera. La clínica parece traída de un futuro muy lejano. La luz platina me hiere los ojos; es demasiado artificial. Algo me había mencionado Linton sobre que varios inversores extranjeros han apostado a este negocio de la conversión por la vía médica.

Así que alguien de otro país tiene que venir a salvarlos de esta ilógica existencia.

En esos segundos, sin embargo, ocurre una revelación. En la repisa de la recepcionista hay una pequeña escultura de arcilla.

Es de Mihkel. Es de Mihkel. Es de Mihkel.

Indiscutiblemente es de él. Hasta parece devolverme la mirada como si estuviera en el centro de peligro y me dijera ¡huye! De pronto, siento esa urgencia de hacerme invisible. Mi presencia se escurre como una medusa transparente hasta la nada. El aire de las callejuelas me devuelve a la realidad. Estar ahí dentro significó apretarme las entrañas en señal, justamente, de que necesitaba salir corriendo de inmediato.

Nada puede ser así de simple; siempre tiene que haber un coste.

El coste de desaparecer una parte de mí: la más brillante, la más espiritual y la más sublime. Así no se podía forjar un destino. De ninguna manera. Eso no era sacrificio, sino una mutilación de los episodios más sagrados de mi existencia. A partir de su desaparición no podría haber nada a resguardo. El recuerdo me mataría. Porque no era solo yo; era también decirle adiós al calor de Mihkel para siempre.

Y yo no había tenido ningún calor salvo el de él.

Un calor, que, desde su inicio no hacía más que iluminar las zonas desconocidas de mi alma. Un calor con una luz tan poderosa que me hacía creer el ser más invencible del mundo. Lo sentía en mis pálpitos y me daba la valentía para cruzar un océano nadando.

Expulsar eso de mi ser era una muerte en vida.

Al día siguiente al leer el periódico local confirmo todas mis sospechas; esa advertencia indirecta de la figurilla de Mihkel fue un acto milagroso para que saliera con bien de ese lugar.

Primera terapia de conversión fallida para Estonia: muere un civil tras operación.

Estonia.— La noche de ayer aconteció la muerte de una persona del sexo masculino tras ser internado de urgencia en el Hospital de Christus. El médico encargado comunicó que el paciente había sido intervenido clandestinamente luego de que se pactara una reducción de condena por

conductas impropias. Dicha reducción solo se efectuaría si el occiso se sometía a una conversión consistente en la extirpación de sus testículos para dejar de lado tales oprobios.

La noticia de su muerte es solo de una columna, sin importancia ni trascendencia. La crueldad de la nota es alarmante; el pacto al que alude es inhumano en todo el sentido de la palabra. Tener libertad pero a cambio ceder a la mutilación.

Me da náuseas, así que corro al baño a desechar todo lo que tiene cabida en mi estómago. Me lavo la boca hasta deshacerme el regusto amargo del vómito. Me miro al espejo y pienso la gran oportunidad que me ha dado el destino para no renunciar a lo que más amo. ¿Qué otra señal podría pedir? Mihkel sin saberlo nos ha salvado a los dos.

Estoy entero. Tengo todos los ánimos de seguir adelante conforme se nos vayan presentando las circunstancias. Mi corazón bulle de alegría por esta salvación mutua. Y el amor vuelve a su natural pureza, donde nada ni nadie puede oscurecerlo ni anularlo.

La promesa se hace realidad.

Estamos bien.

Cuando llego a casa la urgencia de abrazarlo es avasalladora.

—No nos pudieron quitar la luz.

Lo abrazo con mi corazón amenazando con estallar. Está en su laboratorio subterráneo con la débil luz de los candiles. Su cara luce tan en paz que calma mis tormentas porque él es como el cielo cuando a la lluvia se le acaba su furia. No sabe a qué me refiero. Supongo que lo interpreta como una de mis frases salidas de la nada por la emoción.

—¿Y ahora por qué tan feliz?

—Porque me he dado cuenta de todas las veces que me has salvado solo con darme un poco de tu luz, de tu cariño. Eso se ha transformado en tantas maneras de explicarme muchas otras incógnitas y de dejar de luchar con lo que no tiene remedio; mis ganas de seguir contigo como sea que esto acabe, si es que tiene que acabar.

—No, no tiene que acabar.

Y me besa. Sus dedos embarrados de arcilla me sostienen —porque me derrumbo— por debajo de mi mentón y mi espalda baja. Mi calor es tan intenso que el material se derrite y el tacto de nuestra piel se desliza en un continuo movimiento que es severo y tranquilizante al mismo tiempo. Nuestras lenguas han fundado su propia casa, una marcha, una incesante pirotecnia que

nos eriza hasta el último vello. Se nos corren los ojos de tanta ternura y creemos estallar de tanta dicha. Si esa es la forma de creernos inmortales, he recuperado toda la fe.

Mi cuerpo exige la cercanía de su cuerpo. Mis venas llevan fuego en su interior y mis labios palpitan con tanta hambre que nos devoramos dejando escapar las llamas en las que ardemos.

—Vamos a incendiar este lugar.

No sabía si era advertencia o invitación.

A esas alturas no importaba en absoluto. El sol nos habitaba.

Somos una continua erupción de centellas. Dos amantes que con solo un beso han abierto una zanja en el tiempo donde pueden descansar.

Inventas salvaciones que ni yo entiendo, pero pasan —digo en mi interior sin separarnos. Es un acto divino. Un acto que merece entregarle la vida por anticipado.

22

Te he besado.

Todo mi cuerpo ha entrado en una parálisis
justo cuando la tormenta de fuego se ha instalado en mis venas
y lidio con la contradicción de decirte

quédate

y márchate

a donde no duela.

Pero ninguno de los dos cede,

al revés:

aumentamos la tentación

las ansias

el color de nuestras alegrías

y nos cegamos

por el éxtasis

que supone la simetría de nuestros cuerpos.

Nuestras bocas están sedientas

parece que nunca han probado la plenitud

—lo cierto es que tú borras todo rastro de saciedad

hasta que solo quedas tú—

y nuestra piel hierve

juro que hace su propia luz

nos incinera las ropas y la culpa

estamos desnudos alma contra alma

entregando con cada inhalación

una promesa que se siente real

etérea

invencible.

Torcemos las agujas del reloj

inventamos nuestro propio tiempo

nos refugiamos en nuestras zonas inventadas

nos hacemos cartógrafos de un mar que no cesa de crecer.

Así como no tienen límites nuestros deseos

no tiene límites la lejanía

instauramos un fuego

que cada uno guarda en lo recóndito del alma

un fuego que nadie puede robar
ni extinguir
porque está en nuestras cárceles.

Conforme pasan los segundos
nos sentimos
inmateriales
somos forma
y sombra
humo
y hueso
tempestad
y recuerdo.

Pongo mi boca en tu oreja
constato que aún tengo palabras
—que no se las ha llevado tu lengua—
y te digo:
quédate siempre.

Como si fuera el último deseo de un desahuciado
un elemento
que haga de esta marcha irrefrenable
un viaje para dos en el país de los sueños,
ahí donde no se desee escapar.

Supe en medio de esa implosión cuán real era ese beso cuando recordé que ningún sueño podía cobrar esa intensidad tan elevada, sublime y extraterrena. Mis pies se sentían a un millón de atmósferas sobre el suelo. Mis dedos hundidos en los músculos firmes de sus brazos me recordaban la primera vez que mi piel tocó el mar cálido a pesar de la lejanía de los años. Y encontrar su mirada después del arrebato lo significó todo. Sus ojos reflejaban esas llamaradas que ambos sentimos, tan satisfactorio que era imposible de creer. Estaba *satisfecho*, feliz a rabiar por ese deseo escondido que la casualidad nos concedió sin importar el modo en que lo hizo. Lo importante es que pasó. Reconocimos los estragos: un alma no sobrevive así como así a un paso tan colosal en el puente de la ternura sobrehumana.

La noticia es devastadora a pesar de que me había preparado con mucha antelación. No pasará las navidades con nosotros. Así que hago todo lo posible por hacer de la última cena la cena más íntima y luminosa en lo que lleva de su estancia aquí. Después de dos semanas volverá.

—Necesito ver a mi familia, más rutina que nada —asegura—. Sus festejos son más vanidad que compañía, así que te extrañaré mucho. A ti y a tu mamá, desde ahora te lo digo.

—Yo te extrañaré como un loco; toda la cordura que he guardado estos años se irá al caño...Ni me imagino cómo estaré en los últimos días al borde de la locura porque vuelvas.

Se sonroja. Es un espectáculo verlo así, repleto de ternura, y más por la facilidad con la que su piel se torna tan rosácea.

—Tengo la solución para eso.

—¿Ya vamos a empezar con los regalos? En ese caso yo también estoy preparado.

He visto cómo cuando la inspiración lo ataca se convierte en un caos con el papel y el carboncillo. Sus trazos han ocupado cuadernos enteros, así que eso es lo que le regalo envuelto en papel color amarillo. Una libreta grande para sus esbozos y una chica para lo que necesite.

Cuando se da la vuelta es evidente su sorpresa.

—Para que nunca estés desprevenido. Es una aportación para tu reserva de papel.

—¡Ni lo digas! Capaz y me destierran en un segundo culpado por acabar

con medio Amazonas.

Nos reímos mientras él hojea sus blocs de dibujo. Acaricia las páginas con una delicadeza envidiable.

—Haré una cosa —sentencia—. El grande será para los dibujos. Y el bloc chico será para escribirte poesía.

—¿Poesía? ¿En serio el gran coloso alemán me escribe poesía?

Es increíble esa sorpresa, incluso más grande que la que pueda darme como regalo.

—Sí —dice con un asomo de pena—. Es uno de mis secretos mejor guardados. Te escribo poesía, Anton, desde que comencé a quererte en la distancia. Durante esos silencios interminables que me comían por dentro y durante las ansias de que esas palabras que colgaban de mis labios llegaran a alguna parte sin que se perdieran.

—Te juro que nunca van a perderse, Mihk. Con ese beso ya es imposible perder. Me lo has dicho todo. No hace falta.

—Bueno —suspira conteniendo sus lágrimas—, antes de que me hagas llorar, mi regalo.

Son dos gatos de arcilla con un cuarzo en su barriga.

Uno para él y otro para mí.

—Cuando sientas que no puedes más, agítalo y el mío se encenderá. Así sabré que me extrañas, que piensas en mí, y viceversa.

—Oh, por todos los Santos. Es hermoso. ¿Cómo se te ocurren tantas cosas?

—Es porque tengo a mi musa, digo, muso, viviendo conmigo. Ya no tengo que pedirle a nadie especial por inspiración. Todo está en nuestra historia.

Todo está en nuestra historia. Guardo esa frase bajo la bóveda mágica de sus palabras inmortales. Ese lugar al que siempre van a parar los sueños que se cumplen. Ese lugar de paredes amarillas con vistas a un mar en calma.

—Basta, harás que esto suene como a una despedida.

—Pues para postergar esa palabra horrorosa podemos tener nuestra cita con las estrellas.

—Eso estaría estupendo.

Saca de sus pertenencias un extraño cuerpo en forma de cono con apariencia de caleidoscopio. Empieza a hablarme de las constelaciones más brillantes en el firmamento. Como la de Capricornio.

—Esta es la de capricornio. Debe su nombre al antiguo dios Pan, quien en su temor por un ataque repentino de los titanes, urdió un plan muy ingenioso.

De ese temor, de hecho, viene la palabra *pánico*. Se dice que sus compañeros se transformarían en animales junto con él cuando diera el aviso. Sin embargo, como era el último, en su prisa quedó transformado en mitad cabra y mitad pez.

—Cuéntame más.

La forma en que acaricia las palabras es digna de admirarse.

Me gira la cabeza en dirección a la constelación de Géminis.

El contacto de piel contra piel es eléctrico. Arriesgaría toda mi vida con tal de prolongar la sensación de alivio que ese acto trae consigo. Poso mi vista en el telescopio improvisado y observo con más detenimiento.

—Estos son Cástor y Pólux, o una de las historias fraternas más emotivas. Se dice que en un festejo raptaron a las hijas de Leucipo, prometidas a Idas y a Linceo, para casarse con ellas. Idas, ofendido, mató a Cástor, y Pólux, en venganza, mató al hermano del asesino de su hermano, Linceo. Como consecuencia de esta carnicería letal, Pólux se vio separado de Cástor por vez primera y tal era su amor por él que le pidió a Zeus que o bien devolviera a la vida a Cástor, o bien le privara a él de su innata inmortalidad. Zeus, no pudiendo soportar más el dolor de sus hijos, pero sin estar dispuesto a cambiar por completo las consecuencias de lo sucedido, dispuso que Pólux residiera en los Infiernos siempre que Cástor volviera a pisar la tierra, haciéndolos alternativamente muertos y vivos y concediendo a Pólux, así, simultáneamente las dos proposiciones de su petición. Más tarde, Zeus los colocó entre los astros, en la constelación que hoy estamos viendo, compuesta por dos figuras unidas.

Cuando termina su declaración, dejó el telescopio sobre el alféizar de la ventana. Pasa algo con el cielo; resplandece venciendo los kilómetros y la oscuridad. El cielo se nos presenta refulgente, con una especie de esplendor que nos absorbe. Hasta las líneas que conectan cada punto con las historias ancestrales parecen hacerse materiales. Entonces, sé que ha llegado el momento de las promesas.

—Yo daría el Cielo y el Infierno por ti, Mihkel. No me importaría renunciar a nada con tal de tenerte siempre. El destino no nos ha unido, sino nosotros mismos y créeme que si es necesario, entregaría más de lo que soy y de lo que puedo ser para darnos la paz que soñamos. Hasta que el destino diga que sí.

Sus ojos se debaten entre la estupefacción y la sorpresa. Como siempre que está nervioso, ofrece un espacio a mis manos en su pecho. Su corazón está

desbocado, llorando por él.

—Ese es el sacrificio más puro que puedo aceptar. —Tomados de la mano salimos a la terraza. Las estrellas siguen su ruta más brillante que nunca. Así como estaremos él y yo cuando la Tierra no sea más que un cementerio de polvo y sueños rotos. Así como estará girando sin sentido por los eones y ya no haya científicos que le den una explicación. Así estaremos él y yo después de que venzamos al olvido con el simple toque de nuestros dedos cuando ya no quede nada que decir ni ninguna excusa que nos robe el aliento. Guardando la furia muy dentro para convertirla en luz, en un combustible para seguir latiendo.

—Es todo lo que puedo darte, Mihkel. Si lo tomas me harás el ser más feliz del mundo. Me llenarás las manos que siempre han buscado tu cara en medio de la madrugada. Me cumplirás todos los deseos en uno.

Sus manos cambian de posición. Ahora se entrelazan alrededor de mi cuello formando un hilo invisible. Invisible hasta que siento el peso de un collar.

—Es el pendiente de una estrella anónima. Solo tú puedes darle un nombre, An. Quería guardarme este momento, ¿sabes? Para una situación más formal, pero contigo nunca se sabe nada por anticipado. Quería simbolizar todas mis ganas de decirte *te amo* en este pequeño gesto. Es como si las estrellas con ese brillo me dieran la señal para hacértelo saber. Hacerte saber que esto más que una promesa es un sueño cumpliéndose que nunca tuvo principio y nunca tendrá final, porque para esto nacimos. Para esto fuimos hechos, es nuestro propósito. Sin soledad, porque una mirada tuya basta para hacerme una casa en medio de un desierto.

—Basta, basta, basta. Esto lo vas a convertir en una ensoñación. Me creeré que las estrellas brillan por nosotros. Me creeré que no te vas a ir y que pasarás dos semanas lejos de aquí, como si no fuera a extrañar el calor que has dejado en cada pared y en cada centímetro por el que has transitado. Muero de esperanza, Mihk —digo acercándolo con suavidad, como si fuera mi canción favorita y la atrajera hacia mí para escucharla de cerca—, una esperanza que me convulsiona el estómago y me dice que nunca te irás, que ningún avión podrá arrancarte de mí.

—Pues te dice la verdad. Deberías escucharla más seguido.

Sonrí con todas las mezclas posibles de ternura y consternación por lo que me revela el hecho de tenernos así de cerca. Estamos en medio de las estrellas.

—Eres el alemán más adulator y azucarado y firme que he conocido.

—¿Por firme te refieres a *eso*?

Dirijo mi mano hacia donde se posa su vista. Tengo toda la razón. Rozo la punta tiesa y lo recojo con decisión, sin que se me resbale de nuevo. Pesa más de lo que he imaginado.

—Sí, a tu telescopio —respondo—. ¿Quién más puede hacer estas cosas de no ser tan firme como tú?

—Claro, el telescopio —concuerta. Su cara es un volcán en erupción—. ¿Qué más podría ser?

Cualquier cosa que esté pensando, sin duda se ha tomado muy en serio lo de estar en las nubes y entre las estrellas.

Así fingiré estar durante esas dos semanas.

Imaginando, tal vez, que leeré su poesía secreta para pulverizarme de pies a cabeza.

Sin que el viento del mar sople sobre mí.

24

Camino entre las estrellas
sobre esa ruta que ayer inventamos y
en la que dormimos.
Sabemos su magia tan íntima
que es fácil pedirles el deseo de prolongar
nuestra dicha
de que guarden el secreto que nos mantiene en pie
y nos den el fragor
para romper el silencio cuando ya no soportemos su peso.
Camino entre las estrellas
—en cada rescoldo hay un recuerdo de ti,
de mi necesidad mortal de sentirte
con esa mirada de calor y trueno
que traspasa esas grietas
cuya sensación de ruptura me hacía caer de rodillas—.
Imagino tus ojos en la luna
moviendo las olas de mi nostalgia
—en el centro de mi pecho—.
Déjame decirte que te deslizas en cada espacio del cielo:
haces materiales a los rayos de luz
todos son los hilos de tu cabello con los que tanto jugaba
y así, con la más mínima excusa,
existes estando lejos,
calmas mis ansias
y proclamas más deseos
cualquier elemento que despierte belleza
te despierta a ti
y así estás
así estamos.

25

Después de la despedida ocurre lo que ha venido sucediendo desde dos noches atrás, salvo que ahora sí tengo la nitidez para captarlo con viva atención.

Son los cajones de mamá. A estas horas de la madrugada debería estar durmiendo, pero en su lugar abre y cierra los cajones como si estuviera guardando un secreto huidizo. No sé si tenga diarios, pero lo más seguro es que lo está escribiendo antes de que llegue el inclemente olvido.

La imagino en la soledad, lidiando esas batallas que no me cuenta porque quiere ser lo más entera para su hijo. Me imagino lo que debe costar.

Los cajones siguen con su batalla y el sueño llega repentinamente a mis párpados como una pesada tumba.

Al día siguiente no siento el vacío que ha dejado Mihkel porque el calor que ha dejado la noche anterior es más grande que su ausencia. Me refiero al perfume que ha dejado en mis manos, ese perfume corpóreo que guarda toda la esencia de una persona. También me ha dejado el refugio de su mirada, que borra el rastro de cualquier mirada de odio que pueda encontrar. Sin dudarlo, también ha dejado su peculiar manera de encontrar belleza en cada rescoldo del planeta. Y ese beso enervante que hizo estallar mis labios hasta dejarlos áridos sin él, deseando volver a tener la vitalidad del terciopelo de los suyos.

Más que echarle de menos, lo rememoro con las escenas infinitas que suceden en mi cabeza como si fuera el teatro de mi vida con solo dos actores: él y yo. Hago real la promesa de rendirle honores a la forma en que lo he anidado en el centro de mi alma.

Esta noche será Nochebuena, así que ayudo a mamá a hacer todos los preparativos aunque sea un festejo solo para dos. Al acudir al mercado veo cómo todos mis tormentos desaparecen por un momento. El pueblo se ha sumido en su entrega característica de cada año; las guirnaldas y brillos que cuelgan de las casas tienen una vida tan propia que es imposible pensar que viene de un pueblo condenador.

Cuando regreso a casa, la cocina bulle con gran efusión. El olor a clavo y miel flota por toda la casa. Es un ensueño. Es de esos días en que me siento tan tranquilo, tan seguro, olvidándome de los peligros que acechan. Descubro esa paz en mi alma, esa reconciliación con los días que han pasado y los que

vendrán.

Estamos madre e hijo, compenetrados en un espacio tan íntimo y personal del que no deseo escapar. Nos contamos historias incluso en los silencios. Pero ha llegado la hora, disimuladamente, de interrogarle sobre lo que la deja insomne por las noches.

—Mamá, ¿de casualidad no hay algo que desees contarme?

Se paraliza un instante. Yo sigo cortando la carne, como si fuera una pregunta lanzada al aire.

—No, nada, hijo. ¿Por qué lo preguntas?

—Solamente porque con todo esto de la llegada de Mihkel y los tulipanes pensaba que quizá tenías algo que contarme cuando yo no tenía tiempo.

—Oh, no, para nada. ¿Tú sí?

Estoy en esa encrucijada de contar toda la verdad detonando lo que en realidad soy o esperar hasta que el secreto haga su propia explosión.

—Sí, madre. Es momento de que lo sepas. Verás, no es muy fácil para mí. Pero Mihkel me ha contado que su mamá lo sabía desde el principio con su intuición característica. Me pregunto si tú también lo has notado.

Estamos de espaldas. Por primera vez en mi vida no puedo adivinar su reacción.

—¿Que te gusta la carne sin pimienta?

Su respuesta es irrisoria, por supuesto, porque mamá es esa clase de persona a quien debe decirse todo lo más literalmente posible.

—Que no me gustan las chicas, mamá. Me gustan los chicos, en especial Mihkel. Lo amo, mamá, con esa fuerza desbocada cuyos límites desconozco. Ha liberado el amor más puro que nunca creí posible y me ha iluminado tanto mis días hasta hacerme olvidar en qué día estoy.

—Ay, hijo, eso lo noté desde los recibos de agua. ¿Me pasas la sal?

—¿Cómo?

—Que noté esas duchas compartidas, muy ecológico, por cierto.

—Pero, ¿no se te hace impuro de mi parte?

—Hijo, tú mismo lo has dicho. Que has tenido la dicha de tener un amor puro e impensable. Si quieres un consejo, jamás lo dejes ir, a pesar del peligro que eso mismo representa.

—¿Entonces no me odias?

—Cariño, ni por asomo; al revés. Me hace sentir tanta dicha que por fin hayas conseguido a tu mitad perfecta y lo defiendas con esa valentía. Después de tantos años de dedicarte a nuestro negocio por fin lo merecías, merecías a

ese alguien que te cuidara y te hiciera saber lo entregado que eres. No hay nada que pueda reprocharte después de lo que has hecho por mí. Eso es invaluable, Anti, como ese amor que sientes.

La abrazo. Es un abrazo que llena esas heridas invisibles de inseguridad. Su amor maternal se siente repleto. Ese muro que se anteponía a nuestro cariño se ha derrumbado. Por años pensaba que mi naturaleza era algo dañino y que cambiaría su forma de verme y tratarme. Pero lo ha aceptado con tanta naturalidad y piedad que me olvido de esas sombras.

—¿Tú crees que papá se hubiera sentido igual que tú?

—Por supuesto, todos lo que te han conocido te han querido inmensamente. Has sido un sol para las personas de tu camino.

—¿Quieres decir que él me conoció antes de marcharse?

—Vaya que lo hizo. Pero nunca regresó, Anton, ni regresará, por lo visto.

—¿No tienes idea de a dónde fue? ¿Ni la más remota?

—No, Anton Skotenberg —cuando ha dicho mi nombre completo no hay marcha atrás; la conversación debe terminar—. Se fue sin avisar, sin dar un lugar.

El color se ha ido de su rostro. Vuelve a su rutina. Volvemos a sumirnos en el silencio como si mi historia sin mi padre no se sintiera tan incompleta y misteriosa. Nunca en mi vida me había sentido así con esta oportunidad de ver dentro de mi alma los huecos que la habitan. Sin la certeza de qué pasó con él me ahogo. No sé abrazar el misterio de ninguna forma.

Seguimos inaudibles, tratando de volver a la atmósfera de paz de antaño. Así pasan las horas. Llega la noche y ahí se reanuda la armonía con el sonido de los cubiertos, el borbotar de los champañas y el dulce de los pasteles. Por esa noche me exilio de cualquier preocupación o pesar. Nuestra casa está en las nubes. Nadie nos puede romper el encanto.

—Ahora, los regalos —anuncia mamá. La casa *está* tan sola que se propaga el eco. Pero no se *siente* sola, en ningún sentido. La presencia de Mihkel está como un fantasma a mi lado, hecho de vapor y de calor de estrellas—. Este es para ti y este es para Mihkel.

Son dos sweaters de lana. Uno amarillo y otro bermejo. Hacen una combinación hermosa.

—¡Mamá, están hermosos!

—No tanto como ustedes dos.

—Así que eso estabas haciendo por las noches, tejiendo estos regalos.

—Sí, cariño. ¿Qué más podría hacer?

Mi equivocación suena tan estúpida. Yo pensaba que rebuscada en esos cajones por una postal de papá, por una carta, un diario o algún testimonio de que aún existía, pero no. Mi esperanza de que pueda conocer la verdad se esfuma. Por ahora no queda nada de él.

—Mamá, quiero disculparme por indagar en ese pasado.

Quiero cerrar la noche en paz, así que zanjo de una vez y para todas este tema.

—Anton, no hay nada que perdonar. Me refiero a que tienes el derecho de saberlo así como tuve yo esa necesidad en un principio. Fue algo que no puede entender por un largo tiempo. Tener a la persona que más quieres y de un día para otro asimilar que se ha marchado para siempre. Me sentí tan hueca al pensar que no tenía el amor dentro de mí para hacer que se quedara. Esa idea me mataba en vida. Pero te tenía a ti, y contigo, estaba segura. Segura de que a ti te lo daría todo: el calor, los momentos que él no pudo darte, el futuro más posible... Tú me diste la razón para seguir, así que espero que nunca creas que no eres suficiente para que regrese, lo eres. Eso y más.

Me acurruco hasta quedar dormido en su estómago, sobre el sofá. Nos acompaña el calor de la cena, la plenitud de una fecha tan especial como esta.

Durante la madrugada sospecho que Mihk debe estar despierto en un rincón de Alemania. Seguramente encerrado en un armario tratando de esconderse del bullicio de una fiesta que desdeña. Sostengo al gato que me obsequió y lo sacudo para que el suyo en la distancia se ilumine y le haga saber cuánto lo extraño.

Estoy en su cama, respirando el perfume de su cuerpo, de sus sueños, de sus delirios. La certeza es clara: con un olor así es imposible tener pesadillas. Huele a un campo en calma, al primer brote de un tulipán. Si el amanecer tuviera un olor, sería este, el de Mihk. Me acompaña esa aurora de calma y cierro los ojos.

Ojalá te encuentre en mis sueños, Mihkel. Ojalá tú estés en mis sueños cuando duerma y yo en tu recuerdo cuando tú estés despierto.

26

*Esta noche está tan lúgubre sin ti,
el festejo es más vanidad que nada
y tú eres más deseo que todo.*

*El sabor de la champaña tiene tu sabor
el de cada postre
el de cada centella.*

*Me hiciste adicto a tus silencios,
por eso escapo de tanto ruido
para no morir en esta atmósfera tan insípida.*

*Guardo en mi puño la manera que tengo de salvarte;
invocando la fuerza de un vendaval que te traiga hacia mí
con el recuerdo de uno de tus abrazos
la poesía de tu cabello
el tacto de tus manos virando en el viento
la sucesión de tus palabras
tus mejillas en mi desnudez
tu gallardía:*

*la forma en que el mundo te vale
si latimos al mismo tiempo*

*—nuestros corazones son las bombas atómicas contra el odio,
me dijiste—.*

*Me nubla la energía el fragor del licor
entre más rápido termine esta alegría fingida
mejor.*

*Quiero balbucear tu nombre por lo que queda de la noche,
prolongar tu nombre
en la amnesia de las horas
y tenerte real en todas las dimensiones posibles;
en la cordura
y en la locura
por siempre mío.*

*Me deslizo entre las paredes y la letanía empieza
solo somos tú y yo
nos conservamos en medio del huracán
—somos el huracán—*

*que nunca tendrá final.
Anton, Anton, Anton,
te bautizo:
eres mi delirio.
En las noches
en las penas
y en las alegrías,
eres mi delirio.
Mi más dulce delirio.*

Ha pasado Navidad entre la más fina nieve. Las montañas se han cubierto de capas blancas y el contraste con el turquesa de los lagos es poético. Las chimeneas de todas las casas expulsan un humo que parece mágico y de repente toda la humanidad parece conectada por la misma sensación de frío. Desde temprano encendí la nuestra, vigilé los invernaderos y preparé la leche necesaria para mis maniáticas rachas de tomar chocolate para calmar mis manos ateridas.

El gato de arcilla sigue encendido, lo que significa que Mihkel se ha acordado de mí. ¿Cómo la habrá pasado? Nunca me lo he imaginado indiferente, ni lo he visto así, pero me dio la impresión de que en su festejo sería su cortesía de siempre y unas sonrisas fingidas para disimular su desesperación. Él odia la aristocracia, hasta donde me hizo entender; sus falsos delirios y sus preocupaciones tan vanas. Viéndolo a él, tan sencillo y humilde, capaz de dirigirle su sonrisa a cualquiera, juraría que no pertenece a esos círculos. Pero, ¿y si hay algo más? ¿Por qué siento que su antipatía va más allá de lo que me describe?

Las preguntas siguen y siguen, como siguen también las de papá. Dejo mi tomo de *La Odisea*, tan gastada de sus tapas y tan amarillento de sus páginas y me sumo en el sueño más plácido de toda mi vida, ahí frente al fuego tenue y las chispas de los robles rojizos que se van convirtiendo en brasas.

Al día siguiente la nieve ya se va descongelando y el sol empieza a asomarse. Es el día indicado para ir a la biblioteca. No haré mis búsquedas insensatas, ni por atisbo. Lo que haré será muy diferente.

El día de ayer, mientras rebuscaba en aquellos versos una respuesta, me pareció innegable que papá hubiese dejado una pista de algún modo antes de marcharse. ¿Y si se fue a su soñada Ítaca? ¿Y si me dejó en ese extenso poema un mapa para dar con su paradero?

Saludo al Señor Brooks, quien luce como siempre, absorto en tomos casi medievales. Busco *La Odisea* dentro del catálogo y anoto el número del estante y la fila donde se encuentra. Mi sorpresa cuando lo encuentro es que de los cinco tomos solo existe uno. Un ejemplar muy parecido al mío, gastado por los años pero intacto.

Me dirijo a la sala de lectura y me siento en mi empeño de encontrar algo, lo más mínimo que sea, para poder mover mis pies en dirección a donde sea

que haya huido.

Empiezo a hojearlo con nerviosismo. Mis dedos se han vuelto gelatina. Paro en una página. Mi corazón también lo hace. En la página 25 está encerrado con un círculo de bolígrafo rojo la palabra *veinte*: “la mejor nao que encuentres de **veinte** remeros, equipa”. Rezo porque sea una señal y se enlace con alguna otra. Sucede de nuevo. La misma palabra, rodeada por el mismo círculo: “Tiempo atrás, la compró con sus bienes Laertes, pagando **veinte** bueyes por ella, aun apenas llegada a edad púber”. De nuevo, aparece adelante la misma señal y todo en mí se paraliza de la emoción. Ahora, hace alusión al viaje de Telémaco en busca de su propio padre: “Aprestadme una nave velera con **veinte** remeros, porque quiero emprender un viaje siguiendo las costas.” De nuevo, de nuevo, de nuevo. El mismo adjetivo numeral y ningún otro rasguño sobre el papel a pesar de los años. “Aquí nunca jamás podrás ver a otro Ulises de vuelta, pues soy yo, que, después de sufrir y vagar tantas veces, **veinte** años tardé en regresar a mi tierra paterna.” Tuvo tantas maneras de dejarme un mensaje y lo hizo de la forma más críptica de todas: escondiéndose en los versos de un poema épico tan antiguo como su propio recuerdo.

Cuando dejo de vagar entre el estupor de sus pistas y de mis pensamientos le pregunto al Señor Brooks sobre el paradero de los demás ejemplares.

—Señor Brooks, tengo una inquietud sobre los demás ejemplares de *La Odisea* de Homero. Resulta que en el catálogo aparecen más, pero en los estantes solo hay uno.

—Suele pasar, muchacho, que los libros se muevan de una biblioteca a otra. ¿Qué libro has dicho, por cierto?

—*La Odisea*.

También se paraliza al escuchar ese nombre. Está incómodo. No sabe darme una respuesta. La evita.

—Ah, vaya —es todo lo que dice.

—¿Sabe qué ha pasado con esas copias en particular?

—Me temo que su madre me mataría si se entera, joven.

—¿Mi madre? ¿Mi madre Ophelia? ¿Por qué lo haría?

—Porque fue tu padre quien me ordenó que los escondiera y solo dejara ese. Fue hace muchos años, de hecho. Creo que no le gustará a la Señora Ophelia que te haya dicho esto, por todo su secretismo, pero viendo tu consternación...

—¿Usted sabe qué le pasó a mi padre?

—Nadie en este pueblo lo sabe, joven. Ni siquiera ella.

Le agradezco sus respuestas —que han desembocado en más preguntas—. Por primera vez sé qué debo hacer.

En la víspera de mi cumpleaños número 20 sé lo que debo hacer.

Encontrar a mi padre en un viaje profético.

Cualquier cosa para sentirme más completo.

En la víspera de mi cumpleaños número 20 también hago un descubrimiento que cambia esta historia, que le da un vuelco infernal. Un descubrimiento que, de saber por anticipado sus consecuencias, evitaría yéndome a las nubes para siempre.

Mamá ha mentido.

Por las noches sigue esa batalla con los cajones. Lo que me da a sospechar que esconde y vuelve a sacar un secreto demoledor, como la continua mortaja tejida y destejida de Penélope.

Me da una tristeza colosal no poder escucharla. Que a pesar de la cercanía no pueda ser capaz de dormir, quizás por el remordimiento.

Me da una tristeza tremenda descubrir la verdad y dejar de ser lo que hemos sido.

A lo largo de mis breves dos décadas de vida ha existido un negocio de lanchas de alquiler en la costa.

En mi tiempo libre acudo a preguntar. Hay un joven atendiendo dentro de la cabaña.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar?

Su mirada es de las que desvisten multitudes. De las que hacen cimbrar montañas enteras.

—Me llamo Anton. Mucho gusto. Y hay un montón de cosas en las que puedes ayudarme.

Su mirada siguió perforándome el estómago. Esa fue su manera de asentir.

Le platicué todo mi plan. Partiríamos un 10 de enero a un destino desconocido. Tenía esos días de comodín para averiguar la ubicación exacta y hacer de ese viaje lo menos arriesgado posible.

El chico de los pectorales de piedra y piel de playa se llama Finnick. Acordamos vernos en su casa para afinar el viaje. Mi última oportunidad para hacer que esto suene menos descabellado de lo que suena. Él me deja explayarme; no me pone ni un pero.

—Tengo una sola pregunta: ¿por qué quieres hacer todo esto?

—Porque me siento incompleto. Más ahora que... —Me reprimo a

tiempo. Es estúpido siquiera pensar que le puedo contar lo que tenemos Mihkel y yo—. Voy a cumplir veinte años. Siento que no puedo dejar esa historia detrás. No sé lidiar con la culpa. ¿Qué tal si me necesita? Sea cual sea el resultado, necesito saberlo. Es una urgencia.

Estamos jugando videojuegos. El televisor es un resplandor vago. Ninguno de los dos le presta atención.

—La verdad puede ser dolorosa.

—Lidiaría mejor con la verdad que con el misterio de su ausencia.

—Eso suena interesante, amigo.

A pesar del frío está sin camisa. Debe ser porque guarda el frío de la costa y el frío del pueblo es nimio. Cuando dice la palabra *amigo*, me dirige una sonrisa torcida. Tan intensa que me deshíela porque va al compás de su mirada. Porque él es el fuego y yo soy el hielo. Su misma piel tiene el color de las arenas de una playa en pleno verano.

—¿Tú vives con tu papá y tu mamá? —le pregunto.

—Sí, aunque se la pasan de viaje. Nunca están aquí.

A pesar de eso, no se entristece. Hay libertad en sus ojos. Hay libertad en cómo se desplaza, con esa sutileza que desprenden las olas y con esa fiereza al mismo tiempo que requieren para llegar a donde quieren llegar.

—¿Quieres algo de tomar? —me ofrece.

—No, gracias. Estoy bien.

No tengo idea a lo que se refiera con ese *algo*, pero la posible catarsis que desprendería el contacto de nuestra piel recordándome a Mihkel sería fatal.

No quiero intentar llenar su recuerdo con nada, ni evadirlo, ahora que su ausencia pesa más, porque es imposible. No hay calor que supla su calor ni brazos que suplan los suyos. Me llevo las manos a la cara al ya no soportar la idea de su lejanía, de que quizá sus padres lo mantengan para siempre allá.

—¿Pasa algo? Puedes confiármelo todo —ofrece Fin.

—Creo que lo mejor será irme.

Pongo pies en polvorosa sin agradecerle su apoyo. Porque pienso que con correr a través de la nieve puedo encontrar la entereza para afrontar la distancia que hay entre las personas que más amo.

La distancia que hay con los secretos de mamá.

La distancia que hay con mi padre.

La distancia material que hay con Mihkel.

Definitivamente Finnick no puede encajar en esas distancias.

Porque él las demolería.

A la mañana siguiente después de traer la leña, hay algo al final de un pequeño riachuelo que va a parar a un costado de mi casa. Es una botella color verde con una nota dentro.

Adivino al primer instante de quién es.

Se trata de Finnick.

Hola, Anton.

Te veo en el Molino.

Información importante.

Me olvido del desayuno. Corro hacia la dirección indicada, incluso olvidándome también de las miradas que parecen cazarme.

—¿Ha pasado algo? —digo con urgencia.

—Nada malo, amigo. —Su voz ronca me eriza la piel—. Me he puesto a trabajar y ya está todo listo. La lancha que utilizaremos está lista y reservada para nuestra misión. Salvo que...Necesito algo como antelación. Algo que solo tú puedes darme.

No, no puede ser.

No es lo que estoy imaginando.

Las aspas del molino con sus sombras y ruido me despiertan de la ensoñación.

Tartamudeo.

—¿Algo que solo yo puedo darte?

—No lo prolonguemos más, Anton. Tú también lo deseas.

Retorna su voz ronca, tan irresistible y peligrosa y dañina.

Pero se equivoca en una cosa; no lo deseo. Mi delirio ya tiene un nombre que no puedo cambiar.

—Te estás equivocando —logro articular.

Su voz se ablanda por un momento.

—Necesito estar seguro, Anton.

Sus labios se impactan contra los míos con una fuerza sobrehumana. Ambos gemimos por lo bajo. Él por placer, yo por miedo. Trato de escurrirme de la prisión de sus brazos, pero es imposible. Sus brazos están más fornidos que los míos. Yo estoy contra la piedra. Todo su cuerpo me ha capturado con una barrera inamovible.

Sus labios bajan por mi cuello, suben y se deslizan. *Como si pudiera beberme. Como si pudiera escaparme.*

La forma en que mi cuerpo reacciona es rarísima, incomprensible. Es pavor fusionado con placer. Con Mihkel nunca había llegado con lejos. Y con

él...con él es tan diametralmente distinto porque obedecemos a la misma causa: descubrirnos. Descubrir qué goce puede darnos nuestro cuerpo, nuestra condición y nuestra condena.

—Para, por favor —digo atemorizado al imaginarme hasta dónde podemos llegar—. Pueden vernos, Fin.

Pero no para. Se incrementan sus fauces y el temblor de mis piernas, mis brazos, mi columna.

Cuando cede, en la distancia que nos separa se fuga el calor de ambos.

—Por favor dime que fue suficiente.

—Fue suficiente.

Hay un tono de disculpa en su voz. Y una mentira muy debajo, porque sé que no es así. El fuego de su mirada me dice que quería romper todos los límites y llegar a la certeza, de explorar sus gustos con más intensidad y bravura.

Hay temor. Hay peligro. Y una traición que no podré perdonarme.

Horas más tarde se presenta en mi casa, con sus ojos llenos de disculpa, de pena.

—¿Te has vuelto loco? ¿No has pensado lo que pensarían si te ven aquí? Pásale.

—Pensarían que me has vuelto loco con un beso, seguramente. Es broma. Vengo a disculparme, camarada. He sido un testarudo. Tú no merecías eso. ¿Te lastimé de alguna forma?

—No, pierde cuidado. —*Salvo que tengo un prometido en la distancia del que no puedo contarte*—. Pero de una cosa estoy seguro, Fin: yo no soy ningún experimento corporal ni de placer. Debiste de haberme advertido.

—Estábamos en un lugar secreto. ¡Demonios! Deberías liberarte tú un poco más. ¿No has visto tu cuerpo en un espejo? Creo que no estás consciente del deseo que despiertas. A mí me apabulla pensar que algún día dejaremos este cascarón y que al no gozarlo como es debido habrá una gran culpa. ¿No crees? Pero si fui demasiado atrevido, te pido disculpas. Te he traído este regalo para hacer las paces.

Me tiende otra botella, salvo que esta es cristalina y dentro tiene un barco formado por minúsculas partículas a las que no hallo nombre. Es todo un ecosistema encerrado en esas paredes.

—Será mi defensa para cuando no pueda contra ti y tus impulsos locos.

Sonríe. ¿Qué tienen los chicos en su sonrisa para hacerte levitar así? Finnick, sin dudarle, esa leve torcedura pícara y tierna, salvaje e irresistible.

—Pues si esa es tu resolución, acepto.

—Entonces, ¿quedamos como amigos?

—Amigos —confirma apretando mi mano. Por paradójico que parezca, me da tranquilidad después de aquel altercado.

—Y bien, ¿qué decidiste después del Molino? ¿Qué deliberó tu cuerpo?

—Esto va más allá del cuerpo, garlopo. Esa revelación no lleva días, sino años, atormentándome. En este lugar no es muy común encontrar a alguien como nosotros sin que acabe mal. Por eso no pude resistirme a ti. Necesitaba estar seguro de lo que sentía como tú necesitas estar seguro de tu padre. Yo... lo siento. Lo siento si fui demasiado lejos. No pretendía hacerte daño ni asustarte. Y perdón en caso de que no hayas sentido lo mismo.

—Para mí también fue confuso —confieso— esto que pasó. Sentí que mi cuerpo luchaba con miles de emociones opuestas. Aún me duele no poder definir las.

—Ya te lo dije; solo déjate llevar.

—No es tan fácil. No viviendo aquí, por lo menos.

—Tienes toda la razón.

—¿Quieres acompañarme esta tarde? Hay pizza al horno y un montón de películas esperando.

—Lo estás haciendo bien.

Estaba en la edad de las equivocaciones. No quería hacerle sentir el dolor de un corazón roto, porque a mí también me dolía ese hecho: lastimarlo. Estaba en la edad de dejarme llevar y romper todos los límites que me había autoimpuesto. Pero tenía ganas también de cambiar y de probar otros veranos ante la furia del paso del tiempo y de la lucha con el olvido, la distancia y las renunciadas. Estaba en la edad de las equivocaciones, en esos años donde es imposible ver la línea entre ceder y negar sin herir.

También estaba en la edad de querer cambiar las estaciones. De acelerar el fin del invierno que me calaba en los huesos junto con la soledad.

—Creo que te vendría muy bien un cambio en tu cabello —dice con seguridad—. Afilaría más tus expresiones, pienso yo.

—¿Lo dices en serio? Nunca lo he cortado en mi vida y, ahora que lo dices, me parece una buena idea.

—¿Quieres que te lo corte? He practicado con mi papá.

Recuerdo su *déjate llevar* y acepto su invitación. En el mueble de mamá

encontramos todos los artilugios para llevar esta misión a cabo. Él mueve sus manos como un experto sabiendo dónde cortar con el trazo adecuado. Parece que conoce mi cabeza mejor que yo. No quiero verme en el espejo hasta que me haya bañado y tenga el orden adecuado para evaluar el trabajo de Fin.

—Ya quedó —sentencia sonriendo.

—Es tan difícil de creer que tengas esos músculos y aun así seas tan flexible con tus manos —adulo. No pretendo sorprenderlo; ha salido de la nada.

—Se lo debo al mar, todo se lo debo al mar. Bueno, te dejo para que te bañes a gusto.

Su mirada por fin se ha conciliado con la paz.

—¿Quieres que te acompañe a la puerta?

—No hace falta, recuerdo el camino.

Me da la espalda. Las líneas de sus tendones se dejan entrever por su camisa. El espasmo se libera cuando se da la vuelta y dice:

—Gracias por este día, Anton.

Fue catastrófico, pero algún día tenía que saber cómo son las catástrofes para poder evitarlas.

—A ti. Después te modelo mi nuevo corte, *saumensch*.

¿Qué hago copiándole esa palabra a Mihkel? Y peor aún, ¿qué gano con hacerme adicto a esas catástrofes que apenas acabo de descubrir?

En el baño siguen las contradicciones. El agua que cae de la regadera es un reproche. Un reproche de que pude haber hecho más por evitar a Finnick, de que pude haber llevado a cabo este plan sin su ayuda... De que debí usar la fuerza para apartarlo incluso antes de que me tocara. *Me siento sucio*. Deseo apartar las cenizas de sus besos que no se van de mi piel. Exiliarlo con urgencia de mis recuerdos, de mis ansias, de las posibilidades de llegarlo a querer. Tengo la traición carcomiéndome, pero jamás la deslealtad. ¿Por un episodio así se puede llegar a perder a alguien? Quizá ya no había otra forma, quizá mi apetito lo necesitaba. No podía besar al aire. En cierto sentido, Fin me liberó y me aprisionó.

Lo único certero es la falta de amor. No se puede cuestionar; él no me quiere, él me ambiciona. Lo dijo tal cual. Debo mantenerme en pie. Esa ambición no puede arrastrarme. Continuar con el leve fuego dejado por Mihkel para incendiarme con él antes de ceder por completo. Prefiero la ternura, no el hambre. Prefiero la luz, no la llama. Prefiero la caricia, no el zarpazo.

Y eso solo puede dármelo Mihk.

Pero solo si regresa.

Proclamo ese mantra frente al espejo. Es una versión de un Anton más firme en sus decisiones, me digo. En apariencia, mis ojos se reflejan mejor; ya no están apagados por el contraste, sino más vivos. Mi mentón y mandíbula se proyectan más afilados. Mi semblante en su conjunto es sombrío, templado, tajante. Siento que con una palabra puedo demoler el mundo o construirlo de nuevo.

A partir de ahora cada lágrima contará.

Ya no habrá vuelta atrás.

Las pesadillas son ese único espacio donde me permito dejar expandir mi fragilidad. Mis monstruos parecen saberlo.

Finnick y la mujer con la que Mihk se vio en aquel Café hacen su aparición. Son marionetas con muecas sangrientas en el proscenio de un teatro abandonado. Tienen la promesa en sus caras muertas de que van a destruir cada vestigio de calma.

28

A ti que te quedan pequeñas todas las metáforas.
La poesía solo es una breve excusa para capturarte
con las trampas de mi lengua
porque escapabas a cada regla
huyes de las contenciones.

Ahora que estamos lejos
me permito dedicarte cada suspiro
que se pierde incluso para mí
me permito hacer crecer mis anhelos
hasta excederme
y caer en la trampa
de las ilusiones
donde cada uno vuela
en cielos aparte.

Ahora que estamos lejos comprendo la gravedad
de las distancias
tú estás
—estallas—
entre tus tulipanes
tus películas
tus libros
tu fuego
y yo
entre

la piedra que sí puedo moldear
(ya sabes lo terco que soy contra las tempestades)
las negaciones
los compromisos
el mundo que está aparte de nosotros.

Vago por esos lares que no me sirven de escape;
me es imposible abandonar tu cuerpo
y me es fácil perderme por la ciudad
—luchó por saber cómo fundar una ciudad que inicie y termine en ti—.
Sé que tú jamás dolerías,
que tú jamás tendrías un color insoportable

sé que tú encajas soldándome los quiebres
que eres la carretera que va directa a la completitud.

Esa es mi forma de creerte.

la forma de traerte a mí tiene un disfraz

se llama poesía

es excusa

intento

placer

con el que sufro y añoro y recuento los daños

por duplicado

por dos cuerpos a la deriva

en el mar de la distancia

que viendo el mismo cielo se reparan.

Así es el amor. Un día es explosivo, devastador incluso con su fuego sin pausa y para otro es apenas un recuerdo colgando de una lágrima. Ninguno de los dos ha mandado señales de vida. Finnick, quiero pensar, porque ha respetado el acuerdo de vernos hasta el día de la partida: el 10 de enero. Mihkel es quien me preocupa. El día de ayer debió haber llegado, pero no. Lo esperé dos horas en el aeropuerto pensando que su vuelo pudo haberse retrasado. Pero nunca llegó.

Quizá, me temo, sus padres lo han retenido. De seguro contó toda la verdad y le prohibieron tajantemente volver a esta casa. Aunque con ello se le haya ido también su vida —como consideraba a su proyecto—.

Lo único que me salva es que mamá por fin ha dejado su manía de abrir y cerrar sus cajones; el recuerdo o el secreto ha perecido.

Pero tu hijo no ha cejado en su intento de encontrarlo.

La noche anterior hice un descubrimiento sorprendente. Jugué con las letras de Ítaca, la simbólica isla, la patria a la que Odiseo desea retornar. El nombre que salió de ese juego de letras fue Attacci, una isla vecina —y la única posibilidad que puedo permitirme a partir de ese número y de una sola referencia espacial—. Así que me llené de mapas y de brújulas y, lo más importante, de una vista siempre hacia adelante.

Ha llegado la hora acordada. Las estrellas son mi única compañía en medio de la madrugada. Juraría que en Estonia las sombras son más alargadas que en cualquier otra parte.

—¡Estás aquí!

—¿Cómo podrías pensar que te dejaría solo? Ni lo pienses.

Ahí está Finnick, con su temple de acero. Viste una pantalonera y un sweater guinda. Mis sospechas se confirman: es el fuego mismo.

—Sube —dice sosteniendo con una mano la lámpara de aceite y con otra ayudándome a guardar el equilibrio hasta que estamos establecidos. El mar se abre ante nosotros con una oscuridad inusitada, pero podemos sobrellevarlo. Escruta el mapa con paciencia y detenimiento.

—Debe estar ahí, Fin. Por favor dime que sí podemos ir.

—Nunca he estado ahí, ni la he oído nombrar, pero no te preocupes; no pasará nada malo. No queda tan lejos, además. Estaremos ahí en máximo una media hora, según mis cálculos.

Es reconfortante saber que no le teme a nada. Que no se inmuta.

Cuando enciende el motor mis nervios se disparan porque esta es mi última jugada. Estoy gastando el único rastro que dejó mi padre en mi deseo de ensamblar esa pieza en el gran rompecabezas de la vida.

Arrancamos. El rocío del mar que aún no despierta nos roza las mejillas. Nos sentimos los primeros navegantes sobre la faz de la Tierra. Somos tan ingenuos; él con su fuerza descomunal y yo con mi esperanza no sé a dónde vayamos a parar.

—¿Por qué me miras tanto? —inquire.

—Es que nunca imaginé que fueras a cumplir tu promesa. En cierta forma pienso que fracasé en mi forma de pagarte y que me guardarías rencor a partir de ello.

—No, Anton...No fue la manera de pedírtelo, fue todo. Y ya que estamos en confianza, quiero confesarte que hace cuatro años en este mismo mar perdí al amor de mi vida. Se ahogó porque no pudo soportar la asfixia del rechazo de su familia. Cuando lo encontré ya era demasiado tarde. Cargué en mis brazos su cuerpo lánguido, toda su vida ida para siempre. En el momento en que te veo a ti lo recuerdo a él, sin sentir dolor, claro. Por eso cualquier deseo que se te ocurra sin dudarlo yo lo podré cumplir.

Recuerdo la ternura con la que trataba mi cabello, la urgencia de aquel beso descarnado y ese fuego entre sus pestañas. A partir de ahora lo entiendo todo. El deseo ahora toma otra forma: una forma más humana y bondadosa. Incluso, me inclino a pensar, soñadora. Le arrancaron el amor de una forma tan tormentosa y aun así elige ser amable hacia los demás.

—Yo...Quiero decirte que ahora te admiro más, Fin. Antes me inspiraban misterio, en cierta parte un asombro a tu oscuridad. Pero ahora que te has abierto me has hecho sentir tan agradecido por ser ese destinatario y esa encarnación de un amor así de puro.

—Pero hay un pero, ¿cierto?

Vuelve esa sensación de vacío que ya no puedo combatir. De pronto pensar en que Mihkel no regresará me aniquila. Y vuelvo a la necesidad de volver a sentirme abrasado por las palabras, las confesiones y el contacto. Su pregunta me pone en el vértigo de quedarme para él o de cerrarle la puerta.

—Sí, Fin, aunque no como imaginas. Veo las cosas desde esa perspectiva y ya está más clara esa niebla. Es muy pronto para tener la seguridad, es solo eso, que el tiempo es el único obstáculo o el único aliado, como quieras verlo.

—Te daré todo el tiempo que necesites. Y hablando de tiempo, ya hemos llegado.

La Isla Attacci está cercada en su totalidad. Se trata de una fortificación por los cañones que se asoman como bocas de metal en la parte superior de las columnas de mármol blanco. Las estacas metálicas de las rejas apuntan al cielo en su intento de agujerearlo.

Caminamos con aplomo, tratando de reflejar la mayor serenidad posible.

El guardia pide mi nombre.

—Anton Skotenberg.

—¿En qué puedo servirte?

—Vengo de Estonia y busco a una persona que pudo haberse exiliado hasta aquí.

—¿Tienes su nombre?

—Solo su apellido. Es Skotenberg.

—Déjame revisarlo. Un momento.

Finnick y yo nos dirigimos miradas nerviosas.

—Lo lamento, pero su nombre no figura dentro de la lista de ciudadanos.

El mundo se me viene abajo. Trato de no decir nada, de tragarme la verdad en silencio. He enmudecido. Ya las palabras no me pueden salvar. Cuando el guardia ve mi estado de shock, es Fin quien acepta constatar que no hay ningún apellido así en la lista.

—No está aquí, amigo. Vámonos. Lo volveremos a intentar.

Con una rápida vista digo adiós a la ciudad amurallada. Y con una última exhalación digo *adiós para siempre* al recuerdo de mi padre.

Llegamos a Estonia. El sol es apenas una esfera de un amarillo pálido entre la piedra puntiaguda y resbaladiza de las montañas.

Lo único para lo que sirvió este viaje de locos fue para darme cuenta de los verdaderos motivos de Finnick. Me llena de ánimos saber que puedo sanarle o al menos hacerle olvidar las heridas de aquel fatídico desenlace. El amor no tuvo por qué habersele acabado así.

—Lamento haberte hecho perder el tiempo —me disculpo. Mi voz da pena por sí misma. No necesita una historia detrás. Las escenas del mar a nuestra espalda están a blanco y negro. Lo ha hecho el dolor. Se ha anidado en mis entrañas con su capacidad de destruir la luz.

—Tienes derecho a sentirte así. Solo prométeme que no se va a prolongar. Te lo digo por experiencia.

—Te lo prometo. —Me siento demasiado mareado para poder decir más. ¿Y si el dolor es algo que apenas empieza? Me refiero a la posibilidad de que después de esta caída vengan más y más infortunios sin tregua.

—Vale. No estás en condiciones de llegar así a tu casa. ¿Quieres quedarte en la mía?

—De acuerdo.

Cuando me recuesta en su cama por fin lo siento. Esas ganas de detener el curso de las estrellas para pronunciar una sola palabra. Una sola palabra que cambie tanta soledad en compañía y destello.

—Quédate.

Me ofrece un hueco en su cuerpo. Es todo lo que necesito, aunque en mi sueño profundo no tenga un nombre. Aunque sea un cuerpo anónimo. Lo necesito. Necesito un sólido salvavidas al cual asirme en el naufragio.

30

¿Y si después de tantos años olvidamos nuestros nombres?

¿Y si dejamos de ser dos en uno solo?

¿Y si nos vamos a polos opuestos?

¿Y si nuestros gritos de pronto se atenúan hasta desaparecer en la magnitud del espacio?

De pronto me asalta la duda
—la posibilidad de que solo hayamos sido un sueño
y nos hayan despertado
o nos hubiésemos despertado nosotros mismos
por motivo de las heridas—.

Cariño, yo quiero ser más que circunstancia,
más que
polvo
recuerdo
anhelo
centro
salida.

Yo quiero ser la anulación de tus demás realidades
mi propia salvación cuando no encuentre las razones
ese asilo donde solo puedas estar tú
y tú
y tú.

Ya sabes que no habrá nada después de ti.

[Mi cuerpo
mi vida
mis palabras
serán solo un museo
abierto al olvido
las 24 horas].

Porque cuando más me dices que me vaya
más me inclino a quedarme
—alargo las horas—
y el curso de la existencia comprimida
ilumina los propósitos que nunca vislumbré
—las rutas para siempre volver a ti

cuando más quiera avanzar—.
Por eso le digo al sacrificio que tú valdrás la pena
al insomnio que tú valdrás el desvelo
—que le harás justicia—
y al invierno que tú valdrás la travesía
aunque camine con las plantas desnudas
porque siempre que mire por delante y sacuda las montañas con tu risa
encontraré el sendero adecuado sin que lastime tanto.
Perderme en ti es la única forma de poder encontrarme.
Tú inicias los viajes de la mejor manera:
sin mapa
sin brújula
sin protocolos
con el alma encendida de misterios
y los terminas sin prisa
con todo el panorama visitado
y el cielo vaciado
—volcado en tu mirada—
y la promesa maldita
de que habrá una segunda vez
como si no hicieras ya vicio todo lo que tocas.

Dentro de mi alma sentía que lo tenía todo para encontrarlo. Que los rastros de su historia tenían un sentido entre mi propia soledad y la de mamá. Que había pensado en su único hijo para que él lo encontrara en la víspera de su cumpleaños número 20.

Pero no pasó así.

No pasó así. Las pistas que dejó en aquel poema nostálgico de centurias atrás no significaban nada.

Ahora tenía que lidiar con la derrota y el olvido.

De no ser por la compañía de Finnick no sé qué hubiera pasado. Posiblemente hubiera estallado contra todo lo que encontrara. Hubiera roto las paredes de mi soledad, los jarrones que solo encerraban infortunio y hastío, me hubiera arrojado en un clavado por el acantilado más peligroso.

Me hubiera perdido.

Pero ha salido el sol con la luz que puede permitírsele después de tanto frío. Es clemente y eso es lo que cuenta.

—Gracias por estar aquí, por dejarme estar aquí —le digo con toda la sinceridad posible. Su cabello color ceniza resplandece al compás de su piel dorada. Tiene un semblante de paz que es imposible no contagiarse.

—Lo estaré todo el tiempo que me lo permitas, Anton.

—Me temo que debo irme —musito con prisa.

—¿Seguro que ya te sientes bien?

Me sujeta de las caderas, casi sin darme cuenta porque ahora no es fiero, sino sutil. No inspira peligro, inspira confianza. Ha aprendido de los temblores de mi cuerpo. Lo puedo notar. Sus ojos preguntan por mi paz.

—Fin, yo...Yo no sé qué podría pasar si dejamos este pequeño fuego crecer, lo que sí sé es que una vez que se convierta en incendio no sería lo suficientemente fuerte para apagarlo. Es que cada vez que te veo tu belleza me enloquece y no hay freno ni contención ni muralla que pueda ponerte. Eres la tentación hecha persona, lo sabes muy bien. Ahora, justamente, divago entre si esto es pasión, aventura, amor... Supongo que por todos los caos que habitan mi vida no puedo descifrarlo.

—No hay prisa en descifrarlo, recuérdalo. Tómate tu tiempo. Yo sabré esperarte.

No soy de los que dividen su corazón y dan fragmentos de este. Doy siempre la entrega máxima que se pueda dar a otro. Cuando descubra qué ha

pasado con Mihkel y su indecisión todo será más claro.

Hay alguien que me abrasa como un sol de verano y otro que me templó la sangre hasta hacerme temblar.

Invariablemente, a pesar de a quién elija, lo cierto es que una parte de alma tendrá que morir para que la otra florezca.

Y aún no puedo tomar ese riesgo.

Después de la huida y después de los abrazos encuentro a mamá sobre el sofá. Está en una posición extraña, como si apenas hubiera llegado a duras penas. La acomodo con cuidado para no despertarla, pero entonces suena el reloj cucú de la pared; es la hora de su medicina. Le sacudo levemente la cabeza y le acerco el agua y su pastilla.

—Mamá —apenas es un susurro—, es hora de tu medicina.

Se mueve rítmicamente, apenas sujetando el vaso de cristal. Vuelve a dormir, restándole importancia a esa rutina que seguirá por el resto de su vida.

Quizá así es como debemos evitar el dolor.

Hay algo rasgando el papel durante mi siesta del atardecer. En la casa nunca han existido ratones, pero puede suceder que se haya colado uno.

Abro mis ojos con pesadez, aparto los rayos que se filtran y la sorpresa es evidente. Mis pulmones se expanden, mis penas se van.

—¡Mihkel! —grito para que todo el planeta Tierra sepa de su existencia.

—An, he vuelto.

—¿La primera vez también me estabas dibujando?

—Sí, pero esta vez es diferente, *porque tú estás muy diferente*. ¿Qué le ha pasado a tu melena?

—Tuve que hacer un pequeño viaje a través del mar y mi antiguo cabello me picaba la cara, así que tuve que cortarlo. ¿Te gusta?

—¿Qué preguntas son esas. Es obvio que me fascina. Pero cuéntame de ese viaje, ¿para qué lo hiciste?

Es muy precipitado para hablar de demoliciones, pero es mucho más arriesgado empezar por las mentiras. Le cuento cómo encontré las supuestas pistas que mi padre había dejado, cómo un lancharo —*oculté completamente la historia de Finnick*— me había ayudado a cruzar a esa isla amurallada y cómo me llevé la peor decepción de la historia.

—Si eso no es dejarme llevar por el impulso, no sé qué sea.

—Yo pensé que te aterraba el mar, An. ¿Y cómo te lo estás llevando?

—Ahora, bien. Pienso que solo necesitaba dormir. Asimilar que de nuevo

se abre esa brecha es mortal, pero con el tiempo creo que lo podré superar.

Vuelve a acariciarme las manos. Cruza sus piernas y estamos de frente. No sé cómo él interpreta mi mirada, pero por dentro sé que debe doler. Debe doler cómo lo he extrañado, cómo he luchado con ese impulso de abandonar todo y empezar de cero. La suya es de piedad, de esas a las que puedes contarle todos tus pecados y te seguiría amando como la primera vez.

—Anti, debo contarte algo.

—Adelante.

—Mis vacaciones no fueron en el paraíso. No fueron para nada bien. He intentado contarle a mi familia de ti pero no he podido. Mamá y papá están tercos en hacer un matrimonio arreglado con una chica que para nada estimo. Traté de hacerles cambiar de opinión, pero me quieren fincar un destino que no quiero. Incluso casi me escapo de su prisión. Es tan absurdo, ¿lo puedes creer?

—Sí, lo creo.

Lo creo desde que los vi en aquel Café.

—¿Cómo se llama esa chica, cómo es? —pregunto.

—Se llama Altair. Es una egocéntrica purista.

Contra todas las probabilidades, nos sumimos en la más placentera risa. Me libera poder saber que es solo una maquinación de sus padres, un arreglo que ni le viene ni le va.

—Por cierto, te traje dos cosas de Alemania.

Me conmuevo de ternura.

—Uno es un cómic que dibujé en mi tiempo libre. El título es la mejor parte.

Lo es. *Anton y Mihkel contra el mundo*. Estamos despampanantes. Yo con una pistola que dispara tulipanes y él como una Medusa que convierte todo en piedra. Somos él y yo contra el mundo; lo hemos sido siempre. La historia narra cómo derrotamos a tiranos y enamoramos a los necios, él con su fuerza y yo con mis flores. Al final formamos un ejército que detiene el cataclismo letal —luchamos sin armas— e imponemos el sublime arte de dejar las condenas y sujetar las manos.

—Este beso al final —suspiro acariciando el papel—. Te lo daré.

Me acerco tan rápido que no lo ve venir. Nuestros labios se hicieron para estar juntos; encajan tan perfectamente que es difícil pensar que somos dos cuerpos diferentes. El calor que desprendemos es de urgencia, quema sin lastimarnos, nos alimenta, es nuestro arrullo. Crece la intensidad, nos

arrebatamos, nos sublimamos. Vamos en un vaivén; nos hacemos vapor y recuperamos nuestra forma y así en un continuo retorno. Quiero arrancarle la ropa, traspasar esa barrera para hacerle saber cuánto lo he extrañado, darle en calor un poco del infierno de lo que fue tenerlo lejos. Coloco mis dos manos en su mejilla para nunca darnos el final. El placer es tan eterno que nos vibra en la piel.

—Dime que tú también lo has extrañado, Mihkel.

—Anton... —El jadeo de mi nombre en su voz me enloquece por entero—. Casi me agoto todas las licorerías de Alemania para dejar de pensarte. Me orpimía tanto tenerte lejos. Parece imposible tenerte ahora así de cerca, así que lo único que deseo es prolongar este momento por lo que dure la eternidad.

Seguimos explorando nuestras lenguas con una locura desmedida. Somos brasas y cielo rojo. Clamor y asombro. Una ruta encontrada tras un largo caminar.

—En la primera semana hice todo lo posible por negar el hecho de que te habías ido —confieso—. Me quedé con el calor de nuestra última noche viendo las estrellas, con un calor tan tierno que me sacudía los huesos y a la vez me hacía tiritar. Te entiendo cuando dices que quieres expandirnos, porque lo hemos hecho desde la primera vez. Hemos deseado poder ser infinitos con el paso de los minutos en nuestra espalda. Yo no sé si eso puede ser posible, pero desde aquel beso ya soy más deseo que cuerpo y alma.

Sus ojos se lubrican por mi declaración. Se desencadena otro beso más carnoso y apasionado, del color de una llamarada lamiendo el cielo. Sin embargo, nos da la paz deseada. Una paz con la que podemos volver a soñar una Tierra sin desencanto.

—El otro detalle que te he traído son nuestros boletos para ver a Of Monsters And Men. Cuando estuvieron en Alemania no quise ir con Altair porque sé cuán especial es para ti y para mí y no quise mancillar ese secreto. Iremos, Anton. ¿Verdad?

—Iremos, Mihkel, pese a todo lo que se presente.

Nos volvemos eléctricos. Nuestros pechos son dos montañas que absorben la electricidad de los rayos. Las circunstancias nos han retado tan fuerte que hemos encontrado la valentía para afrontar nuestros propios deseos —con todas las magnitudes que representan—.

Y entonces llega la seguridad.

De que un amor tan tierno puede ser igual de apoteósico. Que puede

llevarnos a proclamar las cosas más arriesgadas con juramentos que en la vida hemos imaginado. Que la historia puede llevarse en una mirada sin que pese tanto. Que esa mirada puede cambiar pero entenderse de la misma forma por siempre —el anhelo de protección, el de encenderme, el de confesar—. De que un amor no duele a pesar de las heridas, de que te lo cuenta todo y no te cuenta nada. Eso solo puede dármelo Mihkel. Él puede cubrir todos los sacrificios y todas las renunciaciones sin renunciar a mí. Puede perforarme con sus ojos de miel sin derrumbarme. No es nocivo —no me hace sentir el veneno en mi lengua como lo hizo Fin—; es un soplo vital.

—Te amo un mundo —sentencio—. No hay ni habrá nada que me haga cambiar de opinión ni la promesa que sello cada vez que te beso. Abres un acantilado dentro de mi cuerpo para depositarme estrellas cada que tocas mi piel. Eso no puede esfumarse, ni negarse, ni nada.

Nos encantamos así, como estamos, sollozando por el cariño que se nos sale de los bordes. Nos aferramos a nuestros abrazos, tan unidos que ni el frío se puede colar. Ardemos sin arder. Así nos amamos.

*No hay arrepentimiento
y nunca lo habrá.*

*Carajo, ¿cómo puede haberlo si tus labios son el sueño
al que le doy todas las apuestas
recompensándome con solo imaginarlos?*

*Nos vamos haciendo un mundo propio
con cada roce de nuestra piel*

*inventamos un pronombre que nos contenga con mayor justicia
y dejamos de escapar*

—volamos—,

*tan lejos de todo lo que nos aqueja
para que nuestros suspiros tengan la pureza
inmaculada que nos merecemos.*

*¿Qué puede ser más mágico
que ese amor*

*que cree detener las olas del mar
con un abrazo?*

*No hay vestigios así en mi historial,
ni de esa valentía con la que nos resguardamos
de la tempestad
ni de la entrega*

que cada quien apropia.

*Si pudiera decirte que me espantas la pena,
que con tu inocencia me desnudas*

—camino en un pasillo de nubes cuando me miras—

*pero no quiero encender más las ganas
de elevarnos a nuestro limbo.*

Me haces agua los ojos con cada palabra

—pero no quiero parecer impertinente—

*te doy y me das un encanto
que nadie conoce.*

Nos sentimos a salvo entre los versos de toda la poesía.

¿Ya ves tu poder?

Arrojas sobre el universo la luz para disipar sus tinieblas.

Y a mí me haces sentir minúsculo y ese universo a la vez.

*Haces obsesiva a la mente más calma
y eso es catastrófico y sublime sin remedio.*

Pasamos de ser testigos a *vivir* una historia de amor. Una historia que hace valer cada segundo que esperamos para volver a vernos y cada segundo que ocultamos los gritos para hacernos saber lo que sentimos; una cadena sin principio ni fin de seguridad, éxtasis y reconstrucción. Nunca había sentido la urgencia de mirar dentro, pero con él, ya no me da miedo el hecho de esculcar mis emociones porque lo encuentro al final de ese túnel de mi historia y *esplende*. Cuelgan de sus manos estrellas fugaces y su cuerpo es una carretera por la que puedo caminar con mis plantas desnudas, sin lastimarme.

—Has dormido mucho, ¿es porque tu viaje estuvo muy cansado?

—Sí —contesta—, pero había algo que me agobiaba mucho más...Me agobiaba pensar que pudieras haberme olvidado, An. Que alguien hubiera llegado a tu vida y yo hubiera sido pasajero, así, sin más.

—Nunca —afirmo—. Nunca pasaría ni en la más remota de tus pesadillas. ¿Cómo dices tú? ¿*Saumensch*? Pues eso.

Mis palabras, por muy difícil que parezca, no se sienten *traición*. Se sienten *verdad*. Muy en el fondo de mi alma lo reconozco, porque por fin he asimilado lo que sentí por Finnick. Y lo que sigo sintiendo.

Siento por él el más tierno afecto que se puede sentir por un amigo cuyo destino ha sido injusto. La clase de confianza que le tendría para contarle mi día, pero no mi vida. Hay una barrera que no podemos traspasar porque lo íntimo solo lo consigue Mihkel tras tantos años de ser un espejo el uno para el otro, un pañuelo para las lágrimas y un bastión al que nos podemos aferrar. Incluso antes de que su presencia fuera física.

—Te creo, pero así soy de inestable cuando no estás conmigo.

La palabra *inestable* me causa ruido con solo imaginarlo en aquella ocasión plantado en la bañera con un talante de dios griego, con todo su encanto al descubierto provocándome la más extraña sed.

—No pareces inestable, por lo menos en mi imaginación. En mi imaginación siempre he pensado que puedes desfilas así *en paños menores* por todo el país sin la más mínima pena.

—Me ofendes —dice riendo—, pero lejos de ti soy otro *yo*. Un yo que se escabulle para no ser visto en su debilidad. Que espera dentro de armarios el fin de una fiesta porque no soporta su falsa estridencia. Y lo más cómico que te puedas imaginar; el que bebe lo que tenga la más mínima señal de ser alcohol para olvidar la lejanía de tu cuerpo con el mío.

—¿Solo de mi cuerpo?

—Tu cuerpo y todo lo que tiene por defecto; tu alma, tu sonrisa, el atardecer que tanto has cultivado junto a tus tulipanes sin darte cuenta, tu ternura. El toque del viento contra mi piel solitaria solo me daba escalofríos.

—A mí me temblabas, Mihk. Recordar tu mirada y el placer de nuestros silencios compartidos solo me daba ganas de huir, de tomar el primer avión y encerrarte entre mis brazos para que nadie te hiciera daño. Y vaya, con esa belleza, los celos me hervían la sangre.

No tengo derecho a decirlo, aun sabiendo que aquello fue un impulso de Fin que me llevó tiempo asimilar, pero la idea hasta ahora me enloquece. Me enloquece que sea capaz de despertar tanto y no solo en mí. Es lo más egoísta que he sentido en muchos años —una de las tantas cosas que he descubierto a raíz de él—.

—No, ni lo digas. Hay chicos más galanes que yo, puedo jurarlo. Solo que tú no ves ni por asomo las cicatrices que lleva mi piel después de tantas esculturas. Tú ves más allá con esos ojos tan profundos. Me olvido de que tengo un alma. Los demás solo me hacen recordarla para que no me la quiten con sus falsedades.

—Vaya, no sé qué decir —confieso. Su entrega así de pura y honesta me planta cascadas en los ojos—. No pensé que fuera a ser diferente al resto.

—Lo eres y abismalmente.

Recordó mi cumpleaños número 20 cuando tomaba su zumo de mango.

Yo evoco en mi memoria las escenas de aquella noche: lo roto que me sentía, las ganas de comprobar si había fuego en mis venas y fragor en mi corazón, de si aún era pleno y puro a pesar de todos los huecos y las historias incompletas que me acechaban.

—¡Feliz cumpleaños! —dice con tanta efusión que casi se atraganta. Corre hacia mí y me abraza. Yo trato de controlarme, de no mover mi boca en una dirección equivocada. Él lo nota—. ¡Feliz cumpleaños al *saumensch* más *saumensch* del mundo!

Me revuelve el pelo y me dan unas ganas histéricas de devolverle ese abrazo acompañado de algo más. Pero esta casa, esta región, debe ser sagrada reprimiendo hasta lo imposible.

Le dirijo una mirada de *aguanta*. Nuestra intimidad la descifra. Ese es nuestro modo de sentirnos seguros, un modo que nadie puede penetrar.

Nos apuramos para terminar de comer y así ir a ese lugar prometido sin

que el tiempo nos consuma.

—Gracias, mamá. Han estado deliciosos los waffles.

—Lo que dijo Anton, Señora Ophelia; escalan a celestiales.

Mamá se sonroja y agradece los halagos.

Nosotros dejamos la casa con tan solo nuestros shorts y camisas cortas.

Porque ha llegado el inicio de la primavera.

La sentimos en cada poro de nuestra piel.

—No sé si sea por la miel de los waffles, pero lo que sí sé es que tus besos están deliciosos.

Nos escurre miel de nuestros labios. La desbordamos. Hay azúcar derretida donde antes había pavor.

Caminamos en ascenso a las montañas. En aquella con una cuña en su cénit por donde viajan rayos de sol en una clase de procesión.

Paramos un momento para recuperar fuerzas. El sudor nos perla la piel — lisa en su totalidad y convulsionándose de efusión—. Nos vamos a una sombra y entonces sucede. Sucede que me apresa y la música de liras celestiales resuena en mi cabeza. A diferencia de Fin, el me apresa con toda la historia que hemos construido, no solo con sus brazos fornidos. No hay fuerza en su acto, sino calor y llamas compartidas. La cárcel de sus labios me come de lleno. Hay tanta armonía que me he olvidado del peligro de ser cazados. Me dejo llevar y coloco mis manos debajo de su remera. El sudor de su piel se incrementa. Es un mar que palpita. El calor me complementa y deseo con ellas no parar jamás. A lo largo de mi vida mis manos han servido para dejar crecer tulipanes hasta el fin de sus ciclos. Con él no es distinto; quiero que sienta el hambre de mis dedos latiendo como si cada uno tuviera un corazón. *Lo estoy deseando con mis manos*. Capturo este momento; la luz matinal colándose en nuestras siluetas, cómo inhalamos un aire que no nos es suficiente debido a los sofocos y cómo es su urgencia de también explorarme aunque sea mortal. Porque él trabaja la piedra, yo las flores y en eso estriba la fatalidad; él me derrumbaría en un segundo.

—¿Pasa algo? —pregunta. Lo dice porque mis piernas han sucumbido a su encanto, al éxtasis creado por ambos. Pero en realidad es porque no he sentido a Fin; el miedo que más me carcomía. Eso sí sería traición, recordar aquella vez en que me aterró estando en esta situación tan pura.

—Continúa. No pares.

Nos convertimos en un hambre aguda con el sol de la mañana, las montañas y la brisa evaporada del mar. En el fondo sabemos que no podemos

renunciar, que no es un *amor sucio* porque ha nacido del impulso más inocente de perpetuar lo que las palabras no pueden. No podemos ser condenados; tenemos el derecho de escalar hasta las estrellas si es lo que queremos. Al menos eso dicen nuestros besos y los sueños compartidos.

Al fin llegamos a lo alto de la montaña. Su cuña parece una medialuna en plena luz del día. Desde lo alto la ciudad es minúscula. El tejado rojo de las casas y lo pálido de sus muros, la extensión de los campos, las parcelas de tulipanes, los molinos de viento, los lagos y ríos que parecen carreteras azules...todo cabe en nuestros puños. Creemos que no nos puede aniquilar justo donde estamos.

—¿Tú también sientes esta paz?

—La siento, amor.

El acople de nuestras voces se siente surreal. Se mece entre la hierba y le pone colores al viento.

—Entonces, ¿estás listo?

Quizá nunca comprenderá la magia que hay detrás de unos rituales que cualquiera podría considerar vanos, pero me sigue el juego. Le hace justicia al momento. Entrelazamos nuestros dedos; tienen el espacio justo para olvidarnos del invierno.

Alzamos nuestras manos en dirección al cielo. La luz es perfecta, así que todo se lo dejamos a ella. Los rayos del sol nos impactan de lleno. Bueno, a nuestras manos, pero después la luminosidad se convierte en una energía que nos parte en dos. En mil. En un millón. También levantamos la vista y contemplamos el mágico suceso. Nuestras manos están tan extrañamente iluminadas —como si fuera luz lunar en lugar del sol—, que cada vena, hueso y articulación salen a relucir. Podemos ver el camino de la sangre fluyendo al mismo compás, como si se tratara de una pantalla con rayos X, salvo que está ocurriendo a plena luz del día, literalmente.

—Así me siento junto a ti: transparente —le confieso.

—¿Cómo le hiciste para adivinar mis pensamientos?

Estando en otra situación habría tenido tanto miedo de sentir esto. De sentir al amor como una daga atravesándome de principio a fin, pero sin el dolor de por medio. De ser tan transparente y estar sin ninguna muralla dejándole el paso libre al fuego. De estar en estas alturas sin hacer el recuento de los posibles daños una y otra y otra y otra vez. Ese no es el Anton que prevalece, sino este, el que puede recibir tormentas furiosas y responder con más tormentas, el que no llena con el amor sus huecos, sino el que lo expande.

El que puede tomarse la libertad de sentir el placer sin culpa y estar tranquilo en sus pensamientos y en las noches.

—Esto es tan loco —respondo al fin—. Las versiones de mí antes de esta estarían tan llenos de culpa, tan negados y cegados...pero la realidad con lo que soy ahora es que está colmado de dicha. Y para eso no hay remordimiento.

Los estorninos rompen el silencio sobre nuestras cabezas. Nos dejamos fluir con ellos. Están entrando con la primavera, justo como se siente este amor; lleno de sol, de frescura, de vuelo y de reposo.

—No, jamás habrá remordimiento. No lo digo porque me creas el más avezado en esto, sino porque el amor es un elemento, un ansia universal, An, que llega sin condiciones.

—Y ahora, debo confesarte algo, mi tierno alemán.

—Dime.

—Me están volviendo loco tus shorts.

Me enloquecen sus fémures, cómo los rayos del sol se instalan en sus vellos haciéndolos más dorados y cómo sus músculos parecen de acero. La tentación de recorrer su calor me consume, así que decírselo rompe con mi ansiedad. Él mismo lo ha dicho sobre eso de dejar de sentir culpas. Me vuelve loco lo erótico del asunto.

Él me sonrío con picardía. Siente el ímpetu de mis palabras. Yo siento que he dejado escapar hasta vapor.

—Eres un impertinente —dice con toda la efusión del mundo—. Harás que nos perdamos el concierto de Of Monsters And Men.

—Eso sí sería un pecado —respondo. Nuestras manos no se han separado. Descendemos y juro que volamos.

Volamos.

34

Tenía la fuerza en mis músculos pero tú me hiciste saber de templanza.

Tenía la capacidad de guardar atmósferas en mis pulmones

pero tú me enseñaste a compartir respiros

tenía el calor de un millón de soles

pero tú me enseñaste a iluminar el camino del perdido.

Lo que quiero decir es que nadie nace siendo maestro

pero un segundo contigo enseña todo lo indispensable

para no morir de soledad.

Lo sabía por anticipado

y lo confirmé en aquella montaña

que no estábamos hechos para la extinción

que ningún vendaval nos podría arrancar la sonrisa

ni el éxtasis de nuestros días de verano

ni la entereza de los inviernos.

Lo supe,

eso que tanto negaba

que se podría ser infinito

con un suspiro

y tener alas a pesar de las alturas.

Lo supe y lo deseé

que las nubes donde descansábamos

no guardaran tormentas.

Para la vida fue imposible.

Para nuestra ilusión no.

Llegamos al concierto en medio de los vítores y las aclamaciones. Los letreros de neón nos dan de lleno y la magia islandesa del grupo se siente en el aire, como si respiro de su propio océano lo llevaran ellos y los asistentes en la piel. La misma presencia oceánica la tiene Mihkel: por su camisa se filtran las olas del atardecer y su cabello a medio crecer se confunde con el sol sobre el mar. A pesar de todo el ajeteo del público encontramos nuestros asientos —ese espacio que hacemos único— y sabemos que este día no será como los demás. Será un resquicio en nuestra historia, esa especie de recuerdo que será invocado décadas después y seguirá vibrando con la magia que ahora mismo sentimos en el centro de nuestros pechos.

Las bocinas paran su chisporroteo, los cables de las guitarras y de toda la utilería encuentran su sitio y la música empieza a sonar. Las voces rompen la calma característica de Estonia —pesada, cargada a cuestras, soporífera— y la atmósfera del lugar empieza a cambiar, como si un mago hubiese puesto una manta con el calor de las supernovas sobre nuestras cabezas. Sentimos el ritmo de las canciones cobrando energía en cada una de sus vibraciones, toda una amalgama de cuando las escuchamos por primera vez en solead, a cuando las escuchamos en nuestra primera ruptura de corazón y, en mi caso, cuando las escuché en compañía de Mihkel incluso antes de besarnos (*incluso antes de pensar en esos besos*).

Antes hubiera pensado que adorarlos así sería un pecado capital, pero las voces y la armonía que generan con los instrumentos es extraterrena. La misma voz de la vocalista es sobrenatural; tiene una nostalgia que solo sentimos aquellos que hemos estado frente al mar tras haber perdido a alguien. La melancolía de los que nos rendimos al llanto y depositamos la esperanza al mero acto de dormir porque las circunstancias son insoportables. El melodrama de quienes han pensado perderlo todo y lo recuperan segundos antes de lanzarse por un acantilado.

Las canciones son una procesión de esperanza, sueños y viajes sin retorno. La clase de lluvia que te cala en los huesos tan hondo que todo tu cuerpo se siente un santuario. Mihkel también lo siente así: sus vellos se han erizado y la certeza de estar en el mismo espacio y conmigo lo conmueve. *Nos conmueve*. Sabemos que las canciones son una viva representación de todo por lo que hemos pasado, de nuestras confrontaciones y desencuentros y, sobre todo, de nuestras promesas. Las sentimos como un himno que ninguno de los dos puede

romper.

En medio de la euforia es evidente lo que deseamos.

Así que nos dejamos fluir.

Entre el sonido estentóreo de las trompetas, la batería y de toda la multitud, fundamos un espacio impenetrable cuya llave solo tenemos nosotros. Nos besamos. Tan rápido que ni el viento es testigo, pero tan electrizante que se me van las manos a lo alto después del acto porque el placer ha sido tan intenso que quiero irme a las nubes. Viajamos con ese beso a un lugar donde absolutamente todo es nuestro; las canciones, las leyes y las lágrimas. Donde no le debemos nada al mundo. Donde la libertad es cien por ciento libertad y donde al amor no se le pueden cortar las alas.

Entonces la banda toca la canción más romántica que pueda existir —y la más dolorosa de sentir en caso de una ruptura— y ya no nos podemos detener de nuestro propio contacto. Lo abrazo por detrás y meto las manos en su camisa, ahí donde su abdomen es tan firme y lleno de calor como el mismo verano que hace crecer los tulipanes. Es un arranque estúpido, impulsivo, pero por esos tres minutos es el deseo irrefrenable que pide mi alma. También la de él, porque su pulso se acelera, se *dispara*, y su calor es más intenso; *tiene el poder de expedir sus propios rayos*. Nos damos el contacto que se nos place en medio de un millón de personas que pueden ser cazadores en el escenario más pesimista posible, pero también al sentir que están aquí en esta pasión compartida, un pensamiento me alegra el corazón: *también pueden ser defensores del amor*. ¿Y si ellos sí soportan que dos personas puedan entregarse en la pureza que eso conlleva? ¿Y si ellos pueden hacer que esta circunstancia se sienta menos asfixiante de lo que ya es por defecto?

El éxtasis de la música vuelve a intensificarse y con ello nuestros temblores, caricias y abrazos. Encontramos en la sutileza lo más eufórico que pueda resultar el roce de nuestra piel en combinación con los acordes más luminosos del orbe. Nos sentimos un santuario; nos brotan alcatraces y lirios por cada poro y compartimos ese jardín como lo haría cualquier humano con ánimos de expandir su luz. Nadie nos puede culpar por eso.

Así que somos polvo de estrellas en el estruendo, dos jóvenes con la primavera en la piel y cantos islandeses con aroma a océano.

Es tanto el estruendo que pienso que a pesar de todos tener tantas multitudes dentro podemos estar conectados por un mismo principio, uno que hace resplandecer nuestras auras como si solo contuviéramos bondad y la voluntad de cambiar el mundo con pequeños actos de amor. Todo eso se eleva

al aire; somos una multitud *nacida para creer* que eleva sus plegarias al cielo anhelando un futuro mejor. Se proyecta tanta paz que juro poder hacerle el amor ahí mismo sin sentir el odio que me ha acechado durante la mayor parte de mi vida.

Lo abrazo con más fuerza para hacerle saber mi asombro y mi agradecimiento. Sin él no hubiera sido lo mismo ni por asomo. En singular hubiera sido el quiebre progresivo de mi corazón desmoronándose con cada nota. Con él es todo lo contrario; un crecimiento de múltiples corazones dispuestos a soportar el fuego de la guerra más inclemente.

Lo saben bien mis manos y su abdomen.

Lo saben muy bien.

El concierto finaliza con centellas brotando del suelo y las estrellas asomándose en el cielo cobalto. Se me va el aliento (nunca había imaginado ser capaz de sentir tanto) y mi pulso conectado con el de Mihkel se vuelve a hacer anónimo al salir del estadio, tan secreto que se pierde con los demás secretos hasta desaparecer para los ojos ajenos.

En la mitad de ese atardecer naranja el cielo se rompe. Asoman truenos en forma de serpientes y la lluvia hace su escándalo de siempre: relámpagos contra montañas, césped contra ráfagas. Apenas somos dos manchas minúsculas corriendo llenos de felicidad, ignorantes de la desdicha que un futuro puede depararnos. Por ahora solo conocemos el clamor de la tormenta en forma de besos, la continua marcha de la lluvia en forma de efluvios que nacen desde dentro para nunca desperdigarse.

—¿De casualidad conoces un lugar en el que podamos quedarnos mientras? —pregunta cuando paramos de reír y de correr.

—Conozco uno que nos puede servir de maravilla. Solo deja que me ubique. ¡Estoy perdidísimo!

—Cuéntame dentro, yo también lo estoy. ¿No está tu casa en aquella dirección? —apunta con su dedo índice derecho.

—¿Cómo puedes saberlo mejor que yo? —inquiero con sorpresa.

—Pues ya ves. Yo nunca pierdo mi rumbo cuando me sé de memoria mis hogares.

Lo sé. Sé que él es capaz de ubicar mi cuerpo estando en un naufragio. Yo estaría en un universo paralelo, de esos que abundan en sus cómics y él sabría trazar las rutas para encontrarme. Yo no sé salir de las situaciones que más me descolocan. Pero él sí; hasta sabe dibujar puertas donde yo solo veo muros.

—¡Me sorprendes! —Mi voz es un paroxismo tras otro. Estoy

convulsionando, echando chispas, por tanta alegría—. Ni yo sabría encontrarla ni estando cien metros más cerca... Si mi casa está en esa dirección, no queda muy lejos el refugio del que te hablo.

—Pues no se diga más. Te sigo.

Doy un vistazo hacia atrás, con mi delirio de persecución a tope, sin saber por qué. Es más agudo que en otras ocasiones.

Lo ignoro. Se ahoga ese sentimiento de acechanza en el mar de mi efusión. Busco sus dedos, los entrelazo y siento la paz. Como si en lugar de huesos y cartílagos y piel estuviera sujetando un parche de cielo plagado de estrellas. Es el espacio que mis dedos merecen después de tantas cicatrices mías y de él.

—¿Un molino? —exclama cuando llegamos al molino de viento de aquella historia que no quiero recordar. No hay decepción en su voz, sino sorpresa.

—Sí, lo descubrí por accidente —confieso sin remordimiento. Al final de cuentas no es mentira: lo descubrí por un fatídico accidente llamado Finnick y, posiblemente, una devastadora tragedia que impedí a duras penas.

—Es tan... antiguo y evocador que me encanta. Mira nada más esa piedra. Se observa la fuerza humana, la organización en su estructura... Hay muchos en Alemania pero ninguno se le asemeja a este.

—Me alegro que te guste, pero vamos adentro antes de que cojas una gripe.

Por dentro el lugar es tan acogedor que, sin duda, dolerá dejarlo. En el suelo está la paja habitual y las sombras de las aspas se alternan en haces de luz y oscuridad. Nos resguardamos de la tormenta y las cosquillas empiezan a hacer su efecto. *Efervescen*.

—¿Cómo sabías de este lugar?

—Vine aquí con un amigo del negocio, a entregarle un pedido de tulipanes.

La verdad a medias ahora sí me hace temblar. Si no hago lo posible por cambiar de tema, los resultados serán catastróficos.

—Pero —reanudo—, yo ya empiezo a notar los síntomas de una gripe y... ¿sabes cómo se quita eso?

—¿Quieres enseñarme?

En ese momento soy yo quien lo atrapa. Las venas se resaltan con su efusión desmedida y mis labios recobran su carmín, encendidos contra su calor.

—¿Sabes qué sentí en el concierto? Sentí la valentía de mis palabras por gritar nuestro amor a los cuatro vientos. Pensé que si ellos sentían esas

canciones que hablaban de amor como las sentimos nosotros, podían entender cómo nosotros nos encendemos y nos abrasamos con este clamor sin principio ni fin que nos consume. Por fin sentí que alguien nos podía entender sin condenar de antemano. Y mi libertad se sintió infinita junto con mis ganas de...

—¿De qué? —pregunta con una ilusión que no le conocía. Paro en el acto porque acabo de ver algo. Más bien, a alguien.

—Yo también quiero saber de qué. Nos dejas en suspenso —dice Finnick desde lo alto de un saliente de madera. Los muros quieren desmoronarse por tanta tensión que hay alrededor.

—¿Quién es él, An? ¿Te conoce?

—Es solo un compañero de escuela. *No nos hará nada malo, confía en mí.*

—Vámonos de aquí cuanto antes.

—¡Mihkel!

Sigo en pos de él. No quiero imaginarme el terror que debe sentir. Una sola palabra de Finnick puede bastar para que su vida se derrumbe de una vez y para siempre.

—*¡Él no dirá ni una sola palabra!*

Pero mi voz no se logra escuchar. Mihkel es una centella siguiendo una marcha feroz, sin capacidad de detenerla. Me mata la idea de que eso mismo se pueda convertir en un abismo que ninguno de los dos sepa cruzar.

Intento evitar la idea. Pero vuelve a mí.

La idea de que lo he jodido todo.

36

*Estoy en el vértigo
en el que temo confundirlo todo con el amor
y sus contrarios;
no sé si mis pasos me van a alejar o acercar a ti,
si mis naufragios de cada lágrima
me purifican o te ahogan a ti,
si mis cartas en el silencio son reconciliación
o despedida.*

*Veo sombras extrañas rodear tu cuerpo
y siento el frío de la traición trepar por mi cuello
—si supiera que dejabas entrar a otros sin avisar
me hubieras dado más tiempo de forjar mis candados—.*

*La idea de que alguien ajeno a nosotros esté
en nuestra historia
me es inconcebible,
tan abominable que lastima
como el hielo trepando por mi cama
cuando el invierno es más crudo.*

*Ahora es cuando me doy cuenta
de que la ventisca
puede ser un huracán gélido para el más desprotegido,
que la rosa puede ser solo espinas
para quien dejó de creer en el rojo de la pasión
que la pluma de un pájaro puede indicar
prisión para quien sueña con la libertad.*

*Pero en ti,
en ti nada dolía;
al revés,
todo lo curabas
o al menos intentabas tener la cura.*

*En ti la herida se fugaba
el secreto no pesaba
el silencio era la declamación que el poeta deseaba.*

*Pero entonces llegó ese cazador que espantó todos los pájaros
con un solo disparo*

*y nos olvidamos de volar
nos
perdimos
en
tanto
amor.*

Cuando por fin llegamos a la casa somos una tormenta que apenas se contiene para no gritar ni para demoler todo lo que nos encontramos alrededor. *Yo soy el único que merece su destrucción.* Yo habría podido evitar que todo se controlara si hubiera puesto los límites claros con Finnick y yo, si le hubiera contado la historia a Mihkel en su momento y no hasta ahora que todo se ha salido de control.

—Él no dirá nada, Mihkel, de eso estoy seguro. Es el lancharo del que te platiqué. Con él acudí en mi momento de mayor desesperación cuando las ganas de encontrar a papá me excedían, cuando tú no estabas.

—¿Te has puesto a pensar qué pasaría si dijera la más mínima palabra? No por malicia sino por descuido. ¿Realmente te has puesto a pensar lo que pasará con nuestras vidas?

—Mihkel, contrólate. —Noto que está fuera de sí. No puede controlar sus respiraciones, lo que me hace temblar sin medida—. Tú me enseñaste a no pensar lo peor aunque la situación lo amerite. Mira, en el poco tiempo en que lo conocí, se ganó mi confianza; él sería incapaz. No hay nada que temer porque ni siquiera le conté sobre lo nuestro. ¡Él me confió a mí la historia de cómo perdió al amor de su vida! Y nunca temió que yo le fuera a contar a alguien.

Se recupera, pero hay un deje de desconfianza que va más allá de esto.

—Así que fue más que un simple lancharo que cooperó contigo.

—Fue una plática de camaradas, confía en mí.

—Temo que sea tan grande la confianza que te dé que llegues a traicionarme —dice sin medir el filo de sus palabras.

—No, ni lo pienses. Todo en exceso es malo, claro, pero conmigo no tienes que temer, Mihk. ¿No te lo he demostrado? En cada caricia hay una súplica silenciosa de que seas para mí por toda la eternidad. En cada palabra dicha y no dicha. Tú siempre has tenido el secreto revelado de mis pesadillas y de mis sueños, incluso cuando yo menos los he entendido.

—An, créeme que no eres tú el culpable. Es solo que... Lo nuestro era tan cerrado, tan secreto entre nosotros, que la intromisión de alguien más me desconcentra de una forma tan... tremenda que me olvido de lo que nos hemos prometido.

—Ni nada ni nadie tiene por qué estar entre nosotros dos. Somos Anton y Mihkel contra el mundo, ¿recuerdas? No hay nada entre medio. Nos

sobrepondremos sobre cualquiera que no nos haga bien.

—A veces quisiera tener tu certeza de que todo estará bien.

—Lo estará. Es lo más seguro que tengo ahora y que puedo ofrecerte. Hay mucha adversidad, Mihk, incluso muchas más adversidades que no podemos ver, pero te aseguro que ninguna la desencadenaré yo.

—Tú nunca me has fallado, Anton. Sé que por ahora mucho menos me fallarías.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Ahora que lo pienso, ¿qué tendría que perdonarte? Ese accidente cualquiera lo podría haber tenido y... yo no quiero que mi amor hacia ti te ponga barreras con el mundo. Si lo sentiste así, yo tendría que pedirte perdón.

—No, no. Yo no tengo nada que perdonarte, supongo que soy el menos indicado. ¿Cómo podrías disculparte después del tamaño concierto que presenciamos?

—Es cierto —dice recuperando su efusión de siempre—. ¡Diablos, *saumensch!* Tú sí que tienes la manera de ponerlo todo en su lugar.

—Así que ¿podemos hacer que nada pasó después del concierto?

—Después del concierto, si tú me preguntarás qué pasó, te diría que solo llovió y llegamos aquí.

—Esa voz me agrada.

Salvé la situación por apenas un segundo en el que supe usar la nostalgia como un ancla para no perdernos en el enojo. En cierta forma, siento que nuestros corazones en aquel molino volaron por los aires y expusieron su fuego. Siento que abrieron sus alas sin tener por primera vez en cuenta al mundo y que les gustó respirar el mismo aire que nosotros sin ningún atisbo de pena ni cobardía.

Pero en meses después sabría que un pequeño descuido podía poner a la deriva a quienes se habían creído invencibles en su vuelo.

De modo que la única manera de reafirmar nuestra reconciliación es tomar una ducha juntos. Con lo que había extrañado esos momentos: tenerlo tan cerca, sin ninguna protección ni de él ni mía que escondiera nuestros escalofríos y nuestra facilidad de sonrojarnos. Nos frotamos la piel como si hubiera caído una lluvia ácida después del concierto. El sonido del agua de la tina es tan especial que deseo guardarlo para siempre en los ecos de mi memoria; la manera en que la esponja pasa por su cuerpo —un santuario ya de por sí sagrado— dejando estelas de gloria y luz, en los ecos de mi propia piel.

En cierto sentido, apagamos nuestras furias internas con ese baño. Le doy

la oportunidad de que se desahogue sin pensar en los daños que pudiera infringirme, pero insiste en que fue una reacción instintiva romper a correr tras enterarse de aquella presencia. Le pregunto si no hay más motivos que pudieran hacer un abismo entre nosotros, pero dice que no; que es ese miedo a que alguien rompa su futuro lo que le aterra en una medida incomprensible.

—Después de esa escultura, nos fugamos de aquí —asegura—. Después de ello tomamos el primer tren que pase por aquí y nos fugamos a un país libre donde nadie nos conozca. Hasta nos podemos ir a vivir a una montaña, sin interrupciones para ninguno.

—Pero ¿y mis tulipanes?

—Los podrías vender, con terrenos incluidos. Mi padre tiene contactos a quienes les puedan interesar.

—Suenan descabellado, Mihkel, pero definitivamente tentador.

Sin embargo, la sola idea de abandonar una actividad que he llevado a cabo toda la vida me produce nostalgia por anticipado.

—Son solo planes en caso de emergencia —exclama rompiendo mi ensoñación—. No tenemos que hacerlo ya.

—Claro, te entiendo. ¡Suenan magnífico, a decir verdad!

—Entonces, trato hecho.

Después de todo, ¿qué podría salir mal? Irnos lejos de aquí sería lo más sano para ambos, sobre todo porque en esta ciudad no hay ningún atisbo de paz ni de evolución. Siempre son los mismos trabajos miserables y degradantes que no nos dejan salir de lo mismo. Las mismas fábricas con exhalaciones de muerte que procesan el mismo trigo de siglos atrás atándolos a una mortal rutina. Y las mismas leyes que tratan a la libertad como una cosa que nadie merece, salvo los dioses. Estamos tan apartados de lo que realmente significa vivir que da miedo estar aquí.

—Trato hecho —digo con convicción.

—Pero dílo como si no doliera —expresa con tono de broma. Rompe la tensión del agua, lanzándome chorros.

—Lo único que duele es que no me estés besando ahora mismo.

Años después, cuando la soledad es nada más la excusa para abrazar el sufrimiento sin que duela tanto, recuerdo lo pesaban esos días en los que decir frases como “estarás bien” o “esto ya pasará” eran la única forma que teníamos para evitar la recurrente fatalidad.

Debí haberlo inferido en aquella cena. Mamá ya había puesto la mesa y la comida refulgía con la misma gracia de siempre. Rezamos como lo

indicaba la rutina. Pero cuando empezaron los bocados, lo supe. Mamá había olvidado la sal; eso que no hacía ni por asomo en comidas anteriores. Y algo más; había cortado a duras penas los vegetales, en nada parecidos a los cortes tan geométricos que hacía antes. Debí haberlo entendido, pero me negué: lo que hubiera hecho cualquier hijo con solo una madre a su lado.

De ahí siguieron más imprecisiones que me alertaron y me dejaron sin dormir por días que hasta ahora soy incapaz de contar. Recuerdo aquel silencio tan demoledor que se hizo entre los tres cuando Mihkel volvió de su trabajo habitual y te preguntó cómo te había ido en el día, a lo que tú respondiste:

—¿Quién eres?

Y de ahí todo se volvió citas y más citas con el doctor de la ciudad. Pero nunca nos supo decir un nombre, una enfermedad, una cura, nada. Fui incapaz de siquiera pensarlo, pensar que te estabas yendo despacio, mamá. Justo porque en esa etapa de mi vida esa era la manera en que la vida se me estaba yendo de las manos: despacio, sin avisar. La sentía hecha fragmentos frente a mis ojos sin la capacidad de frenar su desmoronamiento. Pasaban frente a mí todas las pérdidas y yo estaba tan petrificado por el horror que no hice nada por sobreponerme.

Sin embargo, hasta ahora —cuando la esperanza es la única que ha hecho todo por salvarme—, recupero esos recuerdos y acuden a mí los momentos en que luché por ser un salvador en medio de las tragedias de nuestras vidas y, de repente, las fuerzas ya no me son tan ajenas.

Recuerdo esas noches en que la enfermedad te hacía olvidar dónde estaba tu cama y apenas llegabas al sofá. Cómo yo acomodaba tu frágil cuerpo para que pudieras descansar en ese espacio nocturno que nos servía a ambos de tregua y de escape para todo lo que se nos venía encima. Era nuestra única alternativa para creernos ilesos, completos, con todavía luz en nuestras entrañas.

Recuerdo cómo un día mi dolor era tan fuerte que incluso yo olvidé dónde estaba mi cama y me quedé ahí contigo, llorando, con las lágrimas resbalando con una intensidad tan demoledora e imparable como nunca lo habían hecho en mi existencia. Me arrodillé, tratando de pedirte perdón por si llegaba a atentar contra tu memoria con mis actos, por todo el tiempo perdido que se habían llevado esos días en que estaba perdido en mi dolor y no me daba cuenta de que tú también llevabas una batalla a cuestas. Abracé mi dolor abrazándote a ti y le pedí en mi imploración a Dios que no te

llevara tan pronto de mí porque significaría mi exterminio.

En aquella compasión pedida a gritos acepté lo que me llevó tanto tiempo asimilar: que estaba hecho de los momentos con las personas que amé. Y, en ese sentido, en esa circunstancia, que todos se me fueran de las manos me mataba en vida. Las memorias se me agolpaban no para hacerme recordar, sino para dolerme en lo más hondo. No había tregua alguna que pudiera firmar.

Quería sentirlo todo para que dejara de pesar y, también, dejar de sentir por un momento toda la carga que despedirme significaba. ¿No era ya una lenta muerte el hecho de que todo se escapara sin poder traerlo de vuelta?

¿Qué otra forma de morir podría desear?

No supe qué hacer ni adónde iba el amor que tuvimos y perdimos.

38

*Solo nosotros sabíamos cómo quemábamos
cómo el agua se hacía vapor con nuestro toque
y cómo el viento
nos arrancaba la ropa cuando encontrábamos nuestros ojos.
Supimos hacer tanto con el frío
que el invierno solo duraba segundos.
Supimos de tentaciones
de invenciones
de excusas
y canciones
para no dejar que nuestro amor muriera
y lo logramos;
ningún rencor pudo ponernos punto y final
porque solo nosotros sabíamos
que nuestra historia no estaba escrita
para terminarse
—nosotros inventamos el lenguaje que nadie podía descifrar—.
Así que andábamos libres por el mundo
que tenía cerrojos por doquier
sin importarnos ni quién ni cuándo
asestaría un golpe de gracia.
Parecía que nuestra armadura podía resistirlo todo,
que aquel fuego entre nosotros
cegaba esas miradas de rabia...
En cierta medida, hacíamos de este mundo un mundo mejor:
las heridas dejaban de sangrar
al llenarlas de amor.
Y esos silencios que podían enloquecer a cualquier cuerdo
se trasladaban a nuestros labios
—con esos besos desbocados
que trazaban a kilómetros
estelas de compasión
en cuerpos que en la distancia tiritaban—.
También nos inventamos nuevos cuerpos
¿recuerdas?*

*Uno para el invierno
otro para el verano
otro para las afueras
otro para la intimidad.*

*Para todo teníamos una alternativa:
éramos los mejores estrategas
en un campo en guerra
que nunca dejamos de pisar.*

Dormir con él con el respiro del mar en nuestros cuerpos es una sensación que nunca olvidaré. Sabes de antemano que no vendrá ninguna pesadilla con esa tranquilidad que los dos fundamos y resguardamos. Noto su pecho, tan sólido y vibrante con cada respiro; sus brazos, colmados de fuerza y sus ojos cerrados, tan llenos de calma invitando al sueño más reparador del mundo. Mi deseo, entonces, cobra más fuerza: estar en cada noche con él y cada día y cada segundo hasta que el mismo mundo deje de girar.

Estamos tan juntos que parece que formaremos una constelación a futuro con nuestra silueta en la penumbra: costillas contra costillas, manos contra manos, brazos contra brazos, pecho contra pecho.

Te amo, digo en el silencio sepulcral de la noche. Él sigue en su ensoñación, pero quiero creer que lo siente al compás de mi compasión dicha a gritos desde mi forma de verlo. Estamos en silencio, por supuesto, pero palabras como esas son las que tengo ganas de lanzar al viento y por todos los acantilados que encuentre porque es tanto el sentimiento que no quiero guardármelo solo para mí. Lo murmulo apenas, porque el silencio es nuestro único aliado, pero mis entrañas convulsionan como si hubiese roto mis pulmones. *Te amo*, digo ahora contra la palma de su mano y el calor es su respuesta, su forma de decirme *Yo también*. No me doy cuenta hasta que cierro los ojos que he estado llorando. Llorando de amor. ¿Qué tan ilógico puede ser eso? Surge como un llanto apasionado, lleno de vehemencia e imploración para que siempre se quede conmigo. No es un llanto que me desgarrar, sino que me temple la sangre, las iras y las nostalgias. Me cuenta en una sola lágrima todas las oraciones devotas que podría decirle en ese mismo momento y para toda la vida.

Siento que me dice ese *Yo también te amo*, pero mis ojos ya han abrazado la oscuridad cayendo rendidos en un sueño cerrado a cal y canto.

En la mañana los rayos de sol prolongan esa ensoñación de la que ninguno de los dos desea despedirse. *Hemos encontrado la calma después de esa tormenta*. Nada nos puede poner freno; ni las intrigas ni las intrusiones. Tenemos el verano en nuestras venas para no dejar que nuestro amor se muera de frío. Clamamos al viento las súplicas para no dejarnos ir con él. Somos un anhelo constante porque ninguno de los dos quiere ser un simple recuerdo.

—¿Has dormido bien? —me pregunta.

—Como nunca —respondo—. No recuerdo nada de lo que soñé, pero de lo que sí estoy seguro es de la paz con la que descansé a tu lado.

—¿De veras? ¿No sientes que ronco demasiado?

—¿Lo dices en broma? —sonrío—. Para nada, eres como un ángel. Irradias calor y protección. Por eso te llamas así, ¿verdad?

—Lo dudo. Pero si tú lo dices, te creo.

—No son muy religiosos en tu familia, ¿verdad?

—No, no lo creo. Solo se acuerdan de la religión cuando es una fecha especial, ¿lo puedes creer? Me refiero a que no la llevan a cabo como tú y tu mamá, en cada segundo.

—Te entiendo.

—Yo no me creo esos anhelos de superioridad que tiene mi familia, An. Ellos se creen emperadores, mientras que yo solo quiero ser lo más humano posible estando aquí, en esta vida breve. Contigo, por supuesto. Tú me has ayudado a entender tantas cosas, por eso eres más que mi novio; eres mi compañero.

—Es la primera vez que escucho esa palabra. La de *novios*. Hasta suena extraña.

—Pues acostúmbrate, porque una vez que llevemos a cabo nuestro plan no habrá vuelta atrás.

—La forma en que lo dices destila tanto cariño. No lo sé, pero aún no logro asimilar cómo fue que hemos llegado hasta aquí, ni cómo me he ganado tu cariño; un cariño que se me sale a raudales por cada poro de mi piel.

—¿Por qué tienes que hablar tan bonito? —exclama—. El alemán es una lengua tan áspera que nunca he notado el cariño de las palabras. Contigo todo es distinto, ¿sabes? Hasta las palabras, así que si quieres un indicio de por qué te elegí es por eso: porque desprendes la confianza, la entrega y el amor sin meditarlo antes. Entregas todo a manos llenas, Anton Skotenberg. Y lo digo solo por mencionar una razón, una entre miles que me hacen arriesgar un mundo por nosotros, para que sigamos así.

El crepúsculo es un durazno gigante que se va desprendiendo del cielo poco a poco, derritiéndose entre las montañas. El sol nos da en la cara, despojándonos de todo temor; nos hace libres. El pasto se ondea en suaves movimientos de esmeralda con el olor de las azucenas. Es tan pacífico el silencio que creemos estar en medio del mar. Pero estamos en las faldas de unas montañas anónimas que nos apartan de los demás. Somos peregrinos buscando en las zonas desconocidas un refugio para poder reposar de las

miradas de furia.

—Hay un montón de lugares que muero por enseñarte. Lugares que sin ti no tendrían ningún sentido, pero que contigo a mi lado tienen una magia nacida para los dos.

—¿Y por dónde vamos a empezar?

—Es sorpresa. Pero te darás cuenta inmediatamente cuando estemos cerca.

—Vaya que te gusta el misterio.

—Sí, pero solo cuando estás tú; me da miedo cuando viene de algo o de alguien más.

—Pues ya que lo dices... ¿Te gustaría ver en algún momento lo que he construido aquí?

—Sí, ¿por qué no? —digo con la mayor efusión posible.

—No lo sé. Temo que mi arte sea confuso o incluso feo.

—Por Dios, Mihkel, tú y esas palabras no van juntas en una misma oración.

Sonríe con ánimo.

—Todo lo que tú haces es mágico, de eso no tengas dudas jamás.

—Vale, te lo prometo.

Recuerdo cómo me había expresado sus ganas de escapar de esa sociedad tan materialista y abrasiva, cómo solo tenía ganas de disfrutar de su humanidad lo más que pudiera, sin mayor pretensión. De que por más indestructible que quiera parecer, siempre tendrá sus propios temores que quizá no me diga para seguir manteniendo su talante con la entereza de siempre.

—Ya casi llegamos —le digo para calmar las ansias. Muero porque lleguemos. Es un lugar tan íntimo que la sola idea me hierva la piel—. A ti que te gusta nadar tanto te encantará.

La niebla empieza a verse desde donde estamos. Damos la vuelta por un recodo de la montaña y ahí están los pozos de aguas termales que asoman como grandes fauces de lobos en plena ebullición. Mihkel desborda sorpresa y emoción. Nos desnudamos con velocidad para ponernos nuestros trajes de baño y el viento del crepúsculo nos eriza la piel. La visión que tengo de la suya es estremecedora: toda clara, inmaculada, llena de lunares como estrellas tiene el cielo.

—¿Puedo?

—Claro que puedes.

Es un pequeño arrebató, pero le deslizo el short tocando su piel con levedad. Mis dedos se hacen líquidos, exultantes. Nunca me había sentido tan

evaporado como ahora.

—¿Estás listo?

—Sí, estoy listo.

Nos aferramos a nuestros cuerpos para dar el clavado y zambullirnos en el círculo que hay debajo. La niebla nos abraza, haciendo que el impacto al romper con el agua sea mínimo. Temblamos con goce por el calor que sube por nuestros cuerpos, un calor que se desprende de nuestra piel, del agua y del sol del atardecer. Somos una convulsión entrelazada de calor.

Seguimos abrazados: yo con mis brazos cruzados por su cuello y colgando de su espalda, él con sus manos asiéndome por la cintura con una inocencia tan cristalina que sacude. Puedo sentir el latido desbocado de sus venas proclamando ser el dueño de mi sangre y el latido sin freno de las mías inundando su territorio. *El territorio más exquisito del mundo.*

—Eres mi hogar. —Mi voz es apenas es un murmullo, pero me escucha.

—Tú eres mi mundo, que viene a ser lo mismo. Un mundo del que no querré mudarme nunca.

Lo beso. El beso inicia con una calma inusitada, con unas ansias de explorar sus lugares más íntimos dentro de su boca, su alma, su cuerpo. Luego, el furor se apodera de nosotros; crecemos con el calor del agua y nos sublimamos tan intensamente que desconocemos cielo, tierra e infierno. Poso mis labios sobre su cuello probando la temperatura de sus latidos y me quemo e insisto en mi intento de descifrar cuál es mi parte favorita de estar así, frente a frente y sin ningún secreto. La furia de los labios de Mihkel también tiene un hambre sin igual; no encuentro ningún antecedente así en nuestro historial. Está desbocándose sobre mi piel, como si tuviera la urgencia de contarme cómo va a acabar el mundo, como si tuviera un millón de revelaciones que cruzan por su mente. Sus besos tan avasalladores no conocen el final ni el respiro; toma mi cuerpo como si se tratara de una rosa. Y si fuera así estaría en lo correcto: mi cuerpo ha olvidado la gravedad. Ha olvidado que tengo un tórax, fémures, un corazón bravío... Mihkel ha colonizado cada poro que mi cuerpo pueda ser capaz de contener. Y como tal lo reclama. Mis manos se exasperan de tanto placer que escalan por su barbilla y luego por su pecho. Baján por sus axilas hasta a su espalda mientras gimo una canción desconocida de garganta a garganta. Hago acopio de todas las fuerzas presentes en mi levedad y lo acerco más, hasta lo imposible, contra mi abdomen y mi pecho. Nuestros corazones amenazan con salir. Podemos escuchar su ruido contra las cavidades que lo contienen. Pero no nos desconcentramos. Mis manos siguen

jalándolo hacia mí, como si las cálidas corrientes se lo fueran a llevar. Él responde a mis impulsos de no dejarlo ir atrayendo con cada beso mi cara a su cara y mi calor hacia su calor, bullendo al compás de los mismos volcanes. Han nacido estrellas dentro de nosotros, con todo y sus furias, sus rutas y sus brillos. Han nacido para no morir. *Nuestros besos no se pueden gastar*. Sus gemidos son rudos, en mi éxtasis lo puedo notar, pero aun así derraman ternura; está sorprendido por las explosiones que podemos generar estando así, inseparables por el tiempo. No nos damos cuenta de nada porque nos fundimos de pies a cabeza; estamos en un mismo ser, uno que se construye a base de pasión y fuego.

Me siento sublimado como el hielo que se escurre por las montañas tras la llegada del sol. No hay nada sujetándome a la tierra y si lo hay no lo siento. Lo único que palpo es incorpóreo, inmaterial; el vapor saliéndonos de los poros como si fuésemos dos varas de incienso, las llamaradas de calor emergiendo de un cuerpo a otro y la candidez del anhelo de volver a estar así de nuevo.

Al momento de desprendernos del agua que reptaba por nuestros cuerpos me doy cuenta que el proceso es un ritual. Me seca con la toalla bajando por mis hombros con un cuidado desmedido. ¿Se querrá grabar cada centímetro de mi piel? Así parece. Me envuelve por completo con su calor y el calor de la tela. Cuando baja por mis caderas me estremezco, aunque no haya ninguna desnudez de por medio. Es la idea de que no le agrada mi apariencia lo aterrador, aunque su mirada de goce tierno diga todo lo contrario.

—Así debería sentirse Miguel Ángel al contemplar a su David.

Sé a qué hace alusión. Invoco la imagen de aquella escultura perfecta y me despierta la más tierna reacción. Hace un nudo con los extremos de la toalla para que no tenga ninguna *parte vulnerable* al descubierto. *Hay una muralla de fuego cubriéndonos del mundo exterior a nosotros*.

—Pues qué narcisista ese Miguel Ángel —artículo al fin.

—No; qué sublime ese David.

Si tuviera la gracilidad que tiene él de mostrarse al mundo tal cuál es y de moverse como si se hubiera aprendido los pasos de toda una coreografía de la vida. Pero no, yo aún estoy descubriendo cuáles son los tonos de mi voz para no levantar sospechas, calculo el ruido de mi cuerpo al pasar para que ninguna otra alma me vea con ojos de rabia, apenas sé cómo son las fuerzas que gobiernan los mecanismos de la Tierra. Mihkel ya sabe eso por defecto; dice que la culpa es de su *espíritu alemán*. Pero yo creo que ha nacido afortunado,

con una gracia que escapa de nuestra comprensión.

—¿Estás bien? —Lo pregunta por la forma en que lo observo: es una mirada más allá de la más pura contemplación. Lo inspecciono de pies a cabeza en un intento vano de ponerle un nombre, unas palabras, a lo que despierta en mí con esas líneas de sus pectorales y su abdomen donde podría pasar horas con mis dedos danzando en una trayectoria perdida. Las mismas gotas reniegan irse de su piel, dejar ese espacio tan acogedor por el alumbrar de sus lunares.

—¿Quién estaría bien viéndote así?

—¿Tú no lo estás, joven Skotenberg?

Sucumbo.

—Quizá si vieras dentro de mí, no solo este cuerpo que tiritita ante tu encanto, te daría terror esa luz que nace a tu causa.

Los ojos se le inundan de gratitud.

Vaya que no se ha dado cuenta de su encanto.

40

Tu encanto

*lo decías como quien da un soplo
durante el último verano de la tierra
como quien nada
en sus recuerdos*

*más gratos y rescata la última esperanza
que lo mantiene a flote.*

*Retratas mi encanto
y a mí con ello; con todo lo que significa el acto
de alabar a alguien
abriéndote el corazón en plena tormenta.*

*Lo dices y
son las palabras de un salvador
que da su calor y los rescoldos de su cuerpo
a quien más le teme a la oscuridad.*

*Si el mundo viera con tus ojos
ya no daría tanto miedo*

*me refiero
a sus espejos
sus furias
su velocidad*

*su propio desencanto
sus ganas de abolirte una vida auestas
sus miradas despiadadas ante el menor indicio de humanidad
si el mundo viera con tus ojos*

*se acabarían
la inmundicia
las catástrofes
las guerras
la soledad
las ganas de huir
los exilios
las atrocidades*

*si el mundo viera con tus ojos
me quedaría pasmado*

*en una avenida hasta guardar tu mirada en mis puños
volcaría el cielo
—te daría las estrellas—
para que ese calor me acompañara a casa.
Si el mundo viera con tus ojos
ya no habría necesidad de mapas.
Habría constelaciones sobre el pavimento
océanos en las nubes
cuentos en las almohadas
historias de amor en los cines
y compañías en las madrugadas.
Si el mundo viera con tus ojos dejaría de ser mundo
para ser una utopía
una ciudad anhelada sin nombre y sin fronteras
a la que acuden todas las ganas de soñar.*

En los seis días siguientes Mihkel se la pasa dándole vueltas a su último proyecto. Anonadado por su pasión le digo que es cosa de nada, que ya lo tiene todo por ganado si sigue con ese entusiasmo desmedido. Tiene el impulso extático de los artistas en las venas, lo puedo notar. La forma en que se le enredan las palabras cuando cuenta sus planes, cómo pone sus trazos en el papel cual poseo ante la fugacidad de las ideas, la manera en que su vista se pierde soñando despierto en su próximo paso y hasta los murmullos de sus manos en la noche cuando imagina estar moldeando la piedra.

Durante esos seis días de su ausencia acudí de nuevo a la biblioteca. Ya sin ánimos de autoflagelarme con esos testimonios de miseria y odio, de veneno y crueldad, me inundó una revelación. Me di cuenta de lo importante que pueden ser las palabras guardadas entre pliegos y más pliegos de papel. La compañía que esas letras refugiadas en la celulosa pueden brindar al alma más solitaria; letras que una mente en la distancia plasmó en su sueño de llegar un día a acobijar al ser menos pensado. Acudieron a mi recuerdo todos esos días en que pude quitarme las furias y los delirios de mis entrañas por la pérdida de mi padre y me perdí en el propio anhelo de Telémaco por el suyo, en una historia elaborada eones atrás pero que ahora me abrazaba con sus versos y con esa especie de nostalgia y revolución que solo generan las historias cuya esencia se palpa en los huesos al apropiarla. Pensé en quienes podían tener las mismas obsesiones por una compañía así de sincera y avasalladora y en los tomos olvidados o desgastados por la inclemencia de las situaciones (la humedad en Estonia era mortal), así que me ofrecí al Señor Brooks a ayudarlo en la recuperación de los libros más gastados. Así que en esas tardes me la pasé entre el olor a pegamento, el olor a pergaminos antiquísimos, entre los residuos de las hojas al lijarlas contra la luz del crepúsculo y el satisfactorio sonido de pastas contra pastas al dejar caer los libros con su nueva piel.

El Señor Brooks se ofreció a pagarme por esos libros, pero al recordar ese sueño casi hecho realidad al creer encontrar las pistas de mi padre, me negué rotundamente; podría hacer esto hasta el fin de los tiempos con tal de que esas palabras encontraran un dueño algún día y el oficio de tener fe fuera menos extraño.

—Adivina qué —le digo a un Mihk que apenas puede con sus párpados

pesados.

—Ay, no. Otra de tus adivinanzas imposibles no. Soy pésimo.

—Mañana —pronuncio con un tono misterioso— es el baile anual de las máscaras.

—Oh, ¡el baile!

—No me digas que lo habías olvidado.

—No, al contrario. Había contado los días.

—Sonará alarmante, pero aún no asimilo la idea de que por fin vayamos a romper esa burbuja que nos separa de... la realidad.

¿Por qué yo mismo me refería a *la realidad* de esa manera? ¿Acaso había un mundo con sus propias reglas inventando una realidad y un sueño a su medida? Vaya, por supuesto que esta historia de amor la sentía como un sueño desenvolviéndose con una gracia mágica, pero resultaba aplastante tener que despedirnos de nuestro espacio para entrar a uno ajeno, con unas reglas tan asfixiantes y retorcidas imposibles de creer humanas.

—Nada nos separa de la realidad, Anton. Somos reales, este amor es real; lo más real que existe, *saumensch*. Que ellos no lo quieran ver así es su problema. Nosotros no dejaremos de existir por darles la razón. Que lo sigan negando, pero nosotros no.

—Qué bueno eso de no negarnos porque justamente el Señor Brooks me habló de un lugar secreto dentro de las bodegas de la celebración.

El anual-y-acartonado-baile-de-las-máscaras es una celebración llevada a cabo desde que yo tengo memoria. Es un ritual del pueblo para celebrar la fertilidad de la tierra, de los campos de trigo y de los viñedos, en específico. La danza inaugural la dan los bailarines especializados bajando por un camino llamado La Serpenteante, precisamente, por descender desde una colina en una curvada y sinuosa trayectoria. Desde donde estamos, la danza es un espectáculo visual al ritmo de los tambores y de la pirotecnia. Grandes girándulas se abren en el cielo agujerando a las estrellas y haciendo surcos como espectros con siluetas doradas.

Seguimos a la procesión sin unirnos al baile. Si alguien nos identificara en ese festejo con el cariño que desprendemos siempre, nos condenarían ahí mismo, sin dudarlo. Por eso nuestros dedos apenas se rozan cuando las miradas se apartan en un punto perdido del cielo. Apenas podemos sentir el calor que late en nuestras venas —su forma de despejar ese hielo que la indiferencia del mundo pone entre nosotros—.

Casi sin darnos cuenta hemos llegado al Castillo de Mon, una fortificación

iluminada por centenares de antorchas. La luz que arrojan ilumina los antifaces de los asistentes, desde el carmín más despampanante al azul más eléctrico. Hay mesas de proporciones colosales con aperitivos de las cosechas que se han venido recogiendo y entre el vino y el champaña todos se rinden a esos placeres mundanos.

Me distraigo tan torpemente que entre la multitud ya he perdido a Mihkel. ¿Cómo demonios le hago para encontrarlo ahora? Ya me imagino preguntándoles a todos los asistentes si han visto a mi acompañante —al alemán más testarudo en todos los confines terrestres—. Camino sin rumbo fijo, evitando un par de miradas que se asombran de mi soledad.

—¡Te encontré! —grita suavemente sobre mi nuca. Mi sobresalto es colosal. Está latiéndome el corazón a mil por hora.

—¡Me has dado un susto de muerte, Mihk! Escúchame. —Le relato cómo llegaremos al lugar prometido. Le detallo que iremos en dirección a los baños, cada quien por su parte y entonces daremos con el recodo que me había dicho el bibliotecario. Él asiente. Ha comprendido el plan.

—Te veo ahí —me dice, con brasas en lugar de ojos.

Corro por los pasillos, con aquella libertad juvenil que despierta las estrellas en el firmamento. Dejo la puerta entreabierta contando los segundos con una precisión escalofriante. Hasta que por fin llega, con su gloria de siempre destellando a la par que su sonrisa.

—¿Bailamos?

El pequeño calabozo está enteramente iluminado por las antorchas. Hay una pequeña ventana por donde se dejan asomar la luna y las estrellas barridas por las nubes. Es tan acogedor que sería un insulto decirle *no*. Él lleva el ritmo de la música a mi cuerpo —el ritmo de aquellas notas tenuemente audibles a pesar del grosor de los muros de piedra— y nos despojamos del peso de las presencias y de las horas. Nadie nos puede arrebatarnos esta libertad tan nuestra. Estamos bailando, dos chicos, con el verano borboteando en los labios y el vapor termal en la piel. Incluso podríamos inventar nuestra música con tal de movernos como locos, riéndonos sin cesar de cómo hemos burlado a este mundo tan opresor.

—¿Quieres saber a qué sabe el champaña?

Lo sabía por la forma en que daba pequeños tropiezos. Había bebido más de una sola copa.

—¿Cómo has traído una botella contigo?

—No solo una botella.

Y me besa. Me besa con esa intensidad desbocada y ese contacto con mi lengua para hacerme saber con exactitud el sabor de manzanas bañadas por el sol y el sabor de la voluntad de quienes se despojan de todo temor para ver cumplidas sus promesas antes de que el mundo sea un saco de cenizas.

*Este es el poema de dos chicos que amaban mucho
 hasta el punto de olvidar los terrores del mundo
 hasta el punto de apagar el fulgor de las estrellas.
 Juntos eran tanta fantasía que el suelo que pisaban
 se deshacía en un desfile de nubes y centellas
 sus palmas unidas podían detener el curso del viento
 y cuando sus labios se tocaban
 todo
 el
 jodido
 mundo
 se partía
 en millones de astillas de luz.
 ¿Qué es el amor sino sentir el poder de controlar
 lo que se escapa de la propia comprensión?
 Nosotros teníamos el sabor de mil veranos
 en la piel,
 el de las noches
 en el rostro
 y el del sol
 en cada amanecer nublado
 que auguraba la peor de las nostalgias.
 Después de todo éramos dos chicos que amaban mucho
 sin pensar en las consecuencias
 —podíamos sentirlo todo menos eso—
 éramos el apogeo de un poeta que encuentra en sus versos
 el sentido de la humanidad
 —pero nosotros con cada beso de por medio—.
 Cubríamos las cicatrices con cariño, ¿recuerdas?
 como aquella noche de besos de champaña
 y bailes sin canción
 cuando la alegría de tenernos era más fuerte
 que el estruendo del mundo
 —inventábamos y vivíamos de esa felicidad—
 y ese artificio podría salvar al más desahuciado del mundo.*

*Bebimos estrellas
cielos dorados
y días cálidos
sin que nada nos oprimiera las entrañas
—nos forjamos la libertad—
estábamos tan fuera de la realidad
sin soñar
sin escapar
solo abriéndonos espacio en ambos cuerpos.
¿Qué podría ser más sublime que dos chicos que amaban mucho?*

Mihkel está durmiendo *demasiado profundo* como para darse cuenta de que debió de habernos visto una horda de humanos mientras reposábamos en medio de aquella habitación sin ninguna pena. Mis labios siguen teniendo el sabor a champaña fresca por lo que bebí y a rosas silvestres por lo que besé. Mis piernas tienen esa pesadez como si hubiera corrido kilómetros, aunque, por lo poco que recuerdo y antes de la nublazón de juicio, lo que bailamos tuvo una duración extenuante. Nunca en mis cinco sentidos hubiese atisbado siquiera la idea de bailar, pero estaba *él*, una botella de por medio y las ganas reprimidas de gritarle al mundo nuestro amor.

—Ya despiértate —murmullo moviéndolo—. Tenemos que irnos de aquí.

—¿Ha venido alguien?

—No precisamente. Me refiero a que no por ahora, pero quién sabe si antes...

—No te alarmes. Sus gritos de escándalo nos hubieran despertado, así que no lo creo. Además, no estábamos haciendo nada malo. Solo éramos dos chicos demasiado tomados, ¿no?

—Esa palabra suena deshonrosa.

—¿O sea que no lo disfrutaste?

—Por supuesto, Mihkel, pero fue muy... inesperado y un poco loco e impulsivo. Se suponía que yo debí de mantenerte sobrio hasta llegar a casa. Tu atracción por la bebida se me hace *peligrosa*.

Él ríe por todo lo alto.

—¿Te has escuchado? Para nada, *saumensch*. Solo sé disfrutar las fiestas al máximo. Además, punto número uno: era champaña. Y punto número dos: llevaba sin probar una sola gota desde aquellas vacaciones.

—Si tú lo dices. Ahora date prisa que no tardan en revisar el lugar.

Nos desperezamos lo más rápido posible. Quitamos la paja de nuestra ropa y nos encaminamos a la calzada de piedra para descender de la montaña. Por la luz filtrada de la habitación pensé que era más tarde, pero el sol apenas es un círculo rojo que se va alzando.

—Ahora que lo pienso, la champaña estuvo deliciosa, Mihk. Por eso mereces que te muestre otro lugar.

—Vaya que eres un estuche de monerías, An. ¿Ya te decidiste a estudiar turismo? —exclama con sarcasmo. Si así estuviéramos de solos siempre, todo sería distinto. No ocultaríamos ninguna caricia como anoche en el baile, que

sentía y pensaba que nuestro amor algún día se vería contaminado por ese temor. La idea me sigue dando escalofríos.

—Ahora que lo mencionas, no estaría nada mal. Pero te has olvidado de una cosa Mihkel, una pequeñita pero con el poder de cambiarlo todo. ¿No habías escuchado que una vez que naces en Estonia te quedas en Estonia? Es prácticamente imposible salir de aquí sin un permiso gubernamental que lleva años, incluso décadas.

—¿Estás bromeando, verdad?

El tono lúgubre de las montañas se traspasa a su rostro.

—Para mi desgracia, no, cariño. Cuando regreses a tu país yo solo tendré la dicha de tus recuerdos y de tus visitas.

—An, ¿no recuerdas nuestro juramento? Juramos que no seríamos un recuerdo, que duraríamos para siempre, juntos.

—Nunca recordé este detalle, Mihkel. Tampoco que quizá eso degradaría *lo nuestro*.

Mis palabras apenas se arrastran. Siento en el pecho ese latir apagado de un corazón que se niega a sentir las últimas palabras de una historia.

—Nos merecemos un amor que no se esconda, Anton. Eso no lo podremos conseguir aquí.

—Te entiendo como siempre negué entenderlo. Entender que estaría siempre limitado por mi condición y, ahora, por esto, ahora que te encontré. Lo siento, pero es todo lo que me puedo permitir ofrecerte.

—Tranquilo —dice, deteniéndome las lágrimas—. Habrá una forma de hacer ese proceso, para ti y para tu mamá Ophelia. Escaparemos de aquí si es necesario, pero eso de decirte adiós o de tenerte en la distancia me aniquila con tan solo imaginarlo. En aquel breve tiempo casi enloquecía de no ser por el alcohol. Nadie ni nada puede arrebatarnos el uno del otro. Recuérdalo siempre.

Sus palabras se sienten como la magia de la lluvia sobre un campo yermo. Guardan tanta tranquilidad que me olvido un momento de ese tormento. No puedo contener el llanto, sin embargo.

—Mi alma se siente desprendida con tan solo pensar que seas recuerdo. No te quiero *evocar*; te quiero *tener*. Hasta que el mundo se detenga, Mihkel. Después de cada noche, de cada tormenta, de cada vendaval, te quiero tener a mi lado, en mis labios, en mi cuerpo, en todos los espacios de mi ser que te puedan contener.

El velo de la cascada parece extraído de un paraíso al que se le olvidó

tenerla en su sitio. Se desprende de una montaña que no cabe en nuestro campo visual. Nos deslizamos por los torrentes de agua apenas traspasados por el amanecer. Y el espectáculo que hay dentro es ensordecedor por tanta belleza.

—¡Luciérnagas! —grita Mihkel como si fuera la primera vez que las visualiza en su vida.

Las criaturas emiten su propia luz engendrada en los pequeños corpúsculos de sus cuerpos.

—Son asombrosas.

Vemos todo el telar que hacen con su brillo y disposición contra la pared de la cueva mientras deglutamos bocadillos de la noche de ayer.

—A veces pienso que la belleza del mundo es tan vasta e increíble que los humanos no la merecemos.

—¿Por qué lo dices? —pregunto. La piña del pastelillo se me hace etérea.

—No lo sé. A veces los humanos nos llevamos sin pensar tantos bienes del mundo por nuestros afanes que dudo incluso que tengamos corazón e intelecto. Ya sabes la historia de donde vengo. Pero no todo es malo; hallar a las personas que te hacen ver con otros ojos el mundo y sus dimensiones es lo que hace más llevadera la existencia, como tú. Con tus tulipanes, tu amor por todo lo natural y tus lugares tan majestuosos me diste un respiro para ver mi alrededor de otra manera. Mi asombro se siente distinto, mi capacidad por agradecer estos momentos es infinita.

Me encojo de ternura.

—Es como si después de la implosión de amor que despertaste en mí me hubiera dado cuenta de lo que estaba escondido muy dentro, Mihkel. Gracias por hacérmelo saber.

No tenía ni una ligera sospecha de que yo le hubiera despertado esa nueva manera de ver el mundo en él. Lo di por sentado cuando supe que era artista; que él vería más belleza que yo y con más sentido y más calidad. Pero me sigue diciendo que no; que su mundo era vano, materialista y opaco. Hasta que llegó a mí a llenar sus pulmones con un nuevo aire.

—Los que esculpimos siempre estamos en busca o, bueno, al menos yo, de nuevas sensaciones que podamos transmitir con nuestros materiales. Al descubrir la silueta de tu cuerpo, An, me cambiaste incluso la manera de ver el arte.

Atrae mi rostro hacia el suyo sujetándome con ternura de la barbilla. Cuando cierro los ojos para recibir el resplandor de ese beso —ese estallido que por dentro me deja totalmente cegado— la luz de las luciérnagas me llena

los párpados y la intensidad se desborda sin que le pueda poner freno. Las cosquillas reptan por mi cuello y ya no quiero saber nada del mundo ni de lo que venga después.

Lo que en un principio parecía un día lleno de sol de pronto se transforma en un día de borrasca. Sobre las montañas asoman nubes negras que escupen cuervos y espinas.

—¿Estás bien? ¿No sientes demasiado frío?

—Estoy bien —respondo, dejando que el poco calor del día o el leve viento seque un poco de la humedad de mi cuerpo—. Ya casi llegamos a casa.

La atmósfera tormentosa se acrecienta con cada paso. Dentro de mi intuición noto que algo muy doloroso está a punto de desencadenarse. Algo de mi pasado está a punto de emerger a mi presente, a este presente en un inicio tan idílico.

—¿Quién es él?

Desde esta distancia no puedo adivinar a quién corresponde la silueta de ese hombre apostillado a las afueras de mi casa. Tiene un cayado en una mano y una escopeta de cazador en la otra. Caminamos tan deprisa que en un segundo ya estamos frente a frente.

—¿Qué tendrían que estar haciendo ustedes dos juntos? —dice con un tono severo cargado de carroña y veneno—. *Par de maricas.*

El silencio es perpetuo. Aparto a Mihkel con una mano en caso de que se acrecienta el peligro.

—Pero ese no es el tema por el momento. El tema es que he venido con el único propósito de concretar el traspaso de estas tierras que por derecho me pertenecen y me fueron arrancadas tiempo atrás.

—No lo conocemos, creo que se está equivocando.

—Soy Ambrose.

Su nombre me revuelca las entrañas.

—El que estuvo detrás de aquella artimaña en la subasta.

—Veo que te han hablado muy bien de mí. Fue una nimia advertencia para que te dieras cuenta a qué te enfrentabas y a qué te enfrentarás si no devuelves lo que es mío.

—A usted no le debemos nada. Ni siquiera conocía su existencia.

—Pues en ese caso, a Ophelia se le da muy bien esconder los secretos. Y al cobarde de tu padre, desaparecer.

—No tiene ningún derecho a hablar así de ninguno de los dos.

—Quizá a lo que sí tengo derecho es a darte una pequeña advertencia y así

no te distraigas en ese trámite.

Sé a lo que se refiere incluso antes de que se disponga a disparar. Apunta a Mihkel con su arma y estalla el caos. El cielo se rompe dejando caer cascadas y cascadas de lluvia con sabor a ceniza. El mundo mismo estalla en el llanto más ensordecedor. La tierra se parte y se convulsiona.

El impulso de mi cuerpo actúa en una inercia que solo los corazones envueltos en llamas conocemos. Me interpongo entre él y el disparo sin tener idea siquiera del peligro, ni de lo más fatal que pudiera ocurrir. Solo sé que pondría mil y un veces más mi vida de por medio para salvar a quien me salvó. Solo sé que la oscuridad me envuelve de súbito y que la lluvia incesante no es capaz de apagar el incendio voraz de mi cuerpo rendido en un manto de sueño perpetuo.

44

*Solo un segundo bastó
para tener la seguridad tatuada en mi pecho
de que te elegiría como un alma en pena
por la inclemente eternidad.
Podrían pasar los años
y las guerras
y yo seguiría soñando contigo
como si fueras el único humano capaz de dar amor
el único capaz de serenar los odios y los tormentos de un mundo.
¿Te había dicho lo suficiente que tu solo toque
hacía nacer las flores?
El verano latía en tus venas
tu pecho
tus pasos
tus sueños
tus halagos
y quien quisiera tener un paraguas ante la tormenta
solo necesitaba tenerte cerca.
Yo podría tomar tu pureza como un escudo
para caminar en la oscuridad
—sería mi única brújula—
y vencer las borrascas de un ayer
que nunca supo ser mañana.
Podría poner tu nombre en los labios
de la humanidad
y sería el modo más eficaz de hallar la paz.
Podría darte todos mis días
pero jamás compensaría el hecho de tu templanza
de que te quedaste a mi lado a pesar
de mi alma huidiza
ni esas llamaradas
que supieron quemar los reproches que a ambos nos ardían.
No habrá forma de pagarte,
ni con el nacimiento de tantas estrellas,
ni con el hecho de que el destino quería hacerme una*

*en un cielo que me reclamaba
con la insistencia de una condena
negada por dos amantes.*

La única realidad que dejan mis días es un limbo sin principio ni final en el que solo repican recuerdos inventados y palabras nunca dichas arrojadas a la niebla. Hubo un día en que parecía que hablaba con papá, quien me daba uno de sus tantos amuletos para la buena suerte.

—Yo siempre te querré —decía su espejismo—. No importa quién nos aparte.

Y enseguida venía un largo silencio surgido de la nada. Estaba desvanecido y yo navegaba en esa especie de cárcel cuyas barreras no podía romper ni atravesar. No había nada a qué sujetarme. Salvo cuando vino el aura de Mihkel.

—Cuánto daría por estar en tu lugar —decía—. No tenías por qué hacerlo.

Era tan insustancial mi presencia que no encontraba las palabras. Quise tenerlo cerca pero se me deshacían los brazos. Ni el temor podía apropiarse debido a esa falta de materia que me embargaba. Era solo un sueño, pero no lo sabía.

—Ha sido solo un raspón de puro milagro —dice el médico—. Por lo pronto dejaremos que se le pase la fiebre, pero por mientras está fuera de peligro.

—¿Está seguro, doctor? —Esa, sin duda, es la voz de mamá.

—Sí, por supuesto. Solo fue la conmoción. El peligro ha pasado.

—Si hace falta algo, Señora Ophelia, no lo dude; puedo hacer hasta lo imposible por llevarlo al mejor hospital de Alemania.

—Hay que confiar en Dios para que eso no pase, pero muchas gracias, hijo.

Así pasaron las horas. Un eterno interludio que me desquiciaba sin desquiciarme. Sentía todo y no sentía nada porque se me arrebatában las visiones. Poco a poco la luz se fue colando y la niebla se disipó. Abrí los ojos y ahí estaba.

Ahí está Mihk, con sus ojos desbordando gruesas lágrimas como si se me hubiera ido la vida.

—Qué bonitos ojos tienes —prorrumpo con una voz seca y cansada.

—Tonto —contesta él. Por la pátina de las lágrimas sus ojos han adquirido un azul de mar picado—. Nos has dado un susto de muerte.

—Si no me equivoco por lo que dijo el doctor, estaré bien, ¿no es así?

—Estás en lo cierto, pero no puedes ir así por la vida como si tuvieras un chaleco antibalas para todo.

—Lo tendré en cuenta —prometo.

—*Saumensch*.

Me toma el puño y lo besa. El calor de sus labios me embriaga. Puedo respirar por fin en calma teniéndolo cerca.

—Avisaré a tu mamá que ya has despertado.

—Aquí estaré.

Ríe ante mi tonta broma. En un par de segundos mamá ya está dentro de la habitación besándome la frente con un ímpetu de años.

—Estás bien. Estás aquí.

—Eso de irme con tus legiones de ángeles aún no está en mis planes, mamá.

—Nunca cambiarás.

Tras unos cuantos minutos Mihkel es quien se queda conmigo.

—Por favor, haz todo lo posible por mantenerme despierto. No quiero soñar con *eso* jamás.

—No lo harás porque aquí estaré, ángel.

—Pero si te vas lo entenderé.

Hago todo el énfasis posible en la palabra *vas*. La impregno de todo el dolor que ese acto pueda significar en caso de que así lo decida. No merece el peligro que significa mi presencia en su vida, sea como sea esa historia que casi nos aparta por la eternidad.

—Le diré al doctor que te revise mejor la cabeza, porque si piensas que te dejaré hoy o cualquier día es que estás irremediablemente mal.

Después viene el médico a darnos las indicaciones de reposo para que vuelva a la normalidad. Seguiré al pie de la letra cada indicación con tal de lograr que esta pesadilla quede lo más enterrada en el pasado posible.

—Todo es mi culpa —dice mamá de regreso a casa—. Si te lo hubiera contado antes, nada de esto hubiera ocurrido. Esa sombra del pasado regresó con la convicción de destruirnos a su paso, pero no lo va a lograr, así sea lo último que haga. Yo me encargaré de aquí en adelante, corazón.

—¿A qué le tenías miedo, mamá? ¿Por qué te lo guardaste?

—Porque la verdad, An, es que esa verdad pudo haber sido más mortal para ti y para la paz que habíamos conseguido en aquel entonces. Nunca imaginé que el monstruo emergería con esa furia, pero lo hizo. Quizá ha llegado el momento de que duela de una vez en lugar de apresarlo en los

rencores de mi pasado, pero no quiero prolongar más tu sufrimiento, hijo.

—Mamá, lo podré soportar.

Estaba equivocado. Como siempre. Estaba muy equivocado. Uno no sabe cuánto dolor puede soportar hasta que el dolor se hace real y se desborda en forma, por ejemplo, de despedidas que jamás debieron ocurrir.

46

*Estaban las convulsiones de tus revelaciones
y el amor flotando con esa gracia muda de quien no sabe
cómo moverse
porque es un espasmo sicario
una antigraedad
un cielo empujando tus costillas
centenares de cascadas
moviendo tus pasos.
De repente nuestro mundo estalló
y no supimos interpretar los colores
—los medíamos
invertíamos
y volcábamos en nuestros besos;
eso era para nosotros descifrarlos—.
Nos quedamos en la confusión
—¿esto es la vida? Decíamos—
Sí, esta es la vida:
tú y yo
me decías
yo te creía
con lo que a veces costaba creer
en una tierra llamada Estonia
con olor a pólvora
y condena en cada rincón
donde no estabas.
Miraba el cielo
con el deseo repetido
—jamás gastado—
de guardarte en las contenciones de mi cuerpo
donde nadie pudiera dañarte.
Y entonces me olvidé de mí,
de que yo podía arrancarte los suspiros
dejándote sin aire
para toda la eternidad
mientras gritabas mi nombre*

sin yo poder escucharte.

La primera noche en casa la paso entre espasmos y malos sueños. Las palabras que aviento al aire me son desconocidas; son una letanía que inicia y termina con Mihkel, eso es lo único seguro.

—*No te vayas.*

—*Estoy aquí. Tienes un poco de fiebre. Sé cómo arreglarlo.*

Me tomas entre tus brazos como quien toma un tulipán en medio del vendaval. Noto cómo me llevas a la tina —ese testigo de todo lo que hervimos teniéndonos cerca— y el ensueño se hace más grande. Es catastrófico sin el lado negativo del término. Me zambullo lentamente, dejando que la furia de mi cuerpo abandone esos confines y me concedan la energía para abrir los ojos y agradecerle. En su lugar, cae una densa niebla entre nosotros; un sueño espectral.

—*Estoy aquí. Lo estoy ahora y lo estaré siempre.*

Estás a un lado. A pesar de la firmeza que tiene mi cuerpo me sujetas como si fuera a irme a un mar abierto. Recorres con sutileza la continuidad del agua. Tú templas más mi piel que ella. Pueden pasar un millón de madrugadas en mi ensoñación y seguirías aquí. Lo he sabido siempre.

Tus dedos trepan mi piel y se sienten como el verano dando de pleno contra mi desnudez. Como aquella vez en las aguas termales. ¿Seguro que no te robaste su calor? Mi boca se mueve y pienso que te lo digo todo cuando solo son balbuceos. Duermo entre el agua y ya no sé qué sigue después.

—Después te sequé como en aquella vez, solo que con mucho más cuidado y te vigilé toda la noche para que la fiebre no volviera. Te portaste muy bien, por cierto.

—¿Cómo habría forma de portarme mal?

—No lo sé, pequeño rebelde, quizá gritando por enésima vez que me quedara después de decirte enésimas veces que sí.

—¿En serio yo dije eso?

—Sí, bueno, sin gritar, pero prácticamente querías hacerlo. Aún te aterra que me vaya, ¿cierto?

—No, ya no. Tú me lo dijiste con esa certeza que esperaba sin esperar. Así me lo dijiste todo.

—Pues me alegra que las cosas hayan quedado claras, *Saumensch*.

—¿De casualidad has puesto un ojo en mamá?

—Sí, claro. La Señora Ophelia está muy bien preparando empanadas y

otros postres como si tuviera cien brazos como los hecatónquiros esos que aparecen en tus libros.

—No me digas que los has leído.

—Sí, te leía para hacerte dormir. Solo que no te acuerdas, lo cual es entendible.

—Oh, ni me digas. Moriría por escucharte leerme en mis cinco sentidos.

—No lo digas así porque me sonrojo.

—*Moriría por escucharte leerme en mis cinco sentidos. Moriría por escucharte leerme en mis cinco sentidos. Moriría por escucharte leerme en mis cinco sentidos.*

—No tienes remedio.

Sus mejillas se encienden. Su rostro es el rostro más níveo sobre la faz de la tierra; se podría librar una guerra por tener el privilegio de tocarla y así se acabaría el mundo.

—Y ya que tocas ese tema de los libros, te he traído varios.

Me los muestra con una desmedida tentación. Me ha traído a Dante, a Dickens, a Woolf, a Joyce, a Verlaine y a Shakespeare.

—Harás que delire más por las noches.

—Mientras delires sobre mí no hay ningún problema.

Diecisiete días después ya no quedan vestigios de dolor ni de pesadillas. Mi hombro ha sanado prodigiosamente. Y los días de primavera parecen haber sanado también a mi compás. Los tulipanes se mecen al viento como si se alegraran de verme, lo cual puede sonar a una tierna despedida. Mamá aún no me ha contado la historia completa de esa devastación pasada. ¿Y si todo está conectado? La venganza de esa alma en pena, la partida de papá y el eterno silencio de mi madre.

—¿Hay un sitio para mí?

Estoy sentado al borde de un pequeño promontorio cuya vista da a los campos de tulipanes. Por un segundo pienso que esa voz es la de Mihkel, pero no; es la de Finnick. Esa voz que parece darle filo a las palabras, con una seducción de quien lleva siglos en ese arte.

—Claro.

Claro, ya que hablamos de despedidas, aprovecharé para dártela a ti.

—Escuché lo que pasó y quería cerciorarme de tu sanidad. Lo siento mucho, pero me alegro de tu recuperación.

—Gracias, Finnick. ¿Tú cómo has estado?

—Bien. Extrañándote, por supuesto.

—Finnick, me temo que seguirás lidiando con eso, porque yo le he entregado mi corazón a alguien más. Incluso antes de conocerte yo estaba enamorado de él.

—Oh.

Es todo lo que exclama. Aun así su compostura es admirable. Ni se inmuta. ¿Quién no quisiera tener esa entereza ante las revelaciones de esa magnitud?

—Solo que él no quería contárselo a nadie por miedo al escándalo. Ya sabes cómo es aquí, ¿no?

—Vale, por eso te lo guardaste.

—Sí, y lo sigo haciendo. Solo mi madre sabe de quién se trata.

—Pues qué afortunado ha de ser sea quien sea. Debe ser ese garlopo del molino, ¿no?...

—Por favor, Fin, no empieces.

—Yo no he podido olvidar lo que desencadenó aquel encuentro, Anton. Y si tú sí, vengo a recordártelo.

Quizá ignora que mi fuerza está recuperada en su totalidad, así que lo aparto, sorprendiéndolo.

—No hace falta.

Ese *No hace falta* lo digo con una intensidad que podría sonar a *Si quieres seguir viviendo apártate de mí*.

—Dime que lo olvidaste al segundo y te dejaré en paz.

—Lo olvidé en el pleno acto, Finnick. Te deseo suerte con alguien más, pero conmigo no. Jamás.

—Va. Si así lo quieres.

—¿Acaso me diste una opción? —digo tratando de no exasperarme—. A la fuerza no suceden estas cosas, Fin. No puedes imponerte algo que no sientes ni sentirás.

—¿Qué es lo que sientes por mí después de todo? ¿Lástima?

—Conmiseración, aprecio; pero eso desaparecerá con tu insistencia en transformarlo en algo más.

—Juro que no te entiendo.

Sea cual sea su intento de remediarlo o de prolongar su acechanza, no lo logrará.

—Adiós, Fin.

—An, ¡déjame...!

Pero entonces la presencia de Mihkel pone en pausa la despedida. Su presencia abre un abismo en medio de esa montaña, como si naciera de mi

pecho por su cercanía tan latente y oscura.

—¿Qué haces aquí?

Sus palabras convierten a Fin en papel y lo desgajan, lo queman, lo desvanecen.

—Que te lo diga él —escupe con la severidad de las mentiras. Trato de recuperar el centro de mi equilibrio cuando alza algo en el aire. Un pendiente. Es el collar de madera que siempre llevaba conmigo, salvo que ahora está en su cuello.

—¿Cómo demonios lo conseguiste? —grito rompiendo esas contenciones de mi exasperación.

—Vaya, ahora no lo recuerdas. Fue cuando te entregaste a mí en su ausencia.

Recuerdo aquella furia con la que me atrajo hacia su cuerpo en aquel beso arrebatado, poseso de toda la sinrazón y con el deseo de hacerme parte de él y de su historia perdida. Fue entonces cuando lo arrancó en esa confusión en la que mi cuerpo se desmoronaba de vergüenza y fuego. Desde entonces ha estado con él.

—Mihkel, por favor no lo creas. Ese collar lo tiene desde que... —*Dilo*, gritan las voces en mi interior—. Desde que intentó propasarse. *Conmigo*.

Mis palabras hienden el aire. Me arrebatan la capacidad de respirar, de sopesar la gravedad bajo mis pies. La atmósfera está tan cargada de dolor del lado de Finnick y de decepción del lado de Mihkel que quiero escapar.

—¿Qué te hizo ese infeliz?

—Digamos que esa es su forma de llamarle ahora a lo que hicimos.

En ese momento Mihkel ya no es Mihkel, ese ser de compasión y cariño, sino una bestia; su puño va directo al rostro de Finnick, y el peso de su cuerpo y la rabia.

—*Por favor, deténganse*.

El sonido de mi voz se pierde en esa confrontación. Los aparto, pero el toque de su piel contra la mía quema. Son dos polos opuestos en una lucha de rencor y estruendo.

—Anton nunca haría eso que has dicho. Ahora trágate tus palabras y vete lo más lejos que puedas, cobarde.

La sangre sobre las montañas, toda es de Finnick. Mihk sostiene el collar con sus puños salpicados y sus venas exaltadas. Estoy tan aterrado. No hay manera de que esto sea un sueño: está pasando. El tacto frío es la prueba.

—Guárdense estas palabras: ustedes dos, la pagarán.

El eco queda grabado en mi mente. Podría haberlo dicho sin la sangre escurriéndole de los labios y aun así sonaría como la venganza prometida de un espectro de antaño consumido por las llamas.

Es en la madrugada cuando nuestro silencio se rompe. Vivir así es tan demoledor que las horas ni se sienten horas: se sienten como una cárcel.

—Tú no le creíste en ningún segundo, ¿verdad?

—Ni en un segundo ni en ninguna vida después de esta. Yo siempre creeré en ti, Anton Skotenberg.

Recuerdo cómo los sentimientos que guardaba hacia él en aquel primer despertar del amor se arremolinaron en una tormenta de rencor cuando lo vi con Altair en el Café. Claro, nunca nos habíamos hablado ni asomaba esa posibilidad de estar juntos, pero desconfiar de ese afecto escondido, ahora se siente como una leve traición.

—Yo siempre te amé incluso antes de encontrarte. Siempre soñaba con ese afecto correspondido que ahora tú me das, con esas ganas de hacerle resquicios al tiempo y escondernos en ellos. Me aterraba que nunca fuera a encontrar todos esos sueños, que pasaran los años y las soledades, pero en cuanto cruzaste por esa puerta lo supe. Supe que eras mi sueño cumplido y que nada que te lastimara estaría de ahí en adelante en mis actos. Desde un principio así te quise conservar, Mihkel. Aunque se me desgastara la esperanza, pero nunca le he faltado a esa promesa. Ni en la más alta locura de tu ausencia porque sé que nada podría llegar a ocupar tu rastro.

Nada salvo nosotros yéndonos despacio ahí a donde van a parar los sueños rotos que no tienen cabida ni en el tiempo ni en el espacio y que aguardan a que el destino humano haga nacer otra época que sí tenga la clemencia y los brazos abiertos para el amor. En el fondo lo sabíamos y lo negábamos porque en nuestra cabeza lo estábamos haciendo bien, pero era una versión utópica de lo que nos gustaría vivir y no de lo que estábamos viviendo. Era un mundo con nuestras propias invenciones y el mundo de afuera con una maldad que ni en un millón de años podríamos imaginar. Estábamos dentro y fuera del mundo al mismo tiempo, con unas ganas desmedidas de llamarle de otra forma a las circunstancias y de fugarnos a donde no se sintiera esa opresión maldita. ¿Lo logramos después de todo? No lo sé, después de tanto vacío me lo sigo preguntando. Para mí bastaron los instantes, pero no sé si tú los pudiste hacer infinitos una vez que el monstruo llegó.

48

*Siempre había estado intrigado
por sentir en mi cuerpo
el material del que están hechas las estrellas
y por eso te elegí a ti
con esa sonrisa de cometa
que siempre asomaba ante la menor provocación.
No brillabas; esplendías.
Y si me quedaba con alguien por la eternidad
tenía que ser así: infinito en sus detalles más nobles.
Fuiste el deseo de todos mis veranos
al conocerte conocí la certeza de la serenidad
en ese latir tan leve y peligroso
que dan las marchas en acción de los sueños;
nadie pudo despertarme
—estar en esa ensoñación significaba la guerra ganada con el hastío—
ni con la circunstancia
ni con el peligro
porque cuando me envolvía tu mirada
sabía por dentro el dictamen de mi alma:
no hay equivocación.
Amarte fue mi salvación
desde que tú viste arte en las ruinas naciendo de mis manos
desde que tú viste galerías llenas de color
donde yo veía ventanas vacías
y desde que tú con tu mirada en la mía
me dabas la respuesta:
el amor estaba ahí
solo hacía falta encenderlo.
Y si encenderlo nos devoraba las entrañas
lo sentiríamos tan clemente
como una fogata junto al río
que devuelve el calor al peregrino que nunca dejó de buscar.
Incluso ya encontrándote te busqué en cada mirada;
tu mirada en la mía
era igual a ver por un caleidoscopio*

*donde el color nunca terminaba,
esculqué en cada palabra
y todas clamaban “no me dejes ir”
como si cupieras en mi mano
con la gracia de una estrella inconsciente de su brillo al latir.*

¿Sabría el destino con todo ese amor que ambos sentimos que separarnos significaba dividir al mundo en dos y tirar las mitades por un abismo errante? Y si había forma de hacérselo saber, ¿cuántas lágrimas bastarían para dejárselo en claro? ¿O cuántos gritos rompiendo el mutismo de las montañas? Eran tantas preguntas que nacían tras el deseo de mantener a raya la idea de que solo era un sueño y el despertar sería aniquilador que las noches ya no eran noches sino largas horas de confesión. Quería tener a Mihkel por la eternidad sin la necesidad de hacerlo más ensueño de lo que ya era porque la realidad podría reclamarlo y convertirlo en algo más sustancial; en dolor, por ejemplo.

Los días siguientes se convirtieron en paseos en bicicleta y escapadas a las montañas, en días de lagos cálidos y miradas que desvestían. Aquel asalto a la calma pronto se perdió en mi memoria, pero cada que el temor remitía se sentía el fuego en mi estómago tan asfixiante que me doblaba en exasperación. Era la persecución de un fantasma a cada paso que daba, una presencia en todos lados tan acechante que empequeñecía el rastro más mínimo de felicidad.

—¿Sabes una cosa? Ya casi termino la escultura de la que te hablé.

—La has mantenido tan en secreto que ya he imaginado cientos de prospectos. Incluso creo que no está ni en este país.

—Oh, qué chico tan más conspiranoico tenemos aquí —dice él.

Cosa que no estará muy alejada de la realidad cuando te vayas de aquí. Me reprimo las ganas de decírselo tal cual, pero no puedo. No puedo ser tan egoísta como para plantearle cambiar los rumbos de su futuro. Eso solo lo puede definir él y lo que sienta por nuestra relación.

—¿Pasa algo? —repite al notar mi silencio. El frescor del lago propaga escalofríos por mi cuerpo.

—No, nada. Solo que... Estoy muy contento porque ya por fin tengas terminado eso por lo que tanto has trabajado. Seguro en Alemania o en cualquier otro país que elijas te deparará lo mejor.

—Pero no tienes que decirlo como si estuviéramos en un funeral.

—Oh, lo siento. ¿Realmente soné así?

—Sí, pero más trágico. Ya te dije que no pasará nada que le ponga fin a lo nuestro. No es tan grave como parece.

—Es que para ti las cosas nunca tienen gravedad, Mihkel.

—¿Es un reclamo?

—No, al revés. —Muero por decirle cuán alto es mi deseo por tener la serenidad que siempre conserva en su semblante. Puede estarse consumiendo el mundo en llamas y él estaría prometiendo el mejor de los panoramas—. Ojalá algún día pueda poner en palabras la seguridad que me das con esa forma que tienes de alumbrarme el destino.

—Ya sabes que cualquier segundo que me sigas concediendo para ese efecto seguirá contando como un privilegio.

En este momento la anatomía se siente amenazada porque todos los órganos de mi cuerpo entran en una revolución con sus palabras. Sus cejas de enarcan, sus ojos utilizan un voltaje asesino con ese azul de aguamarina y sus labios hacen la magia de ubicar las palabras y acariciarlas y dejárselas al viento para que sucumban en mis entrañas. Esto es más de lo que esperé. No es un sueño; es una elevación, como si en mi vida pasada hubiera sentido un dolor tan grande que ahora es recompensado con él. Y aun así se sentiría pequeña esa analogía cuando lo veo sonreír.

—¿Has notado cómo la palabra *destino* pierde su severidad cuando la dices tú?

—Según mis juicios, yo diría que en tus labios tiene más ligereza, An.

Debí haberme quedado con esos halagos que tú me dabas con el afán de hacerme saber esas cosas que yo mismo desconocía de mi naturaleza. Pero no. La magia de esos momentos me hacía desvanecer con todo y declaraciones. Era mi extraña manía de hacer que todo lo bonito en mi vida fuera un sueño que nunca pedí y que ni merecía. Mi manía de hacerlo sentir todo una ensoñación, una pieza perdida de uno de esos libros que alguien más imaginó, de ver una aventura inesperada donde había carne y hueso y palabras reales. No es que no lo creyera, es que me excedía y no lo podía creer real —que alguien me amara con esa fuerza tuya, Mihkel, era un paraíso prometido y yo, un simple mortal ignorante de la propia fuerza del amor—. Así que por mucho que deseara quedarme con el poder de tus palabras me quedaba con la fantasía y me perdía.

—Es esto. Esto en lo que he trabajado este tiempo.

Estoy ensimismado por la belleza y lo sublime del espectáculo. Estamos en el monte Eï, en medio de la nada, rodeados por la luz platina de la luna y el ruido de los pastizales con el rumor del viento de fondo. Su escultura es colosal. Grandes lápidas de piedra gris asoman de las entrañas de la tierra y van hasta lo alto, casi acariciando las estrellas. Lo maravilloso es que parece

que se sostienen de la nada, con un hechizo milenario o con el conjuro mismo de los eones. Los rayos de la luna al impactar con esos rectángulos enormes hacen un tapiz en el suelo de constelaciones con formas de brazos delgados y lágrimas de cíclopes. Juro que esas proyecciones son abismos en la hierba debajo de nuestros pies. Al pisar el firme suelo la magia de la situación se intensifica.

—¿Puedo... *pasar*? —digo tomándolo de la mano.

—Claro que *podemos*, no hay ningún monstruo dentro.

Es entonces cuando me doy cuenta. Las enormes rocas en forma de lápidas hacen un círculo enorme donde los rayos lunares nos atraviesan de principio a fin.

—¿Te he dicho que tu belleza en la noche es aun más sublime? Claro, aunque no suene posible, pero lo es.

—No, nunca me lo habías dicho.

—Esto que tú mismo construiste es... arrebatador. Un santuario, sin exagerar.

—Lo hice pensando en esa noche donde te conté los secretos de las constelaciones. ¿Recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo! Todas las noches me llevo ese calor a la almohada. Todas y cada una de las noches.

—Voltea —lo dice tomándome de la barbilla para girar mi vista a lo alto. La techumbre que une todas las columnas tiene agujeros lo suficientemente grandes como para visualizar los puntos brillantes del cielo, como piedras con un brillo cegador.

—Vaya que has pensado en todo.

—Si en ese *todo* estás tú, sí. He pensado en todo.

—¿Sabes qué? —Mi voz en este momento no puede temblar—. Existe un calor que aún no nos hemos dado, pero que estoy dispuesto a darte para que lo recuerdes siempre, incluso cuando más quieras olvidarme.

—¿Quién en su sano juicio querría olvidarte?

—*Calla*. A lo que me refiero es que... ¿Te acuerdas aquella vez cuando me dijiste *solo tienes que saber cómo pedirlo*? Pues ha llegado ese momento, Mihkel. Aquí, con la paz de la noche y las estrellas. *Te lo pido*.

El fuego en mi mirada se lo dice todo, hasta por dónde iniciar. Me desabotona la camisa despacio, como si quisiera confesarme algo con cada pausa. Mi piel se eriza. ¿Acaso hay otra reacción posible? En un abrir y cerrar de ojos me ha despojado hasta de la pena por recorrer su cuerpo. Se inclina

para iniciar el incendio en mis labios y ambos temblamos. No; vibramos. Es como si tuviera una decena de estrellas entra esas paredes carmines que ahora me arden en la piel. Hace un recorrido por mi cuello hasta mis clavículas y el temblor se intensifica. Lo nota y me arroja con un abrazo lleno de locura y de ansias.

—*Tu turno.*

Toda la bravura que le ha dejado su segundo idioma recae en esas palabras. Su voz se torna ronca, irremediablemente irresistible y ardiente. Mis manos obedecen a mi propia hambre de ver su piel con este claro lunar que ha nacido para los dos. Lo hago con una velocidad irreconocible, sin dejar de besarnos en ningún momento, sin dejar que nuestro fuego escape; al revés, se dispara en todas las direcciones posibles. Nos dejamos caer con lentitud. Mis brazos son dos meteoros impregnados de llamas con el toque de su piel, con el festival de su boca desbordándose sobre cada región que ahora deja de ser desconocida. Ahora nos despojamos hasta de ese secretismo.

Me coloca debajo de su cuerpo y sus ojos se llenan de ese reconocimiento que antes no tenían, como si viera una versión mejorada de mí en el sentido de tener acceso a todos mis temblores, secretos y deseos. No resistimos a esa furia que anhelan nuestros corazones. Es el momento, la luz y el ser adecuado para dejar que todas las barreras en mi interior se desmoronen para siempre. Entonces sucede eso que en ningún encuentro había sucedido, aguardando por las confesiones indicadas que nos delataran. Somos un solo cuerpo con el fulgor y la euforia necesarios para declarar una guerra, con la ternura brotando en lágrimas suficiente para hacerle saber al mundo cuánto cariño guardamos en el secreto y con la valentía de seguir viendo al destino a los ojos aunque tenga los ojos del mismo demonio. Somos un solo cuerpo que late desbocado naciendo en un mismo sentir —a pesar de que cada quien desea distinto; yo con el calor y Mihk con las manos—. Somos un solo cuerpo que ha dejado de doler para entregarse a la más pura promesa de únicamente arder en cariño, con esa paciencia de la ruta de los astros que transitan hasta colisionar y hundirse en el estallido. Porque eso es lo que hacemos ahora; estallamos. Todos nuestros temores se van a la nada y esas ganas de entregarnos son las que nos gravitan en el cuerpo hasta consumirnos en llamaradas y temblores y besos que abarcan mundos enteros. En cierta forma hemos hecho un caos de amor con una ferocidad tan connatural al Universo que en caso de arrancárnosla sería el final de los tiempos. Somos un solo cuerpo con las estrellas y el rumor del viento y todas las canciones que en nuestro estrabismo

acuden a nuestra cabeza compilando esa historia que nació en un otoño y morirá siendo verano. Somos una sola piel convulsionándose de calor con la caricia de un millón de pétalos. Somos una muralla que nos cerca a cada uno de las ganas de huir porque al final hemos encontrado el espacio donde ensamblan nuestras ansias de permanecer.

*Nos sublimamos.
Fuimos vapor de estrellas
una revolución de amor
dos rutas entrelazadas
dos promesas hechas realidad
en un solo cuerpo
que clamaba al cielo el deseo de soñar con los ojos abiertos.
Nos sublimamos
en medio del viento
con media Tierra volcada
sobre sí misma
que dejó de girar en nuestros labios
para hacerse paz.
Nos sublimamos
con cada poro de nuestra piel elevado a paraíso
con miradas que agradecían al destino
la hazaña de reunirnos
y hacernos realidad
con la gravedad
en nuestras palmas atrayendo el calor de mil veranos.
Nos sublimamos
con la gracia de ese tulipán que se queda con el color
para toda la vida
—no solo por un segundo—,
con la gracia del invierno
que sabe que hizo poesía en las montañas
—no solo recordar la soledad de dos cuerpos al vacío—.
Nos sublimamos olvidándonos de todas las palabras
éramos dos humanos inventando el lenguaje
con el que hablan las estrellas diciéndole al cielo
cuánto anhelan su territorio.
Así nos sublimamos.*

¿Cuánto tiempo tiene que pasar para dejar de sentir que mis pies han dejado la tierra? Me refiero a que desde ese momento hay un Anton sin huesos ni gravedad; un Anton flotando perdidamente por los confines del mundo recordando la fragancia, el arrebató, la pasión y la ternura. Puedo jurar que esas son las vértebras que ahora me sujetan: la calidez de la piel de Mihkel, mis dedos fundiéndose con el repaso por sus lunares bajo sus yemas. Me pregunto si toda la vida durará esa sensación de tener un acantilado sobre el que se vacía mi alma para estar en continua efervescencia, liderando un ejército de estrellas furiosas que estallan sin remedio.

¿Cómo puede ser que una persona sea tan milagrosamente real? Con la paradoja que encierra esa expresión es como defino a Mihk.

—Si te vas, lo entenderé —recuerdo haberle dicho con la voz quebrada.

—No, Anton. No hay posibilidad de que haga eso. Ni aunque esté esperándome el sueño de mi vida sopesaría el hecho de dejarte.

—Pero si has esperado por esto, si has venido por esto, yo no puedo detenerte. No ahora.

—Esperaré un poco más. La Universidad aún tiene que enviarme su veredicto y quizá las cosas cambien.

Con ese *quizá las cosas cambien* abarcaba la utopía de que el proceso de mi pasaporte se adelantara, cuando en realidad estaba en una larga lista de espera.

—Como tú lo desees.

—Yo siempre esperaré por ti, An. Me lo has demostrado en más de una ocasión. Me refiero a que cada segundo que pasa es una revelación de que nos tenemos que aferrar con más fuerza hasta el resto de nuestros días. Quizá ninguno de los dos ni ningún humano pueda asimilar lo que es encontrar esa magia en alguien. Ni yo mismo encuentro las palabras.

—Es que tú solo tienes palabras para hacerme estremecer.

—Eso me lo enseñaste tú.

Juro que a partir de ese día solo tenía un único deseo: poder tener el dominio del tiempo y el espacio para abrir un refugio donde él no sintiera el peligro, donde ambos pudiéramos soñar sin la preocupación de que alguien demoliera nuestros ánimos, donde el amor dejara de ser malentendido y empezara a ser sentido con compasión. Pasaba que Mihkel era el humano que me hizo amar lo que t0d0 ser humano es capaz de sentir, desde las emociones

sin sentido a los arrebatos más tontos. En cierto sentido me hizo amar mis propias torpezas y despertó esos encantos que yo desconocía. Para él dentro de mí no había sueños pequeños; todo yo era un jardín que él quería explorar sin miedo a lastimarse.

Después de varias mañanas la voz de mamá me despierta por sorpresa.

—Ha llegado una carta para ti.

—Por favor dime que no la has abierto.

—Qué va. ¿Y ahora por qué tan desconfiado?

Es solo que a mí nunca me llegan cartas, tengo ganas de decir. En su lugar trato de seguir con el secretismo y me hundo en las sábanas. No tengo la menor idea de quién pueda ser el remitente. Así que continúo en mi sueño profundo y la dejo descansar sobre el buró de madera.

Es hasta la merienda del atardecer cuando reparo en la carta olvidada. Mihkel y yo hemos ido a la huerta de los manzanos en su bicicleta amarilla, así que aprovecho su ducha para leerla. Es de quien menos esperaba.

Querido Anton:

Por favor, quema esta carta apenas la hayas leído. Nadie puede enterarse de lo que ha pasado, así que qué mala apenas tengas oportunidad. Pasó que le conté a papá lo que pasó o más bien quise que pasara entre nosotros y me dio una paliza de los mil demonios. Pensé que contándole me sentiría menos culpable por esa deshonra hacia tu persona, pero salió terriblemente mal. Ojalá puedas venir a visitarme pronto.

Con afecto,

Finnick.

Un solo pensamiento corre por mi mente. *¿Qué tanto le contaste sobre mí? Y, lo más importante, ¿eso que le contaste incluía a Mihkel?* Corro apresuradamente hacia la bicicleta de Mihk y los cerros se desvanecen a mi espalda. Tengo que estar seguro de que nuestro secreto sigue en las sombras.

—No parece que haya estado tan fatal esa *paliza* —digo con malicia. Suena a *merecías más*.

—Es porque apenas has leído esa carta, de seguro. Aquí el correo es malísimo.

—¿Tu papá es de esos cavernícolas educados y educadores a base de golpes?

—Sí, aunque suene severo, An —dice Fin. Su labio sigue partido en una fina argolla escarlata—. No me dejó ni terminar cuando yo ya estaba en el suelo pidiéndole a gritos que parara.

—No sabía que fuera tan drástico. En realidad nunca me hablaste de él.

—Te aseguro que ni ganas tenía. ¿Quién puede hablar de un monstruo así? A duras penas sigo con vida, así que considero eso como una segunda oportunidad. Y para empezar bien, quiero pedirte perdón, a ti y a Mihkel, por supuesto. Yo... nunca quise interferir de esa manera, pero estaba en una época de mi vida plagada de tanta soledad que no supe manejarlo y se salió todo de las manos.

—No hay problema si tu arrepentimiento es sincero, Finnick. No soy nadie para juzgar tu dolor.

—Gracias por entender.

—¿Te parece si brindamos para firmar esta paz?

—Está bien, ¿por qué no?

—En un momento traigo las copas.

Desde la última ocasión la casa luce diferente, como si hubiera estado en un desalojo continuo. Luce tan vacía que duele, como si estuvieran a punto de dejarla en el olvido.

—¿Saldrán de vacaciones? ¿Dónde está tu papá?

—No, solo que hicimos arreglos en los cuartos de arriba y movimos algunas cosas. Papá está de cacería, como de costumbre. ¿Te gusta la champaña?

En otras circunstancias hubiera sonreído encantado, pero no ahora.

—Sí, gracias. Aunque tengo un poco de prisa.

—No te puedes ir sin antes hacer este pequeño ritual, por favor. Es un último favor, ¿sí?

—Vale...

—Pero antes dime, ¿qué tanto le contaste de Mihkel?

—¿Qué tanto te preocupa?

—Me preocupa incluso más que tu confesión de lo *nuestro*. Aun y sabiendo lo que te hizo.

—Pues por eso no te tienes que preocupar en absoluto. Ya te lo dije; apenas y alcancé a contarle lo que te dije. Ni mencioné tu nombre. ¿Ya podemos brindar?

—Ya.

—Brindo por las segundas oportunidades.

Chocamos nuestras copas con la artificialidad más grande del mundo.

Y ahí estaba también el error más grande del mundo: mi confianza porque las personas pudieran cambiar. Dentro de mí sabía que esos

escalofríos estaban en lo cierto: el final se cernía sobre nosotros de la forma más despiadada que alguien se pudiera imaginar. En cierto sentido pudimos darnos el calor necesario antes de la despedida para recordar nuestros nombres en medio del fin del mundo que habíamos creado entre nosotros. Pero para los demás finales —lo sabíamos ambos—, no había fuerza divina que nos pudiera preparar.

Tomo de esa copa tratando de tener el frescor que me arrebató esa puesta de sol tan abrasadora.

—Ojalá tu papá recapacite pronto, Fin. No mereces esa furia tan despiadada. —Planeo irme lejos en cuanto pueda.

—¿A dónde irías?

—Sería capaz de navegar solo en el océano con tal de ya no tenerlo cerca. Es tanto mi desprecio que no me importan los medios.

Tal vez si no hubieras sido tan cutre te pudiéramos ayudar de otra forma.

—Lo siento, ¿dónde...?

Su semblante cambia porque sabe que lo ha logrado. Mis pensamientos se tropiezan y mis palabras no pueden salir de ninguna forma. Estoy atontado por el efecto de esa bebida. Su mirada va de la satisfacción más infernal al odio envenenado.

—Solo falta que venga nuestro invitado y ya estaremos todos reunidos. Así me obligaron a terminarlo.

El tiempo se ha cuajado. Es el atardecer más lento que he visto en la vida. Todo a mi alrededor se siente tan tenue que nada a lo que intento aferrarme tiene materia.

—Pero antes, debo reanudar aquello que estuvimos a punto de empezar en aquel molino.

Todo lo que hay en mi cuerpo es la piedra más firme del mundo. No puedo hacer el más leve movimiento ni el más leve sonido. Y aun así mi ropa mientras él la despoja se siente como una fiebre asesina. Aun así su lengua es el cuchillo más frío sobre la faz del universo. Ocurre una explosión en mi cerebro de palabras para detenerlo, pero ninguna logra salir. Entonces Mihkel entra por ese umbral y todo se desvanece.

—Nunca imaginé que pudieras ser capaz de hacerme esto.

Sus palabras hienden el aire y lo hieren. Mi mutismo solo prolonga el sufrimiento de su mirada.

—Así es como pediste a gritos encontrarnos —dice Finnick, con el veneno

saliendo a flote.

—Apártate de él ahora mismo.

Mihkel lo toma por la espalda desnuda y lo impacta contra la pared. Los estruendos ahora embargan mis sentidos, o lo poco que quedan de ellos. En realidad solo soy un saco de carne inerte. Ruego a Dios por el tiempo suficiente para que Mihkel pueda darse cuenta.

Me ha envenenado.

Me ha envenenado.

Me ha envenenado.

—¿An? ¡An!

Pone la ropa en su lugar y aun así soy inmune a su toque. Toda sensación ha desaparecido. Ni el calor de sus palabras logra traspasarme.

Pero entonces, el caos sucede. Una botella se desgrana contra su nuca y cae de lleno sobre la chimenea. Pasa lo suficientemente lento como para hundirme en el suplicio de no poderlo defender, de no poderlo llevar a ese lugar libre del peligro y del dolor.

—Yo se los dije. Les dije que esperaran por este día porque sería inolvidable para los dos.

Tiende mi cuerpo al lado de Mihkel. Una mancha roja se expande con lentitud sobre el suelo de madera. Cualquier venganza que haya planeado ha ido demasiado lejos. El rojo de su sangre me empapa la cara y sigo hundiéndome en ese abismo de dolor y rabia.

—¿Te digo dónde está papá? Está dormido. Lamento decirte que los acompañará al infierno.

Entonces todo cobra sentido, incluso el olor que había notado distinto. Finnick había rociado todas las habitaciones de gasolina porque su sonrisa macabra deja caer la cerilla y el fulgor del crepúsculo se traslada a los muros que comienzan a achicarse sobre nosotros con el final devastador en cada llama.

Así era el amor, pero esa faceta nunca la vimos. Así era el amor: capaz de destruir medio mundo con tal de hacer realidad una obsesión. Pero a nosotros nos hizo falta la malicia para ver en algo tan puro una imperfección. El mundo podía estar en llamas pero nosotros solo podríamos sentir el calor porque estábamos enamorados, en un verano tan ensoñador que nos arrebatava la vida a suspiros. Nunca podríamos ser capaces de ver siquiera un final, porque para nosotros los sueños solo eran capaces de cumplirse, no de hacernos añicos la ilusión. Pero pasó; pasó esa demolición

y el amor se sintió tan pequeño que cualquiera hubiera preferido irse. Irse como lo hicimos nosotros.

*No nos lastimó el amor.
Nos lastimó que el mundo no lo entendiera.
No fuimos libres de la rabia
que dejaban nuestros rastros
en los ojos ajenos
y eso nos condenó
pero no nos borró.
Nuestro amor siguió flotando en el aire
con cada paso en sentido opuesto
y ese aire salvó a nuestros pulmones
de no morir de frío
porque el mundo sin ti fue un glaciar perpetuo
que cobraba por cada aliento.
Lo que muero por decirte
es que nosotros construimos un puente
para siempre viajar del uno al otro
una continuación sucesiva
para nunca soltarnos
un fuego
tan eterno
que el mismo destino se siente
pequeño.
El amor que tuvimos y perdimos
se transformó
en una salvación en la distancia.
Espero haber estado a su altura
y tener ahora la fe para esperarte.*

Al despertar el único dolor que demanda ser sentido es la ausencia de Mihkel. No sé de explicaciones, ni de formas de escapar. Solo sé que se ha ido. Y esta vez lo más seguro es que no volverá.

La vida te ofrece siempre maneras de huir salvo cuando es una cuestión de amor. Lo supe porque mi realidad no es favorecedora. Mi cárcel no es esta, sino la de las palabras, en especial aquellas que no pude decir como despedida. No hubo un último adiós para quien significó el mundo entero para mí. Tal vez nunca lo habría.

La verdad es esta. Estoy acusado de atentar contra la vida de Mihkel — quien se encuentra hospitalizado, según lo que me permitieron saber—. Finnick lo planeó todo para que yo pareciera el culpable.

—Un testigo dijo que los había visto juntos. Y que en aquella pelea te quisiste vengar porque quiso propasarse contigo. Al menos como te encontraron esa es la verdad.

—Él jamás haría algo así.

—Entonces, ¿fue consensuado? En ese caso sabes la condena de esta nación.

La muerte para ambos.

Si alguien tenía que morir era yo; el único que lo había estropeado todo.

—¿Qué lo hace tan imposible de creer? ¿El hecho de que seamos *así*? ¿Todo tiene que recaer en eso? La única realidad que puede procesar esta ley es que Finnick fue quien intentó matarnos. Punto.

—Nadie creerá eso. Y si al final deciden creer esa versión, lo eximirán de toda culpa por el detalle de que estaría en todo su derecho de matarlos por esa mancha contra las buenas costumbres de Estonia. La pena máxima es la muerte, lo sabes bien.

—Lo sé demasiado bien.

—Aunque tu *compañero* está a salvo; él no es natural de aquí.

—Evitemos el rodeo. Por favor dígame cuándo será mi ejecución.

—No, Anton. Yo soy tu abogada. Mi misión es hacer hasta lo imposible por postergar esa fecha.

Las posibilidades se me escurrían. Hasta darle un fin a mi fatalidad se me hacía imposible.

Yo lo jodí todo. De principio a final.

—Está bien. Haga todo lo posible, pero una cosa sí le pido: mantener a

raya cualquier asunto que implique a Mihkel. Él tiene que salir lo más limpio que se pueda.

Le hablé de que toda su vida giraba prácticamente sobre su buena conducta. Y me hablé a mí también sobre la urgente necesidad de hacernos olvido. Lo vivimos. Lo perdimos. Podríamos sobrevivir en la distancia como perfectos desconocidos que una vez se amaron y para salvarse tuvieron que decir adiós para siempre.

—Puedo hacer que todo sea un malentendido. Un accidente venido a menos, pero las evidencias ya llegaron muy lejos: el juez tiene unas fotos muy claras de su idilio. El peso de la ley solo estará sobre ti, Anton Skotenberg.

—¿Tendré posibilidad de despedirme?

—Según la ley, solo puedes despedirte de un familiar. Incluso puedes tener una semana de convivencia hasta...

—Hasta el fin de mi vida.

—Gracias.

Pero después la vida me diría que no había nadie de quién despedirme.

Mi compañero de celda es un loco sin remedio. Quizá esa es su única alternativa para evadir tan cruel realidad: inventarse cada día una personalidad de su mundo real en el que una vez fue libre. Por días es un pintor llamado Van Gogh, al otro es el escritor de *La divina comedia*, al otro es un actor de cine mudo. Al décimo día fue cuando me dijo por qué lo hacía:

—Cualquier cosa para aliviar las penas de un joven que no merece este sufrimiento.

Me guardé su confesión en lo hondo del alma. Que fuera tan clemente como para darme ese aliento en una situación de tanta desesperación era lo más humano en el mundo.

—Solo hay un personaje que no ha interpretado y que deseo con todo el fervor posible; un humano que tenga el veneno para hacerme morir ahora mismo. Anhele morir.

Morir con un golpe instantáneo. Evitarme así la deshonra para mi madre y Mihkel y enterrar mi propia historia con el único acto deliberado entre esas paredes.

Fue con esa realización de mis ganas de morir con la que me partí en dolor. Se me dobló el cuerpo y solo me atreví a gritar, tan fuerte que los barrotes cedían ante la vibración de mis cuerdas; desgarraba el viento de fuera y juraba hacer vibrar las montañas con el dolor que ahora escapaba en forma de sonido. Enseguida mis mejillas hervían y la piel debajo de mis ojos

estallaba por el calor de las lágrimas que no dejaban de manar. Era como si el sufrimiento fuera un elemento de mi cuerpo sin el cual no podía seguir respirando. Lo tuve a un costado, en todas direcciones, latiéndome despiadadamente incluso en los sueños, en ese espacio en el que deseaba ahogarme. Aunque eso de ahogarme lo hacía en cada segundo sin darme cuenta: era un sobreviviente de mi propia desgracia. Todos los detalles que una vez habían despertado belleza ahora eran infinitamente lúgubres, incluidos los recuerdos.

—Tu mamá murió, An. Se fue olvidando poco a poco de vivir.

Florence, la cuidadora de mamá, fue la que me dio la noticia. La noticia de que aquella mujer de sonrisa amable y de brazos que salvaban días ya no existía en este mundo terrenal.

—¿Se acordó de mí en sus últimos momentos?

—Siempre le hablaba de usted, joven. Ella siempre sonreía ante la mención de su nombre.

Lo único que me mitigó las ganas de morir fue que la memoria no le fue suficiente para recordar esos días oscuros en que yo empecé a desaparecer de su vida. En que empecé a ser la pieza de una tragedia.

—Su madre hizo lo mejor por usted, de eso esté seguro.

Pero sus palabras no las podía asimilar. Estaba sordo al mundo. Solo existía una sensación con un lenguaje que podía al menos sentir todo el tiempo: el dolor. Un dolor tan extremo que, temía, sería capaz de arrancarme la cordura. Poco a poco mi vida se estaba desmoronando sin que yo pudiera acaparar ni un solo trozo de ella. Era un espectador silencioso de mi propia demolición. La esperanza era un término desconocido, una alergia, una tierra lejana que no podía pisar. El amor se sentía tan sucio ahora que mamá no estaba, tan contaminado e impuro que me daba náuseas.

Ya ni el recuerdo me ataba a los días. El futuro estaba solo a un segundo de distancia y con una sensación por defecto como un mar universal cubriéndolo todo. Mi mundo empezó a ser de un tono azul con la certeza de que así sería hasta el resto de los días. Y en mi asimilación estaba la constancia de la ruina. *Todo se va despojando*. Porque nunca me había pertenecido del todo. Existía a duras penas bajo la excusa del amor, lo abracé tan fuerte para no dejarlo ir, pero al final el destino nos puso a prueba y descubrí lo que más costaba creer: que éramos una fuerza mínima y sin trascendencia para el universo.

Mi muerte solo podía ser un pequeño tropiezo para las fuerzas que regían

el planeta. Quizá la conjunción de pasos para poder estar con mamá y en un futuro con Mihkel, pero de ahí en fuera era solo un cierre perpetuo de mis ojos, de unos ojos que ahora solo uso para ver mi desolación.

El manto fúnebre está ahora en las estrellas. Las estrellas que antes hablaban de historias fraternas ahora solo revelaban otra noche más cercana con mi final.

Supongo que fallé en la promesa de conservar el calor de Mihkel por la eternidad, pero la tormenta ya era mucha. No podía rescatarnos tan fácilmente porque significaba abrir la herida y perderme en mi dolor. Solo quedaba empezar a despedirme en mi fantasía antes del definitivo adiós dado por las circunstancias.

Ninguna personalidad de mi compañero de celda era suficiente. Ningún día más me hacía recuperar la fe. Ningún atardecer visto por mi ventana me hacía anhelar la libertad. Lo había asumido, entonces. Así es como los finales se sienten: se hacen cotidianos, una cosa de todos los días, hasta aprender a lidiar con él.

—Una vez, hace mucho tiempo, cuando estos brazos aún podían trabajar esa tierra y sujetar a su hijo —comienza él. Solo que el tono no es el de siempre—, este hombre supo que la felicidad puede ser arrebatada en una cuestión de segundos. Mi esposa era la mujer más bella y centrada del mundo. Tan entregada a su pequeña familia que era cuestión de admiración para todos los pintores y artistas a la redonda. Pero con esa belleza también despertó las ofrendas y después la envidia y la rabia. Yo solo pude hacer lo que me correspondía. Ningún ser humano, así como tú me has enseñado ahora, tenía el derecho de arrebatarme esa fuente de salvación y paz. Nos batimos en un duelo y lo herí en la pierna. Pude haberlo matado de una vez, pero tuve clemencia. Ahí estuvo mi error. Ese ser volvería a creerse una bestia para atentar contra nuestra alegría. Con sus contactos logró imputarme un crimen que no cometí y eso bastó para mi destierro. La única forma de hacer que mi hijo me recordara fue dejándole pistas en un libro antiquísimo. A sus veinte años podría saber de mí, porque sería el término de mi condena. Esa es mi historia, ahora que ha llegado mi momento de partir. Que la paz sea contigo, hoy y siempre.

De espaldas le di la despedida. No pude decirle que yo era su hijo y que lo había buscado días atrás sin encontrarlo. Lo supe: no estaba en la lista de habitantes, sino en la de presos. Él era mi padre, ese ser que podía inventarse mil historias con tal de hacerme olvidar el dolor de las situaciones. El mismo

que había dejado esas migajas para poder encontrarlo cuando tuviera veinte años. Él pensó que lo encontraría, pero a esa edad solo era la edad de mi muerte, no de nuestro encuentro. Lo dejé ir. Lo dejé ir sin una palabra de por medio. Quizá porque el dolor ya se había comido todas las palabras en mi haber o porque ya mi alma estaba tan gastada que no pude sentir ninguna necesidad de retenerlo y confesarle mis ganas de asirme a su cariño. No pude, simplemente se fue. En lo más hondo lo más seguro era que no soportaba la idea de hacer sufrir a alguien más con mi desgracia. Abrazar mis grietas suponía mi única salvación, aunque doliera profundamente. Estaba solo y lo estaría siempre, al menos en esta existencia de la cárcel al patíbulo. No había salvación de por medio, salvo aceptarlo. Aceptar que lo perdí todo en un instante y que con esa pérdida se fueron hasta los anhelos por una vida más luminosa y menos catastrófica en su desdicha. Entre menos tuviera en mi posesión y en mis afectos, me dije, más fácil sería dejar esta vida.

Una vida arrebatada por el odio, pero vida al final de cuentas.

*Sabías a sal de mar
a flor
e inmensidad
y pensar que alguien esté arrebatándote
tu propia mirada a los detalles que te hacen inmenso
me aniquila.*

*Por eso siempre ve a las estrellas
—te devolveré la mirada aunque esté lejos—
para que nunca olvides que una vez te quise
en la finitud de mis suspiros
y en el arrebató de todos mis delirios
—ahí donde eres eterno—.*

*Podrían pasar las vidas
—millones de ellas—
y yo seguiría sintiendo tus latidos en los míos;
estarías en el naranja de cada atardecer
y en el frío de la nieve que pide a gritos tus abrazos.
Podrían arrancarme la vida
y aun así tú seguirías volando al compás de un limbo
a donde van los sueños que solo Dios entiende.*

He recapitulado en todos estos días esos recuerdos a los que podría aferrarme para irme como ellos merecen; en la gloria de esos sentimientos que me hicieron alabar esa capacidad de recibir y dar amor. De ser un humano lo más noble posible sin estar consciente; de dar a manos llenas lo que no sabía que podía acaparar. Solo necesito una razón para no irme como un cuerpo vacío que se despidió demasiado pronto de las cosas que amaba. Quiero irme con la paz de que elegí una vida con la valentía requerida para no darme por vencido, por amar a los límites desconocidos e incomprensibles por la misma cordura.

—Tienes una visita —dice uno de los guardias.

Es la persona que menos esperaba ver. La revelación me sacude como una mota de esperanza encendiéndose en la caverna oscura de mi suplicio.

—Soy Altair. ¿Me recuerdas?

—Claro que te recuerdo. La supuesta novia de Mihkel.

—Gracias por decirlo así. Lo has dicho muy bien. Durante todo este tiempo solo fui contratada por su familia para mantenerlo a salvo, pero he fallado terriblemente, ¿no es así? Está inconsciente en una cama de hospital y quizá así lo estará siempre.

—¿A qué te refieres?

—A que está en coma, Anton. A que lo intenté custodiarle de todos, menos de ti. Me resultaban tan inocentes, tan imposibles de meterse en líos. Pero ya ves lo que pasó.

—No. Eso no puede ser posible. ¡Yo sé que está bien!

Estoy ahogándome en mis palabras, tan líquidas y llenas de hiel que me arrebatan la respiración. Es una sensación de sofoco, de no poderme poner en pie. Ese día se siente tan presente, tan aniquilador y roto. Infinitamente roto.

—No ha despertado, Anton. Quizá porque no quiere despertar y verte a ti...

—Muerto. Dilo sin problemas. Ya no falta mucho para eso.

—No la has pasado nada bien, ¿verdad?

—No. No logra nada disimularlo.

—Pues vengo a serenarte la fe, porque todo saldrá bien.

—¿Por qué podría creerte? No hay nada que te pueda generar simpatía hacia mí.

—No lo has entendido, al parecer. Salvándote a ti lo salvo a él. Así

cumpliría lo que se me encomendó en un principio.

—Desearía creerte, pero todo en este momento es lo mismo; desesperación e ira.

—Tranquilo, estarás bien. Si no me crees, te he traído esto.

Es la libreta que le regalé a Mihkel por Navidad.

—Él me contó una vez que esa era su manera de protegerte. Te escribía poesía a cada segundo, como si quisiera conservarte para siempre porque se le hacía imposible el hecho de tenerte.

Es el único calor que necesito en mi pecho. Guardo la libreta cerca de mi corazón y la magia de esos momentos vuelve a mí para decirme que nunca lo perdí ni lo perderé mientras nos recuerde.

—Gracias por esto. No sabes cuánto lo necesitaba.

—Ahora hazme una promesa —exclama con serenidad—. Mantén la fe por él. Sé que es muy difícil hacerlo por todo lo que estás pasando, pero nunca debes dejar de soñar. Al final yo creo que tu esperanza con la de él puede obrar el más puro de los milagros.

Había tanta seguridad en su afirmación que por primera vez ese sueño de volver a tenerlo cerca cobró la fuerza de un vendaval. Todos los suspiros volvieron a tener la inocencia de aquellas veces en que amarlo era una ilusión secreta y solo para mí.

—¿Alguna vez te lo alcanzó a decir? A mí me confesó que su devoción por las esculturas de piedra lo había cambiado tanto, incluso en su forma de ver a las personas. Para él los humanos también tenían ese encanto de hacerse inermes, pero en ti encontró todo lo contrario. Encontró a un ser que engendraba luz y color con sus manos, con tus flores, de hecho. Y a una persona tan blanda que creyó nunca podría ser capaz de odiar ni de lastimar. Consérvate así siempre hasta el último de tus segundos. Hazlo por él.

—Te prometo que le haré justicia a nuestra historia. Gracias por venir.

Me faltó decirle que ella también era imposible de odiar. Que al final de cuentas con ella estaría mejor Mihkel, aunque todo fuera una impostura. Si tan solo pudiera cambiar la voluntad de un corazón, pero no; aquel amor consumió la fuerza de todos los veranos y nada podía cambiar esa fuerza.

Por ahora, trato de que la luz del día se prolongue lo máximo posible. A través de la ventana la tenue luminosidad me deja apreciar las palabras de Mihkel, desde los inicios hasta donde pudo llegar. *Hasta donde pudimos llegar.* Desde sus primeros versos se destila ese verano con las confesiones para las que está hecho el amor. Si hubiera sabido eso desde un inicio me

hubiera ahorrado tanto melodrama y tantas ganas de escapar de mi propia condición. No sabía ese secreto que él ocultaba. Yo era tan incapaz de ver mi escasa luz, esos lugares que podía iluminar. Para eso me escribía él, quizá, para que en un día oscuro volviera a darme cuenta de mis propias fortalezas a través de nuestro cariño. Él es ese espejo donde cualquiera desearía verse. Esos versos me lo dicen. Tan arrebatadores que hacen anhelar volver a esos días como si no hubiera una barrera insondable. Pero este vendaval nos ha arrancado hasta a la musa, la tinta y las palabras. Nos ha dejado vacíos, desprovistos de todas ansias de buscarnos las trizas.

Mañana será el día de mi ejecución pública. He deshabitado aquellos rincones de mi alma que me hablaban de toda la paz de mis días antes de la tragedia. No habrá ninguna mácula que les pueda poner fin ni deshonor sobre esa luz que me embargaba y que se fue. Mañana. ¿Cómo pueden unas horas quitarte todas las esperanzas de una vida entera?

Me he volcado en mi dormir rogándole a cada secuencia que me guarde en su espejismo. Las lágrimas han fluido sin cesar, incluso sin mi permiso. He sido azul por entero, en conjunción con la noche. He sido soledad, silencio y herida abierta. Un humano a la deriva.

Eso.

Ya he muerto. Ya no quedan mas que rastros, un cuerpo vacío. No hay necesidad de una ejecución pública.

Incluso yo ya me he despedido de mil maneras.

Moriré con los versos de Mihkel en un rincón de mis latidos.

Y con una historia guardada entre la paz de las estrellas.

Camino al patíbulo con las manos atadas y la cabeza gacha. La multitud está desbocándose en vítores, clamando la sangre de un chico que amó mucho; tanto que nunca miró a los ojos al peligro. Los cuervos lloran de alegría en lo alto del cielo que me evita. Las aguas del mar se revuelven en éxtasis tratando de reclamar mi cuerpo despojado. Mis pies se hunden como garras en la madera y mi piel acepta el final con una resignación irreconocible. Se me desborda la valentía de aquellos días y la luz de esos ojos que miran sin ver. Entonces lo siento. El verdugo dispuesto a degollarme con solo escuchar una orden de un humano sin calor. Y, después, el sonido de tablas que se desploman y saltan al viento. La multitud ha enloquecido.

Lo entiendo por un momento, aunque esa idea parezca lo más absurdo del mundo.

—¡Calma en la audiencia! —grita un monstruo en la distancia. Su grito se sofoca por el embravecido público cuyas proclamas son inaudibles por lo estentóreo.

Alguien me libera de mis ataduras.

¿Cómo ha pasado esto?

—¡Calma! ¡Calma! —vuelve esa voz en su intento de imponer un orden en ese caos salvaje.

—La condena del sentenciado será reducida a veinte latigazos.

—Di que estás de acuerdo —dice apenas un hilo de voz.

—Adelante —digo sin saber cómo es que surgió esa palabra, sin saber cómo surgió este milagro.

Recargo mi barbilla en el promontorio de madera y suspiro. Empieza el primero. Una lengua de fuego sobre mi espalda. Soy incapaz de sentirla.

En lugar de ser consciente de mi dolor, miro al público que ahora está calmo en los estrados. Lo que ven mis ojos es imposible. Pancartas que dicen sentencias como **EL AMOR NUNCA SERÁ CONDENADO** y **ES AMOR, NO PECADO**. Hay otros idiomas que no puedo reconocer por el estertor de la escena. Los tulipanes descansan deshojados sobre los peldaños y el suelo. Lo entiendo. Lo entiendo antes de caer desmayado viendo la sangre que lame la madera del patíbulo, como un río que no sabe a dónde llegar.

Estoy en un hospital. Hay silencio salvo por el sonido de las máquinas y los doctores que van y vienen. Mis pulmones apenas son dos bolsas de metal que se expanden y se achican con esfuerzo. Mi espalda es un territorio minado que explota a cada movimiento. Escucho voces alrededor.

—Me temo que es peor de lo que imaginaba. Es su hígado. Lo tenemos aquí de puro milagro. Tantos días de cárcel. De no ser por esos latigazos no lo sabríamos.

—Un trasplante así tardaría décadas.

—¿Te acuerdas de aquel paciente?

—¿El comatoso?

—Ese mismo. Su familia lo desconectará pronto.

—Será su decisión.

NO. NO. NO. Él ya ha hecho mucho por mí. Hasta lo imposible. Pero mi voz está tan apagada como mis ganas de seguir adelante.

Pasan los días. Al menos Mihkel y yo estamos en las mismas condiciones de tomarnos en las manos y partir.

Nuestro amor podría contra todo, ¿recuerdas?

CINCO
MESES
DESPUÉS

56

*Incluso en este sueño
el amor es una casa que vuela por los aires
conteniendo a dos corazones que se quieren
apaciguando en su implosión las ganas de incendiar el mundo.*

En cierta forma lo sabíamos desde el principio, ¿no? Que estaríamos para devolvernos la vida.

Pero no pensé que llegarías tan lejos.

Tan lejos como para deshacerte tu última esperanza para dármela a mí.

Aquella vez hui del hospital con esas ganas de no seguir consciente de más dolor. Recordé la ruta a casa. ¿Lo puedes creer, amor? Como si no te hubieras llevado contigo todas las rutas del mundo. Como si esa casa no hubiera tenido la capacidad de derrumbarme con tanta nostalgia.

En sí, todos los muros están carcomidos por el recuerdo. El recuerdo de aquella inocencia entre nosotros, reconociendo en cada mirada esas ganas de salvarnos y tomarnos de la mano en cada espacio del mundo. Esas ganas de hacernos saber cuán valiosos eran los momentos en que podíamos reconocer la luz desprendida de ambos —nuestra forma de curar la malicia de alrededor—. Regreso a mi habitación y encuentro esos obsequios de una Navidad remota en la memoria. La melancolía me dobla de dolor. ¿Recuerdas nuestra promesa de mantenerlos encendidos para siempre? Los estrello contra la pared y la arcilla salta por los aires. *Estoy en un cementerio de vidas que se me fueron.* Debajo del polvo y de los restos de los gatos está un papel.

Saumensch, si estás leyendo esto significa que lo he hecho fatal. Perdón por eso.

Hasta en eso se equivocaba rotundamente.

Todo era mi culpa.

Quizá vagaría por la eternidad tratando de materializar tu espejismo, Mihkel. Pero fue todo lo que nos dejamos. Podría vivir con eso. Era lo más seguro.

Reviso el buzón atestado de cartas. La mayoría son de diversas partes del mundo que de algún modo llegaron por puro milagro a su destinatario. Estoy vivo. Hecho trizas, acaparando a duras penas los restos de lo que fui con las personas que amé. Pero vivo al final de cuentas.

Hay una carta diferente a las demás. Es como si estuviera envuelta en llamas, porque reniego de su contacto.

Hasta después de treinta días. Logro el valor que requiere. Sin duda Finnick era un fantasma que me perseguiría hasta el final de los días.

O tal vez no.

Querido y odiado Anton:

Si estás leyendo esto es porque mi persistencia por seguir viviendo con un odio indebido ha llegado a su límite.

Soy papá de Ambrose, lo recordarás muy bien. Aquel ser maligno que acechaba a tu madre y que le cedió esos terrenos para que se casara con él y, cuando no fue así, se batió en un duelo con tu padre que terminó tremendamente mal.

En fin, lo que quiero contarte es que mi vida por fin ha llegado a fondo. Estoy sucumbiendo de arrepentimiento por el mal que les he hecho. A ti y a Mihkel. Lo siento. Pero no puedo quedarme así, sintiéndolo.

Quizá mañana por la mañana saldrá mi nombre en todos los titulares. “MUERE UN JOVEN EN UN ACCIDENTE AUTOMOVILÍSTICO”. Me hundiré con mi Ford verde en lo más profundos precipicios para que tú al fin puedas ver la luz y seas capaz de ver un mundo con él. Porque lo mereces. He dejado en claro al hospital que quiero salvarte lo poco que dejé de tu vida.

Al menos eso es lo que puedo hacer por mi parte. La parte más pura que una vez haya nacido en mí.

Te quiere,

Fin.

Fue hasta que me despedí de Altair en el aeropuerto que me di cuenta de la verdad de sus actos. Fue ella quien mandó cortar todos los tulipanes de los terrenos para mandarlos a diversos colectivos del mundo para que pudieran salvarme el día de mi ejecución.

No había forma de agradecerle. Pienso que esos actos valientes del mundo son los que hacen de esta Tierra un lugar menos terrorífico y los que en realidad la mantienen girando con un propósito.

—Es verdad. Todo este tiempo ha sido verdad —me dijo—. Si dos corazones se entregan con esa pureza, el destino aguardará una recompensa hasta el final. Tú fuiste real a ti hasta en tu más honda desesperación. Y eso, sin duda, los volverá a reunir de nuevo.

Vuelvo a ese lugar donde hicimos el amor por primera vez. Las estrellas están más brillantes ahora, como si alguien hubiera barrido el cielo de las borrascas. Ahí está él.

El primer abrazo es tan tierno que duele. Ha llovido tanto sobre nosotros que es imposible la idea de tenerlo frente a frente. Debe ser un espejismo, pero no lo es. Somos demolición contra demolición tratando de hallarnos una forma.

—Fue el odio quien nos separó y quien nos volvió a unir.

Le cuento sobre el último sacrificio de Fin, sobre los tulipanes milagrosos y la forma en que resistí teniéndolo en mis sueños. Ninguno de los dos lo cree. Ninguno de los dos cree que volvemos a estar aquí donde nadie puede hacernos daño.

—¿Ves esto? —le digo con todo el entusiasmo en mi voz—. Es mi boleto de salida.

Eso fue mi compensación después de ese tiempo de suplicio y horror cuando las cosas cambiaron. Un remedio mínimo para todo lo que sufrí.

Pensé que después de tantas desgracias tú llenarías tus días con el calor de otro verano. Pero encontraste en la espera esas ansias por recuperarme. ¿Qué era yo en tu pensamiento? No era un sobreviviente, sino un guerrero en pie que sabría mantenerse entero a pesar de todo. Lo sé ahora. A partir de ese momento en que nuestros brazos volvieron a llenar cada hueco de nuestras almas. Lo supe de una vez y para siempre. No fueron los vendavales, ni las tormentas, ni los golpes del destino que nos obligaban por poco a firmar una renuncia despiadada. Fue el amor que tuvimos y perdimos. Fue ese amor volviendo a nosotros para decirnos que era solo una prueba para saber de nuestra fortaleza. Fue el amor que tuvimos y perdimos lo que volvió para decirnos que con él y su recuperación nos habíamos salvado la vida por una segunda ocasión. Y eso habría valido todos los saltos a los precipicios. Al menos así lo siento.

EPÍLOGO: EL TULIPÁN DESPUÉS DE LA TORMENTA

Volamos a miles de millas detrás de ese pasado que nos fisuró. Sentimos que el aire que respiramos ahora es mil veces más calmo y libre de rabia. Sentimos la libertad que nuestros pasos siempre debieron tener, sin pensar en las condenas ni en las argollas tras cada muestra de afecto. Volvemos a latir con furor, como si no nos lo hubieran arrancado nunca. Todo está en su sitio, nos decimos. No hay nada noble de lo que hayamos renunciado; al revés, lo recuperamos cada vez que nuestras miradas se encuentran cuando la nostalgia ya es mucha, cuando nuestros cuerpos guardan el perfecto refugio para no sentir el dolor de nuevo, cuando cada atardecer nos da la clemencia para poder soportar un día más.

—Vivimos sobre un cementerio —le digo—. Pero al menos asoman flores del concreto.

Con esas muestras de entereza nos mantenemos en pie después de tanto. A través de las heridas se cuelan solo las canciones de nuestra historia y el fulgor de las estrellas cada que el otro no puede dormir. Nos hemos protegido incluso de la oscuridad.

—¿Ves eso de allá? —me dice apuntando a la ventanilla. No sé dónde estamos sobrevolando ni el destino secreto hacia donde vamos.

—¿Son lo que creo que son?

Veo terrenos inmensos plagados de color extendiéndose al infinito. Las franjas crecen y crecen perdiéndose entre los límites de las montañas y de las nubes. Son tulipanes.

Lo veo y se me desbordan los ojos por haberse asido a ese recuerdo tan nuestro. Me recuesto en su pecho y sollozo por la dicha de por fin tener en nuestras manos ese destino que antes huía. Lo beso y en ese beso le dejo todas las constelaciones sin nombre que esperan a vernos para bautizarlas y todas las lluvias bajo las que bailaremos. Su intensidad me lo hace saber; incluso su cariño se remite a la nobleza de los primeros días. Lo sé en lo más hondo. Él también se ha despojado de su dolor; su cuerpo y su alma son, como sucede conmigo, un terreno abierto que después de la sequía utiliza el sufrimiento para abrir la tierra en dos y dejar brotar la flor más colorida, pacífica y pura del mundo.

—Hemos sido como un tulipán después de la tormenta.

FIN

NOTAS SOBRE EL ESTONIA DE EL AMOR QUE TUVIMOS Y PERDIMOS

Estonia es una nación imaginaria debido a su parecido con el vocablo anglosajón *Stone*. El país real fue uno de los primeros en despenalizar la homosexualidad dentro del régimen de la URSS. Por lo tanto, esta locación y sus alrededores son mera ficción.

SOBRE EL AUTOR

FABIÁN TAPIA nació en México y tiene 21 años.

En el año 2010 ganó el segundo lugar estatal en el 110 Concurso Hispanoamericano de Ortografía y en 2014 viajó a Nueva York, donde surgió el imaginario de PAOLA.

Como escritor, ha publicado relatos cortos para CONACULTA y el periódico LAOPCION.MX.

Es autor de los cuentos *El Imperio de las Sombras* y *Utopía en Globo*, de la novela epistolar *Cartas por el cielo*, la novela juvenil *Nunca [pero después]*, del thriller romántico *PAOLA*, de la novela de suspense *Penumbra* y de la novela dramática *Lo que encontré cuando te perdí*. Su producción poética incluye los poemarios *El chico de los ojos secos*, *Ayer*, *Aún* y *Letanía*. Su primera novela ha sido aclamada por la crítica como una historia con una narración sin parangón y la nueva promesa de la romántica juvenil.

Es fan del grupo La Oreja de Van Gogh y, como ellos, ha escrito un himno al amor contenido en *Cartas por el cielo*.

Actualmente estudia la carrera de Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua y en su tiempo libre hace reseñas literarias en su sitio web: www.hijodeletras.blogspot.mx

Datos de contacto

Página de Facebook: www.facebook.com/fabiantapiaescritor

Twitter: [@hijodeletras](https://twitter.com/hijodeletras)

Correo: hijodeletras@gmail.com